

¡Oh Príncipe del Yemen, cuya gloria
Tanto triunfo alimenta;
Cuyos claros blasones la victoria
Sin cesar acrecienta!

Tú, que infundes terror en el combate
Al idólatra fiero,
Cuando de lanzas mil siega y abate
La espesa miés tu acero!

Mira en taza de mármol esa fuente
Que brota y que murmura,
Circundando su seno transparente
Con zona de verdura.

Como tú entre enemigos sobresales,
¡Oh señor poderoso!
Se alza sobre sus líquidos cristales
Un pabellon airoso (1).

Y cual lanzando flechas á porfía,
Armígero escuadron,
El agua bulle y salta, y se diría
Que ataca el pabellon.

Plácida sombra sobre el agua pura
Da la espesa enramada,
Y es de esmeralda y plata la verdura
Y la fruta dorada.

Fuente, bosque y jardin del paraíso
Las maravillas son;
Del onda mansa el murmurar sumiso
Convida á la oracion.

(1) El pabellon se llamaba Az-Zahi, el hermoso ó brillante, nombre que llevó tambien una quinta de Al-Motamid en Sevilla. Tambien en las quintas sicilianas de Al-Aziza y Favara habia pabellones por el estilo sobre el agua.

Genio será, por mucho que se esmere,
En la futura edad,
Quien como el tuyo otro jardin hiciere
Y amena soledad (1).

En cierta ocasion, segun se cuenta, estaba Almansur sentado en medio de sus jardines de Az-Zahira, respirando el aroma de las flores que le cercaban y oyendo el canto de los pájaros. Tendia la vista con gran complacencia sobre los mil encantos y el lujo de aquellas maravillas que él mismo habia creado, cuando de pronto se llenaron sus ojos de lágrimas, y exclamó: «¡Ay de tí, Zahira mia! Si al ménos supiese yo por manos de qué traidor has de ser devastada....» Uno de los familiares del Príncipe le preguntó la causa de aquel presentimiento y trató de desvanecer aquellas tristes ideas; pero Almansur replicó: «Por cierto que vosotros habréis de ver cumplido mi vaticinio. Para mí es como si viera ya la gala de Zahira derribada por tierra, hasta su rastro borrado, caidos y destruidos sus edificios, saqueados sus tesoros y sus patios asolados por el fuego de la devastacion.» No mucho despues de haber pronunciado estas

(1) AL BAYAN, II, 297.

palabras murió Almansur, y el cumplimiento de la profecía siguió pronto á su muerte. Zahira fué entrada á sangre y fuego por una cuadrilla de rebeldes, que la transformaron en un monton de ruinas (1).

Otra residencia de Almansur, la quinta del Emir ó la Almunia, ha sido celebrada singularmente por los poetas á causa del encanto de sus jardines (2). Amru Ben Ab il Habab improvisó

(1) MAKKARI, I, 387.

(2) No sabemos si es Az-Zahira ó Almunia el palacio, jardin y mezquita particular ó capilla de que habla Ramirez y de las Casas-Deza en su *Indicador cordobes*: «En la calle llamada vulgarmente del rey Almanzor, y manzana donde se halla el hospital del Cardenal, tuvo su palacio y jardin, que hoy es un huerto, el famoso Mohamad Almanzor, wacir ó ministro de Hixen II; y su mezquita particular es hoy la capilla del hospital, que ántes de estar agregada á éste, era una ermita dedicada á San Bartolomé. Esta mezquita fué reparada en el siglo xiv ó xv, alterando el techo y construyéndole al estilo gótico, y en lo demas está bien conservada; pero los repetidos encalos han borrado hasta cierto punto los arabescos que decoraban sus muros y las inscripciones que tenía al rededor, ya ilegibles por esta causa. Una de ellas, que pudo leer y tradujo el embajador de Marruecos Sidi-Hamet-el-Gazel, que pasó por esta ciudad en 1766, dice

estos versos cuando entró en dicha quinta á visitar á Almansur:

En tus jardines y arboleda umbría,
Rica en fuentes sonoras,
Dejándonos con calma y alegría,
Van pasando las horas.

Cuando la tempestad brama por fuera,
Sólo el céfiro leve
Dentro de esta morada placentera
Hojas y flores mueve.

Contémpalas el sol enamorado,
Y su luz posa en ellas:
Parece el cielo aquí más azulado
Y más lleno de estrellas (1).

Said celebró la misma quinta en estos versos:

Como serpiente el arroyo
Entre flores se desliza,
Y á Dios ensalzan las aves
Con sus dulces melodías.
Mil enramadas frondosas
Mansamente el aura agita,
Como si por ser tan bellas
Se irguiesen envanecidas.

así: En el nombre de Dios Todopoderoso, labraron esta mezquita para su adoracion y de su profeta Mahomad, el wacir Mahomad Almanzor y su mujer Fatima, en la egira 366 (año 976). Alabado sea Dios.» (*N. del T.*)

(1) AL BAYAN, II, 297.

Contempla, amante, el narciso,
Las anémonas altivas,
Y aromas esparce el viento
Que en bosque de mirtos gira.
Goza en paz, señor ilustre,
Goza en paz tanta delicia,
Y el cielo, porque la goces,
Dilate tu noble vida (1).

También en los alrededores de Valencia poseía Almansur un palacio rodeado de preciosos jardines. Un escritor árabe que más tarde le visitó, cuando ya estaba en gran decadencia, dice de él en estilo florido: «Cierta día recibí un convite en la Almunia de Almansur, en Valencia, la cual es de la más perfecta hermosura, y en cuyos encantos los vientos del Norte y del Oriente se embriagan, aunque el edificio está medio arruinado, y el infortunio hace tiempo ha violentado las puertas y ha entrado en aquella vivienda deleitosa. Cuando yo penetré en ella acababa el alba de revestirla con sus velos de luz, y la belleza ponía en ella su poder todo.

(1) MAKKARI, I, 484.—Un verso que se deja sin traducir contiene la extraña imagen, aunque muy frecuente en los poetas árabes, de que el jardín sonríe y muestra los blancos dientes como una bella dama.

Habia en el centro una sala cuyas puertas doradas daban al jardin, donde se veia un arroyo como una espada desnuda, que iba serpenteando, y en cuyas frescas márgenes habia muchos árboles plantados. La sala resplandecia como una novia que es conducida á su esposo, y en su alabanza uno de los mejores poetas de Valencia, hallándose allí con algunos visires, hizo los siguientes versos:

¡Hola! Escanciadme vino
Mientras que los jardines
Se coronan de perlas
Y de flores se visten.
En esta sala hermosa
Que en resplandor compite
Con el sereno cielo,
Rico vino servidme.
En él los lindos ojos
De mi dueño se fijen,
Y cual rayo de luna
Suaves le iluminen.
El sol, que va naciendo,
En el aire deslie
Oro, púrpura y nácar,
Porque las flores brillen;
Y quebrando sus rayos
En el rocío, finge
Sobre la verde yerba
Diamantes y rubíes.
Cual la que muestra el cielo

En noches apacibles,
Fúlgida y blanca senda
El arroyo describe;
Y al borde del arroyo,
En años juveniles
Mancebos como estrellas
Alegran el convite.

»En esta sala hallé una multitud de jóvenes, gallardos como mancebos del paraíso, que llevaban una vida dichosa, como en los jardines del Eden. Allí detuve yo mi camello de viaje, y me pareció, con la satisfaccion de todos mis deseos, estar adornado como con un collar. Durante el dia entero gozamos la dicha de aquella mansion, y cuando ya anochece, nos defendimos contra la invasion del sueño. Así es que pasamos una noche tan bella como si la aurora fuese de ella formada. Las ramas de los árboles se alzaban acá y acullá como esbeltas figuras de lindas mujeres, la via láctea asemejaba un claro rio, las estrellas del cielo se diria que eran flores, las Pléyades eran como una mano que nos hacia señas, y Utarid (Mercurio) nos enviaba en sus rayos blanda alegría. Al dia siguiente visité yo al Rais Abu Abdurrahman, y en el discurso de nuestra conversacion mencioné las delicias de la última noche. Entónces él respondió: «¿Qué

han de valer los encantos de un lugar cuyos habitantes han desaparecido, cuya hermosura ha destruido la suerte, y del que sólo quedan ya algunos restos? Yo he conocido esa quinta cuando aún estaban completos todos sus edificios. Cierta día en que el sol se había ya alzado hasta el zenit y la tierra se adornaba con su oro, recibí un convite de Almansur para ir allí. Aceptándole, vi yo en aquel lugar árboles cimbreantes y airoso, y flores cuya hermosura quedaba avergonzada por la de aquellas personas que en guirnalda las entretejían. El vino circulaba allí como un sol, y los más nobles linajes de Arabia componían la sociedad. Espiaban la más ligera insinuación de Almansur cien esclavos, de los cuales, exceptuando á cuatro, ninguno pasaba de diez años. Estos escanciaban el vino, el cual brillaba en los vasos como perlas y rubíes. Nosotros nos solazábamos allí como en el cielo, mientras que los pabillos de las estrellas nos acariciaban. Almansur repartió en aquel día más de veinte mil presentes, y dió asimismo bienes en feudo.» Así habló Abu Abdurrahman; luego rompió en lamentos al recordar aquel tiempo, y mostró toda la pena de su corazón» (1).

(1) MAKKARI, I, 436.

Estaba, además, el valle del Guadalquivir, en torno de Córdoba, sembrado de multitud de palacios, quintas de recreo de los califas y de los grandes, jardines públicos y deleitosas huertas. Aun viven muchos de aquellos sitios agradables en los cantos de los poetas y en las descripciones encomiásticas de los historiadores. Así pueden citarse el palacio de Damasco, el palacio del Persa, la quinta de Ruzafa, edificada por Abdurrahman I y circundada de jardines llenos de plantas exóticas, la casa de la Noria, obra de Abdurrahman III, el alcázar de Abu Yahya, que descansaba en arcos sobre el Guadalquivir, la quinta de Zubair (1) y otras muchas (2).

No se conservan descripciones contemporáneas de las obras de arquitectura últimamente mencionadas, y las muchas noticias que hay sobre Az-Zahra, aunque entran en pormenores, nada dicen claramente sobre el estilo que se empleaba en los edificios de lujo del tiempo de

(1) MAKKARI, I, 445, 306, 308, 309, 380, 414.

(2) No todos estos edificios pertenecen al tiempo de los Omiadas; el palacio de Abn Yahya es de los Muwahides, y la quinta de Zubair de la época de los Almoravides; pero parecía pertinente citarlos á todos al hablar de Córdoba.

los Omiadas. Con todo, confrontando los pasajes dispersos de diversos escritores arábigos, se puede hacer con bastante seguridad una afirmación sobre esta materia. Es indudable que en ciertas particularidades de dichas fábricas se dejaba sentir el influjo bizantino. Se confirma esto con la misma historia de la construcción de Az-Zahra y con la noticia de que Abdurrahman III tenía empleados en las obras de sus palacios arquitectos venidos de Constantinopla (1). Este influjo se limitaba, no obstante, en lo esencial, al decorado, al empleo ó imitación de las columnas antiguas, á los adornos de mosaicos, etc.; mientras que la traza fundamental y la forma arquitectónica eran determinadas por las exigencias de las costumbres orientales. Se debe calcular por mil motivos que los árabes españoles se sintieron desde muy temprano inspirados, así por aquellas necesidades como por la inclinación propia de su fantasía, para inventar y construir aquella clase de edificios, de los cuales nos queda aún en la Alhambra el más perfecto modelo. El rasgo característico de esta clase de edificios consiste en los patios, rodeados de galerías, que dan entrada

(1) MAKKARI, I, 380.

á salas y habitaciones, así como en el variado empleo del agua, que ya forma pequeños lagos ó estanques en medio de los patios, ya brota en surtidores y se derrama en tazas de mármol que adornan los salones. Bajo el cielo casi tropical de Andalucía los árabes ansiaban tener viviendas que les brindasen un refugio en umbrías mansiones contra los ardores del sol, y que al mismo tiempo dejasen libre entrada al tibio soplo de las auras; y patios descubiertos donde reposar en las horas más frescas del día, oyendo el murmullo de los surtidores y mirándose en el espejo de las aguas cristalinas. Que los palacios de la época de los Omiadas respondían ya á estas exigencias se deduce de la descripción del alcázar de Córdoba, al cual habían sido traídas, para todos los patios, aguas que se repartían en cisternas, estanques y tazas de mármol (1). Así como los árabes reprodujeron de esta suerte un recuerdo vivo de su primera vida en el desierto, dotando sus tiendas fijas de Occidente con las fuentes deseadas, todavía eternizaron en sus palacios otra reminiscencia del mismo género. Salta á los ojos de cualquiera que discurre por el recinto de los palacios arábigo-hispanos que

(1) MAKKARI, I, 303.

áun se conservan, cuanto sus corredores y estancias imitan en la forma las tiendas. Aunque en el día no quede ningun testimonio evidente de que esta particularidad debe atribuirse á los más antiguos edificios, parece probable que así fuese, si se considera que cuando los nómadas cambiaron sus movibles viviendas por moradas fijas, tomaron las primeras como modelo de estas últimas.

Corrobora también la idea de la semejanza entre los palacios omíadas y los que existen aún, la mencion de las torres, que hace pensar en seguida á la de Comares, en la Alhambra, y la mencion de la kubba ó sala con cúpula ó techo abovedado, como el de la sala de las Dos Hermanas. De ambas cosas habla Ibn Zeidun cuando describe Az-Zahra (1). La kubba parece haber sido generalmente destinada á la sala de audiencia. Cuando los príncipes, segun el uso oriental, oían las quejas de sus súbditos y daban sus sentencias, tomaban asiento en dicha sala, rodeados de sus cortesanos. La kubba estaba cerrada por una verja ó cancela, delante de la

(1) *Locí* IBN ZEIDUNI, ed. Weyers, pág. 22, lib. XII. Véase también *Scrip. arab. loci de Abbadidis*, ed. Dozy, I, 142, y MAKKARI, I, 372.

cual aguardaba el pueblo, ó se esparcía, mientras llegaba la audiencia, por los circunstantes corredores, patios y jardines (1).

Acerca de los ornamentos empleados, parte tan esencial de la arquitectura arábica, sólo muy poco puede decirse con completa seguridad. Que el mosaico de pequeños cubos de piedra y vidrio de colores formaba la parte principal de dichos ornamentos, puede deducirse en vista de los pedazos de *fesifisa* que se han encontrado entre las ruinas de Az-Zahra. De la mención que hace Ibn-Jayan de una gran cantidad de yeso empleada en el edificio (2), se conjetura que verosímilmente este yeso sirvió del modo que más tarde en la Alhambra para adornos y estucados del mismo género que los que describe Ibn Jaldun cuando dice que se adornaban las paredes con figuras de yeso, el cual, cuando estaba aún húmedo y blando, se modelaba con instrumentos de hierro, dándole diversas formas (3). Podemos, pues, representarnos las paredes, los techos y los arcos de los palacios, en la época

(1) MÁRMOL CARVAJAL, *Descripcion de África*, II, 31.—IBN BATUTA, IV, 403.

(2) MAKKARI, I, 373.

(3) IBN JALDUN, *Prolegomena*, II, 321.

de los Omiadas, como ricamente cubiertos de mosaico de *fesifsa*. Estréllas, ramos, hojas y otros dibujos, prolijamente entrelazados y combinados con inscripciones del Coran, ó con poesías, ornaban al rededor toda la pared con brillantes colores, miéntras que el yeso, dado de diversos colores, ó bien dorado, en las bóvedas de las galerías de columnas, en las cúpulas y en las salas y patios, imitaba los tapices bordados y las telas de seda de las tiendas de los príncipes. No nos atrevemos á asegurar que los azulejos (1) se usasen ya en aquellos primeros tiempos, como se usaron más tarde, para ornato de las paredes, principalmente en la parte inferior. En la mezquita de Córdoba se ven ya azulejos en la capilla de Villaviciosa, donde forman, como se advierte en la Alhambra, con sus variados colores y dibujos, merced á una artística combinacion, estrellas, exágonos y otras vistosas figuras geométricas; pero es harto difícil señalar con exactitud la época en que fué exornada esta capilla; sólo puede tenerse como probable que pertenece al período de la dominacion del grande Almansur (hácia el fin del siglo x), ya que los autores arábigos, que tan de-

(1) MAKKARI, I, 124.--IBN BATUTA, II, 130; III, 79.

tenidamente dan cuenta de todos los cambios y mejoras de la mezquita, no dan noticia de ninguna obra posterior.

Una desgracia sin ejemplo ha cabido en suerte á los monumentos de la época de los Omíadas, y parece como milagroso que hayan desaparecido sin dejar huellas tantos edificios magníficos, á cuya existencia en otras edades nos obligan á dar crédito los testimonios concordantes de los historiadores, de los libros de viajes y de la numismática (1). Tal vez se ha querido suponer que la falta de solidez de los materiales y los defectos en la construcción han hecho más fácil la ruina; pero la consideración de la enorme fortaleza de los muros que rodean la mezquita de Córdoba, con sus refuerzos salientes, invalida la suposición mencionada; y no puede alegarse que los palacios no estaban fabricados como las mezquitas con piedras y ladrillos, sino de una mezcla de cal y arena, llamada *tapia*, pues los muros de la Alhambra tienen una firmeza de hierro, que debe atribuirse

(1) Acerca de las monedas acuñadas en Az-Zahra, véase la obra *Espagne*, par Lavallée, París, 1844, t. I, pág. 218, y *Antigüedades de España*, t. II, pág. 22.

á dicha mezcla. Es menester, por lo tanto, atribuir la destruccion á la mano asoladora del hombre y á las huestes guerreras de conquistadores africanos y cristianos. En Córdoba, por ejemplo, quedaron reducidos muchos edificios á un monton de escombros despues de la conquista de dicha ciudad por los berberiscos, en 1013. Los más bellos palacios fueron devorados por las llamas. «Recientemente he sabido, dice Ibn-Hazm, qué ha sido de mi suntuoso palacio en Bilat-Mogith. Alguien, que venía de Córdoba, me contó que nada quedaba de él sino un monton de escombros. ¡Ah! Tambien sé lo que ha sido de mis mujeres; unas reposan en el sepulcro; otras llevan una vida errante en comarcas remotas» (1). El alcázar de los califas parece asimismo que era ya una ruina mucho ántes de la toma de la ciudad por los cristianos, pues sabemos que el poeta Abul Aasi Galib, estando un dia en un banquete, en las orillas del Guadalquivir, improvisó los versos siguientes:

¡Oh alcázar! ¡Cuánta grandeza
Has encerrado en tu seno!
En escombros y ruinas

(1) Dozy, *Histoire*, III, 309.

Tu fábrica se ha deshecho.
Muchos reyes te habitaron:
Hoy la bóveda del cielo
Gira sobre sus cabezas,
Rotos y hundidos tus techos.
¿Qué más quereis? Gozad ora
De los deleites terrenos,
Ya que al cabo todo pasa
Y se acaba con el tiempo (1).

También la multitud de palacios y quintas en los alrededores de Córdoba eran ya ruinas en su mayor parte, en el siglo xi, como lo demuestra este pasaje del *Comentario á las poesías de Ibn Zeidum*: «En estos deliciosos lugares, refieren, pasaron los Omiadas dias y noches felices: en Sjark-ul-Ikab se reposaban en dias tempestuosos, viendo los relámpagos que atravesaban las nubes; en el valle de Ruzafa llevaban una vida tan alegre como una eterna fiesta de boda; en Mahbes Nasihin cerraban los oidos á los anuncios amenazadores de la desgracia; y en Az-Zahra se cegaban con el lujo resplandeciente de que se veian cercados, y eran sordos á las advertencias de cualquier peligro cercano, hasta que al fin los arrebató la muerte, y en vez de las delicias de aque-

(1) MAKKARI, I, 358.

llas mansiones, les daba las aromáticas esencias, con las que se bañaban los cadáveres. Ahora están desolados aquellos hermosos sitios; sólo los visitan, al anochecer, las aves nocturnas; los buhos y los lobos hacen allí su nido y su guarida, y entre sus ruinas se oyen las voces de los espíritus malos; de modo que el valiente, lo mismo que el miedoso, apresura, aterrado, el paso para alejarse de allí. Tan deleznales son las obras todas de la mano del hombre. Quien se confía en las cosas terrenas pone su esperanza en una niebla matutina ó en una imagen vana» (1).

Á pesar de todas estas devastaciones de los primeros tiempos, la capital de los califas debió poseer aún muchas obras notables de arquitectura arábica cuando la conquistó San Fernando (2).

Quien transita hoy por las calles desoladas de la empobrecida Córdoba, ve sin duda acá y acullá un monton de escombros, un baño der-

(1) IBN. ZEIDUN, ed. Weyers, pág. 542.

(2) En la *Crónica de San Fernando* (Salamanca, 1540) se buscan en balde noticias sobre tales edificios. Salvo la mezquita, no se menciona ningun otro.

ruido (1), un adorno de muralla del tiempo de los árabes (2); pero en vano pregunta dónde ha desaparecido aquella inmensa ciudad, que se extendía en otro tiempo por las orillas del Guadalquivir, conteniendo 130.000 casas, 3.000 mezquitas, 300 casas de baños y 28 arrabales (3); y en vano busca los mil esbeltos almi-

(1) Según el Sr. Ramirez y de las Casas-Deza, en el ya citado *Indicador cordobés*, se conservan aún restos de dos baños arábigos en las calles del Baño, alta y baja, de la ciudad de Córdoba, números 5 y 10. «El primero, dice, consta de diez columnas que sostienen una estrecha galería, la cual rodeaba un recinto abovedado, en cuyo centro estaba el estanque. El otro baño se halla debajo de tierra en el patio de la casa. Es cuadrado y está sostenido por doce columnas de mármol», etc.—(N. del T.)

(2) Restos de arquitectura arábiga se encuentran aún en la llamada *Casa de las Campanas* y en la casa del Conde del Águila. La capilla del hospital del Cardenal parece haber sido una mezquita.

(3) AL BAYAN, 247.—DOZY, *Histoire*, III, 91. Aunque no se puede dudar de la extraordinaria extensión de Córdoba, todavía es apenas creíble y debe pasar por hiperbólico el número de las mezquitas, sobre todo si se considera que en el Cairo, con ser tan grande y rica ciudad, sólo se cuentan 300.

nares, con sus balcones redondos, sobresaliendo por cima de un mar de casas, y los palacios, las azoteas y los patios llenos de palmas y de cipreses gallardos, y las quintas y alquerías que se alzaban entre los olivares y los viñedos. Los campos de alrededor, poblados en otro tiempo de 3.000 aldeas (1), y que eran un jardín de la vegetación más lozana, se han transformado casi en un yermo, donde sólo de vez en cuando alguna noria que extrae agua para los sedientos campos recuerda la actividad de los árabes.

Más raros aún que en la capital del imperio de los califas son los monumentos de la época de los Omiadas que en el resto de España se han conservado. Ni rastro queda de los suntuosos palacios que, á mediados del siglo ix, sirvieron de morada en el sur de Andalucía á poderosas familias, casi independiente del califato. Así, por ejemplo, los palacios de Ibn Sjalía, de los cuales dijo un poeta: «Los palacios de nuestro dueño han sido contruidos segun la traza y modelo de los palacios del Paraíso, y encierran en sí todos los deleites: en ellos se ven salas que no descansan sobre pilar

(1) MAKKARI, I, 299.

alguno, salas cuyos mármoles están engarzados en oro» (1). Una famosa fábrica era la gran mezquita que Abdurrahman II había edificado en Sevilla, hacia la mitad del siglo ix. No bien estuvo terminada, cuentan los árabes, soñó Abdurrahman que entró en el santo edificio y que en la alquibla encontró al Profeta muerto y envuelto en un sudario. Lleno, al despertar, de tristeza, preguntó á los adivinos sobre la significacion de su sueño, y éstos le contestaron que las fiestas del culto divino cesarian pronto en aquella mezquita. Poco despues tomaron los normandos á Sevilla y se cumplió la significacion del sueño; pero aquellos feroces conquistadores quisieron además destruir la mezquita, arrojaron dardos inflamados en su techo y amontonaron combustibles en una de las naves. Entónces, cuando ya todo iba á arder, vino un ángel por el lado del mihrab, en figura de un mancebo de peregrina hermosura, y lanzó de allí á los incendiarios. Así se salvó la mezquita, y los normandos abandonaron la ciudad en breve (2). Quizás estuvo este edificio en el mismo lugar en que más tarde levantaron una

(1) Dozy, *Histoire*, II, 263.

(2) Dozy, *Recherches*, II, 286.

gran mezquita los muwahidas y donde tambien fué construida la catedral, y así pueden verse aún restos de la mezquita primera en los muros del atrio, donde sin duda se han conservado, pues en parte manifiestan ser de arábica arquitectura.

Probablemente pertenecen tambien á la época de los Omiadas algunos antiguos baños de Valencia, Barcelona, Murcia y Granada. Los últimos, aunque muy derruidos, dan aún una idea clara de la construccion de un baño árabe. Habia un patio á la entrada, circundado de pequeñas estancias, que servian para desnudarse, y de ellas se pasaba á várias salas donde habia estanques, y por cuyo techo, abovedado, penetraba una luz crepuscular por medio de pequeñas aberturas. Si los pesados capiteles de las columnas de estas salas acreditan que son de los primeros tiempos del arte arábigo, lo mismo demuestran los no ménos pesados arcos de herradura y las columnas de antigua forma de la ermita del *Cristo de la luz* en la ciudad de Toledo, la cual ermita parece una reproduccion en miniatura de la mezquita (1)

(1) El Sr. Amador de los Rios, en su *Toledo pintoresca*, atribuye tambien la construccion de

de Córdoba. Del mismo modo debe pertenecer á los primeros tiempos la antigua

esta ermita, donde ya habia un templo cristiano en tiempo de los visogodos, á la época del califato. En esta ermita se dijo la primera misa cuando la reconquista de Toledo por los cristianos. Consta así de una inscripcion que hay aún sobre la clave del arco que divide la capilla del cuerpo de la iglesia, y que dice: *Este es el escudo que dejó en esta ermita el rey D. Alfonso el VI, cuando ganó á Toledo, y se dijo aquí la primera misa.* La descripcion que el Sr. Amador de los Rios hace de la ermita, es como sigue: «Su planta es cuadrilonga, viéndose situada de Norte á Mediodía, lo cual hace sospechar que ha sufrido grandes alteraciones en las dos distintas épocas en que ha sido restaurada, si bien el ábside presenta en su parte exterior multitud de arquillos y ajimeces arábigos, que no pueden dejar de remontarse, cuando ménos, á la época del arzobispo D. Bernardo. Dividida la iglesia por un tabique (tabbí), que la atraviesa de Oriente á Occidente, presenta dos espacios, que constan, el del Mediodía de veinte y dos piés cuadrados, y el del Norte de veinte y cinco de longitud por veinte y dos de latitud; teniendo el semicírculo del ábside diez y nueve piés solamente. Compónese el primer compartamento de nueve bóvedas, las cuales asientan sobre doce arcos de herradura, que no pueden ménos de traer á la imaginacion los de la famosa Aljama de Córdoba, y estriba sobre cuatro colum-

puerta de Visagra, por la cual entraron los cristianos cuando conquistaron dicha ciu-

nas colocadas en el centro, presentando una graciosa combinacion al repartirse los arcos en las bóvedas indicadas. Carecen todas de los fastuosos adornos que decoraron más tarde la arquitectura arábica, y presentan las columnas capiteles tan toscamente tallados, al lado de otros corintios de más remota antigüedad, que no ha faltado quien sospeche que hayan pertenecido á algun templo anterior á la conquista musulmana, ó tal vez al primitivo templo del Cristo, de que hablan los cronistas. Tienen las tres primeras bóvedas un segundo cuerpo que recibe las cupulillas, exornado de resaltos de estuco, que ofrecen no poca materia de estudio al compararlos con los procedimientos de construccion, y con las combinaciones de los mármenes empleados por los artistas bizantinos, y vense enriquecidas por bellos arcos de reducidas dimensiones, que les prestan aún mayor gracia y realce. Las segundas bóvedas tienen tambien otro segundo cuerpo revestido de arcos, que debieron dar vuelta á todas ellas, apoyadas en pequeñas columnas, levantándose en la bóveda del centro una media-naranja de singular mérito, en donde juegan bellos resaltos, enlazándose mutuamente, y preludiando ya la riqueza de los famosos *alfarges*, que reemplazaron á este género de techumbres. Las bóvedas laterales presentan dos cupulillas ochavadas por el mismo estilo, aunque más sencillas;

dad (1). Aun se conserva en la catedral de Tarragona un nicho con rico adorno de arabescos, anterior al año de 960, época de su fundacion. Es probable que este nicho fuese el mihrab de la mezquita.

Casi con mayor ímpetu ha echado por tierra la devastacion los numerosos edificios de los magníficos y generosos príncipes que despues de la caida de los Omiadas dominaron en España. En Sevilla, sobre todo, es donde más se ha perdido. Mientras que la capital de los califas iba decayendo cada vez más, Sevilla se levantaba hasta llegar á ser la más brillante ciudad de Andalucía. De la hermosura de sus alrede-

y las tres últimas, inmediatas á la capilla, son enteramente iguales á las primeras, si bien se advierte alguna leve diferencia en la distribucion de los ornatos de las bóvedas. Forman todas tres naves cortadas por otras tres, á semejanza de las innumerables de la catedral de Córdoba, y apóyanse en los muros mencionados arriba, en los cuales se encuentran nueve arcos figurados, que contribuyen á dar á esta parte de la ermita un aspecto verdaderamente original y extraordinario.» (*N. del T.*)

(1) Considerables restos de muy antigua arquitectura arábica se ven aún en Toledo, en la casa número 17 de la calle de las Tornerias.

dores hablan los árabes con entusiasmo. En una extension de veinte y cuatro millas arábicas se podia navegar por el rio, animado por barquillas elegantes y botes de pescadores, y que merecia ser comparado al Tígris, al Eufrates y al Nilo, siempre á la sombra de las alamedas y de los árboles frutales, que resonaban con el canto de las aves (1). No ménos que los alrededores era ensalzada la ciudad misma en tiempo de los árabes por sus variados encantos. Diez *paransangas* á lo largo del Guadalquivir se veia en ambas orillas una no interrumpida multitud de edificios, lujosas quintas y elevadas torres (2). Las casas de lo interior de Sevilla eran famosas por la solidez de su construccion y elegancia de su traza: casi todas tenían fuentes en sus patios, naranjos y limoneros (3). Muchas de estas casas, que se conservan hasta el dia en bastante buen estado, pueden dar una idea de la antigua casa árabe, la cual en el orden de sus partes tiene gran semejanza con las modernas. Primero un recinto, *ustuván* (4) en árabe, zaguan en español, y luégo un pa-

(1) MAKKARI, I, 128.

(2) MAKKAKI, I, 228.

(3) MAKKARI, II, 144.

(4) IBN BATUTA, IV, 5.

tio interior, en árabe *saha* (1), en cuyo centro se halla una fuente de mármol con un surtidor, rodeada de árboles siempre verdes, y por cuyos corredores, ánditos ó galería de columnas, que están en torno, se pasa á las diversas habitaciones, son las condiciones peculiares de estas casas. En las más grandes suele haber muchos de estos patios.

Un extraordinario florecimiento alcanzó Sevilla bajo el dominio de la dinastía de Abbad, y singularmente, según testimonio de un escritor árabe, en el reinado del noble rey Al-Motamid, que hizo de ella la más hermosa de las ciudades (2). En la vida y en las poesías de este príncipe están descritos con encantados colores los palacios de los Abbadidas; y todavía pensaba en ellos con *saudades* melancólicas, en su sombrío calabozo de Agmat, aquel destronado monarca. Entre estos palacios deben

(1) A lo que parece, el patio de las mezquitas era llamado *Zahm* (IBN BATUTA, IV, 367; MAKKARI, I, 360), y el patio de los palacios y casas, *Saha*, pues así son designados en la inscripción de la sala de las Dos Hermanas en la Alhambra los patios de los Arrayanes y de los Leones.

(2) *Scriptor, arabum loci de Abbadidis*, I, 76.

contarse el de Az-Zahi, en medio de alamedas y olivares, á la orilla del rio; el de Az-Zahi, tambien en la ribera, y el de Al-Mubarac, en medio de la ciudad, y tal vez en el mismo sitio donde hoy se ve el Alcázar, en el cual pueden haberse conservado partes de aquel antiguo edificio. Más léjos de Sevilla estaban los palacios llamados At-Tadsch, Al-Wahid, Az-Zoraya y Al-Mozainilla. Sobre la fundacion de todos estos palacios no cabe en general la menor duda, segun las indicaciones anteriormente hechas. Por lo que se refiere de fuentes cerca de las cuales el Rey descansaba, de torres en cuyas estancias vivia y de la kubba ó pabellon con cúpula (1), se puede conjeturar que habia patios con largos corredores, por los cuales se iba á torres con habitaciones régias y á salas con techos abovedados. La mencion de jardines cerca de las habitaciones (2), demuestra que la naturaleza habia quedado en cierta libertad, como se advierte aún en el Jeneralife. La imaginacion se finge estos jardines llenos de aroma y de verdura, con enramadas de arrayan, jaz-

(1) ABBAD, I, 142; *Observ.*, 411, 146; *Observ.*, 429.

(2) ABBAD, I, 84, 85, 96.

mines, rosales, naranjos y granados, en medio de los cuales habia claros y sonoros surtidores y tazas de mármol, en cuyas puras ondas se reflejaba todo aquel esplendor. En torno de los patios lucian los arcos de las galerías, los techos y los primorosos capiteles de las columnas, todo cubierto de los más ricos arabescos, rojos, azules y dorados, de figuras poligónicas, entrelazadas en caprichosos laberintos, de flores y de hojas verdes. El suelo resplandecía con azulejos ó con losas de mármol; y los pórticos, los arcos, los ángulos de las salas y los techos estaban revestidos de variados adornos de estuco, que á veces pendían como estalactitas. Sobre un fondo azul brillaban en el muro, escritos con letras de oro, los versos de los más ilustres poetas. Aun conservamos una de estas inscripciones. Es una poesía de Ibn Handis el Siciliano, que adornaba un palacio de Al-Motamid, y dice de esta manera:

¡Yo te saludo, oh palacio!
Por Alá dispuesto estaba
Que tu beldad con los años
Creciera y se renovára.
El mismo Moisés, que pudo
Mirar á Dios cara á cara,
No entraria en tu recinto
Sin descalzarse las plantas.

En tí mora un rey, á quien
Cuantos por el mundo vagan
Buscando mejor fortuna,
Afable y propicio hallan,
Y ante él de sus dromedarios
Deponen luego la carga.
Cuando tus puertas resuenan,
Abriéndoles franca entrada,
Dicen: «¡Bien venidos sean
Peregrinos á esta casa!»
Se diría que el artista
Con las calidades raras
Que al alto Príncipe adornan
Construyó tan bella fábrica.
De su fuerte y ancho pecho
Hizo la exterior muralla,
La luz que dora el recinto
De la luz de su mirada,
El eminente almenaje
De sus hechos con la fama,
Y los sólidos cimientos
Con su largueza magnánima,
Que á tantos sostener sabe
Y en la que tantos descansan.
Á la gran sala de audiencia,
Que la bóveda estrellada
Hacer olvidar pretende
Con la cúpula gallarda,
Dió, por último, el artista
La elevacion de su alma.
Los alcázares de Persia,
Donde Cósroes moraba,
Oscurece con su brillo

Este portentoso alcázar.
Para alzarle y terminarle
Con perfeccion soberana,
Cual Salomon, nuestro rey
Ha recurrido á la magia,
De los duendes y los gnomos
Sin esquivar la alianza.
Así liquidado el sol,
Sus rayos puso en las tazas
Y dió tinta á los pinceles
Que pintaron estas salas.
Vida y movimiento tienen
Sus mil imágenes várias.
Inclina, pues, á la tierra
La vista ya fatigada,
Que en la dulce luz amiga
Del Príncipe se restaura (1).

Como se deduce de la última parte de la anterior composicion, las pinturas que representaban seres vivos eran un adorno no extraño de los palacios. Ibn Jaldun dice que en su tiempo los mahometanos de Andalucía, de resultas de su constante trato y comercio con los cristianos, habian contraído la costumbre de adornar con pinturas las paredes de sus casas y palacios (2). Sin embargo, aunque se conceda que por imitacion del pueblo vecino tomase

(1) MAKKARI, I, 321.

(2) IBN JALDUN, *Prolegomena*, I, 267.

crecimiento entre los árabes españoles la afición á esta clase de adornos, es menester convenir en que desde muy temprano se habia perdido entre ellos todo escrúpulo religioso respecto á las imágenes. Á mediados del siglo ix se erigió una estatua en una puerta de Toledo (1). En la mezquita de Córdoba, en la llamada capilla de Villaviciosa, se ven aún las figuras de dos leones echados, que sirven de sosten al arco, y sobre cuyo origen arábigo no cabe la menor duda. Ya hemos mencionado, además, que en esta santa y antigua mezquita se veian las imágenes de los Siete Durmientes de Éfeso y del cuervo de Noé (2); que Abdurrahman III adornó su quinta de Az-Zahra con los retratos de sus queridas; y que en una taza de una fuente que allí habia, hizo poner doce figuras de animales esculpidas en Córdoba misma. Una bandera descubierta recientemente en San Estéban de Gormaz (3), y que lleva en una inscripción el nombre de Hixen II, está adornada con las imágenes de un hombre y de una mujer,

(1) Dozy, *Histoire* II, 367.

(2) MAKKARI, I, 367.

(3) Se enseña esta bandera en el museo arqueológico de la Academia de la Historia, en Madrid.

y asimismo con figuras de cuadrúpedos y de aves. En un palacio, al oeste de Córdoba, se halló un maravilloso león de oro, en quien resplandecían en vez de ojos dos piedras preciosas (1), y entre las ruinas de Az-Zahra se ha descubierto un ciervo de bronce, que hoy se conserva en el museo de Córdoba. Las figuras de fieras, que vertían agua por la boca, son mencionadas con tanta frecuencia, que casi deben considerarse como imprescindible requisito de los palacios. En una poesía de Ibn Razman se habla de un león que vierte agua por la boca (2). Uno de los palacios de Al-Montamid tenía un elefante de plata al borde de un estanque (3), y en el palacio de Seradschib, en Silves, se veían estatuas de caballos (4), leones y hermosas mujeres (5).

También las otras muchas dinastías, que en el siglo XI se repartieron el desmembrado califato, así como los grandes señores de los respectivos reinos, poseían palacios y quintas que competían en lujo y magnificencia con los de

(1) MAKKARI, I, 371.

(2) IBN JALDUN, *Prolegomena*, III, 405.

(3) MAKKARI, II, 612.

(4) *Scriptor. arab. loci de Abbad.*, I, 183.

(5) DOZY, *Histoire*, IV, 146.

los Abbadidas. Entre estos palacios deben contarse el que Al Motacin, rey de Almería, construyó en su capital, entónces una de las más florecientes y populosas ciudades de España (1); la Almunia, ó quinta de Ibn Abdul Aziz, en Valencia, que los árabes describen como uno de los sitios más encantadores del mundo, y que fué largo tiempo la vivienda del Cid (2); la casa de la Alegría, Dar-us-Sorur, en Zaragoza (3); y finalmente, el maravilloso edificio, el palacio levantado con enormes gastos por Al Mamun, último rey de Toledo. En medio de un estanque que estaba en un patio de este edificio, construyó Al Mamun un pabellon. Merced á una ingeniosa maquinaria se hacia subir el agua de suerte que al caer se derramaba portodos los lados del kiosko. En este pabellon solia reposar Al Mamun, rodeado de las aguas, y sin mojarse. Se podian asimismo encender luces debajo de las aguas. En cierta ocasion sorprendió al Rey el sueño en aquel lugar, cuando oyó una voz que recitaba los siguientes versos:

(1) MAKKARI, I, 442.

(2) MALO DE MOLINA, *Rodrigo el Campeador*. Madrid, 1857, pág. 103 y apénd., 175.

(3) MAKKARI, I, 350.

¿Por qué construyes sólida vivienda,
Si tu vida fugaz hizo el destino?
Una movable tienda
Le basta al fatigado peregrino.
El arbusto de Irac sombra bastante
Al que ignora concede,
Si mañana dormir un solo instante
Bajo sus ramas puede.

Poco despues perdió el Rey su reino, y la ciudad de Toledo fué conquistada por los cristianos (1).

No solamente los príncipes, sino tambien muchos particulares erigieron suntuosos palacios, gastando enormes sumas, como, por ejemplo, la consumida en Valencia por un particular, evaluada en cien mil monedas de oro. Un lujo notable habia asimismo en las puertas, que á veces estaban revestidas de oro (2).

Ha sido muy usual llamar estilo morisco al de la arquitectura del período que empieza con la conquista de Andalucía por los Almoravides y termina con la conquista de Granada por los Reyes Católicos; pero esta apelacion está mal empleada. El nombre de *moros* fué dado por los

(1) IBN BADRUN, 278.

(2) *Dict. des vêtements des Arabes*, par Dozy, pág. 285.

cristianos españoles, que vivían en una ignorancia completa de sus contrarios en creencias, á todos los muslimes, sin distinguir la nacion á que pertenecían, y con el mismo significado pasó dicho nombre á las demas lenguas europeas. Pero cuando se habla de una arquitectura morisca, debe entenderse que se trata de distinguirla de la arábica y que se designa aquélla que emplearon los mauritanos y berberiscos. Es indudable que la poblacion mahometana de España fué muy mezclada desde el principio, y que ya entre los primeros conquistadores habia numerosas tribus y castas del África del Norte; que más adelante vivieron éstas, en gran número, junto á los árabes, en toda la Península; y que entre las pequeñas dinastías del siglo xi no pocas eran de estirpe berberisca. No obstante, así en los campos como en las ciudades, prevalecia por toda España la civilizacion arábica. Los príncipes berberiscos, que presumían de cultos, como los Aftasidas de Badajoz y el Rey de Granada, se arabizaban y se avergonzaban de su origen (1). Lo que se producía en literatura ó en arte procedía de los árabes. Jamas se dió una actividad de este género que fuese pro-

(1) Dozy, iv, 4 y 30.

pia y original de los bereberes, los cuales tenían fama de bárbaros; y si los moros han de ocupar un puesto en la historia del arte, deben tomar sólo el de asoladores de Córdoba y saqueadores y destructores de Az-Zahra. Las empresas arquitectónicas de algunos príncipes de dicha casta son siempre en el estilo y según el modelo de los edificios arábigos, y verosíblemente llevadas á cabo también por artífices árabes. Con las invasiones y el dominio de los Almoravides vino á España un nuevo aluvion de gente mauritana; pero en el mencionado modo de ser artístico no hubo cambio alguno. Los flamantes conquistadores, por razón de su barbarie, no trajeron arte alguna, y tuvieron que valerse, cuando quisieron edificar, de los antiguos habitantes del país, los cuales permanecieron naturalmente fieles á sus pasados usos y procedimientos. Lo mismo sucedió después de la conquista de España por los Almohades. Éstos, y particularmente los grandes príncipes Abd-ul-Mumen y Jusuf, se hicieron, además, al instante los más celosos amigos y protectores de la cultura árábica, y no hay el más leve indicio para que pueda sospecharse con fundamento que hicieron construir sus edificios por rudos africanos, y no por los ilustrados arquitectos de An-

dalucía, cuyo crédito y gloria tantos habian levantado y sostenido (1). Mucho ménos aún puede calificarse de morisco el período artístico que empieza con el reinado de los Nazaritas de Granada. Esta familia real era de antiquísima estirpe arábica. Su fundador Ibn-ul-Ahmar contaba entre sus antepasados á uno de los com-

(1) En confirmacion de esto, citarémos aquí un párrafo de los excelentes artículos de don Rafael Contreras, *Del arte árabe en España*, publicados en la *Revista de España*. «Los Almoravides y Almohades, dice, no trajeron nuevos elementos de la Mauritania para adelantar las artes que se habian ya desarrollado en la Península, como lo prueban las mismas obras. Los árabes poseian un espíritu más original y tradiciones más puras de la antigua patria, y difícilmente puede admitirse que en aquella época, por más que con ella coincidiese el Renacimiento, ó más bien la renovacion del arte árabe en España, pudieran introducirse los nuevos elementos citados. Ibn Said dice que las provincias andaluzas, reunidas entónces al imperio del Mahgreb, enviaron arquitectos á Jusuf y Jacob Almansur para que hicieran edificios en Fez, Rabat, Mansuriah, y que en ninguna época la capital del Mahgreb fué tan floreciente como bajo la descendencia de Abd-ul-Mumen.» «Y es bien notorio, añadia, que hoy esta prosperidad

pañeros del Profeta (1). Los sucesores de Ibn-ul-Ahmar hicieron de Granada el asiento de la cultura arábiga; y si bien en la ciudad no faltaban habitantes africanos, todavía no puede atribuirse á éstos más parte en la construcción de la Alhambra que la de meros peones. Los mismos historiadores orientales distan tanto de atribuir á dicho edificio un origen africano, que siempre que hablan de algún palacio parecido

y el esplendor de Marruecos se han trasportado á Túnez, donde el Sultán construye palacios, planta jardines y viñas á la manera de los andaluces. Todos los arquitectos eran nacidos en Andalucía, lo mismo que los albañiles, jardineros, carpinteros, pintores y ladrilleros. Los planos de los edificios fueron inventados por andaluces ó copiados de los monumentos de su país.» «No existía, pues, influencia morisca. Era genio árabe exclusivo, que había tomado expansión en España, y que con la ayuda de las tradiciones persa y bizantina llegaba á constituir un estilo peculiar.» Resulta, por consiguiente, que el llamado estilo morisco debería llamarse estilo andaluz ó estilo arábigo-hispano, ya que la inspiración española, propia y castiza de nuestro suelo y de sus moradores, se muestra clara y brillantemente en él sobre un fundamento arábigo. (*N. del T.*)

(1) MAKKARI, I, 292.—DOZY, *Histoire*, I, 270.—IBN JALDUN, *Prolegomena*, I, 298.

al de la Alhambra y edificado en África, dicen que es un palacio por el estilo andaluz (1).

Las calidades propias del llamado estilo morisco, que se supone introducido poco antes de empezar el siglo XII, consisten en la riqueza de la ornamentación, en el empleo de los azulejos y del estuco, y en la caprichosa y variada forma de los arcos, los cuales no eran sólo de herradura, sino también puntiagudos por el centro, recortados y dentellados. Sin embargo, los adornos de estuco aparecen ya sobre las

(1) MAKKARI, II, 814.—No pueden negarse la exactitud y la oportunidad de estas observaciones, que demuestran que la Alhambra y otros monumentos de la arquitectura hispanomahometana no deben llamarse moriscos. Donde dijo Fray Luis de Leon, hablando de un gran arquitecto, *el sabio moro*, quiso decir sin duda, *el sabio árabe*, ó más bien *el sabio musulmán*. La arquitectura, la poesía, la cultura en general, que hubo en España bajo el dominio musulmán, fueron arábicas en su origen y fundamentos esenciales, como lo fué la religión. Pero ¿se sigue de ahí que necesariamente fuesen árabes todos los artistas y todos los poetas? ¿Por qué no había de haberlos berberiscos, y, más que berberiscos, españoles? En la primera conquista de España por los mahometanos no vinieron muchos árabes y moros, y aunque viniesen más, extraordinariamente más, con los Almoravides y Almo-

puertas de aquella parte de la mezquita de Córdoba que edificó Al-Mansur: el yeso ó espejuelo en enormes masas fué empleado para la construcción de Az-Zahra, y se debe presumir que hizo un papel muy principal en la ornamentación de dicho palacio; y por último, los mismos estucos, así como los azulejos, se hallan en abundancia en el rico decorado de la Capilla de Villaviciosa, que no puede suponerse muy anterior al fin del siglo x. Por lo tocante á los arcos, ya los hay dentellados y con multitud de

hades, siempre ha de suponerse y creerse que no vendrían millones de hombres, y que la gran masa de la población hispano-musulmana era indígena; aunque probablemente todo el que se distinguía en letras, en armas, ó de cualquier otro modo, procuraba ocultar su origen renegado y muzárabe, y se forjaba una genealogía cuyo tronco tenía sus raíces en el Yemen, y tal vez estaba fundado por un compañero del Profeta. Los aduladores y cortesanos se apresuraban á confirmar esta ilustre y fabulosa genealogía. Si hubo, pues, como creemos que hubo, algo de peculiar, de distinto, de propio, en la civilización hispano-muslímica, que vino á distinguirla de la general civilización mahometana, nos parece que más bien debe atribuirse al influjo de los españoles mismos que al de los rudos y advenedizos bereberes; fué *el estilo andaluz*, y no el estilo morisco. (N. del T.)

recortes en la parte de la susodicha mezquita edificada por Haken II. No hay, pues, motivo para hablar de una variación fundamental en el carácter de la arquitectura arábiga del siglo XII en adelante: más bien debe afirmarse que, vencedora del influjo bizantino, fijó los rasgos esenciales de su carácter en la segunda mitad del siglo X. Es verdad que después, con el transcurso del tiempo, hubo cambios y mejoras en la ligereza de los arcos, en el primor, en la elegancia, en ciertas singularidades del gusto y en algunas modificaciones que en los detalles se fueron introduciendo; pero estos cambios y mejoras estaban en la misma naturaleza de las cosas. Nada puede objetarse, sin embargo, á los que hablan de las diversas fases del estilo arquitectónico arábigo; pero es lo cierto que no es dable seguir con certeza la historia de estas variaciones, al ménos en sus pormenores, ya que sólo nos quedan en España tres monumentos importantes y bien conservados del arte arábigo, sobre la época de cuya fundación no cabe duda: una mezquita de la primera época, un alminar de la segunda y un palacio de la tercera.

La más notable empresa arquitectónica del siglo XII, de que tenemos noticia, fué la cons-

truccion de una gran mezquita, con un alto alminar, en Sevilla, por Jacub Almansur, el Muwahida. Un historiador arábigo refiere: «En el año de 593 (1196-97 de Cristo) volvió á Sevilla el príncipe de los creyentes, y terminó allí la construccion de la mezquita y del alminar, cuyos cimientos habia echado tres años ántes, adornando la cima del alminar con muy hermosas bolas, en forma de frutos. De la magnitud de estas bolas se tiene idea con decir que la de tamaño mediano no pudo entrar por la puerta del Muezin hasta que se ensanchó la parte inferior de dicha puerta, arrancando algunas piedras. El artista que fabricó estas bolas y las elevó y colocó en su sitio fué Abu Leis el Siciliano: el dorarlas costó cien mil dineros de oro (1). En consonancia con esto habla Makkari del alminar de Sevilla, que construyó Jacub Almansur, y dice que en todo el Islam no habia otro que le sobrepujase en altura y magnificencia (2). La *Crónica del Santo rey D. Fernando* describe el alminar tal como le encontró el conquistador. «La torre, dice, es por muy sutil y maravillosa arte labrada. Tiene en anchura se-

(1) AL KARTAS, ed. Toruberg, I, 151.

(2) MAKKARI, I, 128.

senta brazas, é doscientas é cuarenta en altura. Tiene otra gran excelencia, que tiene la escalera por donde suben á ella muy ancha, é tan llana é tan compasada, que todos los reyes é reinas y grandes señores que á ella quieren subir á mula ó á caballo, pueden muy bien subir hasta encima. Y encima de la torre está otra que tiene ocho brazas en alto, hecha por maravillosa arte, y encima de ella están cuatro manzanas, una sobre otra, tan grandes y de tan grande obra y hermosura, que no creo que se hallen otras tales en todo el mundo. La que está sobre todas es la menor. Y luégo la segunda es mayor, é la tercera es muy mayor. De la cuarta no se puede decir su grandeza ni su extraña obra, que es cosa increíble á quien no la vido. Ésta es la brada por muy gentil arte. Tiene doce canales, cada una de ellas de cinco palmos en ancho, y cuando la metieron en la ciudad no pudo caber por la puerta, y fué menester que quitasen las puertas y que ensanchasen la entrada para metella. Cuando el sol da en estas manzanas, resplandecen tanto, que se ven de más léjos que una jornada» (1).

(1) *Crónica del Sancto Rei D. Fernando*. Salamanca, 1540, cap. LXXIII.

Este alminar se conserva, y es hoy la célebre Giralda, torre cuadrada que ha perdido ya su primitivo adorno de las bolas, y que ha sido algo desfigurada por un nuevo capitel ó remate. La parte inferior de esta torre es de piedra de cantería, la del medio de ladrillo y la superior de tapia. Para ornamento de la parte exterior hay muchos elegantes ajimeces, cuyos arcos variados y recortados descansan sobre pequeñas columnas de mármol, entre las cuales, pulidos ladrillos ó azulejos forman en el muro un rico tejido de varias y primorosas labores. La descripción de la gran torre de la mezquita de Córdoba, que construyó Abdurrahman III, y que era asimismo cuadrada y tenía muchos arcos en las ventanas, sostenidos por columnas de jaspe, sin que faltasen las bolas en el extremo superior (1), hace ver que era muy semejante á la Giralda, y nos deja conjeturar que dicha Giralda en su parte inferior y legítima nos ofrece la forma exacta del alminar que desde el principio estuvo en uso en España.

(1) Véase EDRISI, II, 62, y MORALES, *Antigüedades de España*, Córdoba, pág. 54. Este último autor vió aún el antiguo alminar de Córdoba, que en 1593, al ir á hacer en él algunas restauraciones, se vino á tierra.

Los arcos de los ajimeces en la torre de Sevilla se elevan un poco hácia la clave, formando punta; manera que más tarde aparece con frecuencia; pero que no fué extraña en las épocas anteriores, segun se nota en los costados de la interesante antigua puerta de Visagra, en Toledo. Estos arcos apuntados se usaron ya en el siglo ix en la mezquita de Tulun en el Cairo, y desde entónces, si no ántes, segun parece, fueron propiedad comun del arte mahometana. Los árabes fabricaban á menudo los arcos como mero ornato, y los formaban de una masa de estuco que colocaban entre los pilares verticales ó jambas. De aquí debió pronto y fácilmente nacer el deseo de dar al arco variedad y diversas formas, y sería ciertamente de extrañar que no se hubiese ocurrido el cambiar y alternar la forma redonda con la del arco apuntado. Sin embargo, nunca el arco apuntado se empleó por ningun pueblo mahometano como parte esencial de un sistema arquitectónico, y, si bien afirma su importancia en la arquitectura la aplicacion frecuente que de él se hizo, sería caer en error dejándose llevar de las apariencias, el atribuir á su aparicion entre los árabes más importante significado y el poner esto en relacion con el origen del estilo gótico.

La gran mezquita de Sevilla, de la cual aún se conservan algunos restos en la parte inferior de los muros de la catedral, y que sirvió para el culto cristiano hasta el siglo xv, estaba por fuera coronada de soberbias almenas y revestida en lo interior de blancas placas. Su techo, muy artísticamente adornado, descansaba, como el de la mezquita de Córdoba, sobre antiguas columnas de mármol, por donde se podía inferir que aquel edificio había sido también construido en los primeros tiempos de la dominación musulímica, y por Jacub Almansur sólo restaurado (1).

En muchos lugares esparcidos por toda la Península ibérica se encuentran aún edificios ó ruinas que en su estructura ó adornos revelan la mano ó el influjo de los árabes; más raras veces hay datos seguros por donde se pueda averiguar la época de su fundación. En las regiones que fueron arrebatadas á los mahometanos se conservó aún largo tiempo la antigua manera de edificar. No sólo los moriscos edificaban y adornaban sus casas al uso de sus padres, sino que también los cristianos se compla-

(1) ORTIZ Y ZÚÑIGA, *Anales de Sevilla*. Madrid, 1677, página 21.

cian en la comodidad de tales viviendas y hacían construir las suyas según el mismo estilo y traza. Todavía en el siglo xvi eran proverbiales entre los españoles el lujo encantador y el atractivo con que los palacios arábigos robaban los sentidos; y el ascético Fr. Luis de León los encomia al considerarse dichoso de hallarse tan apercibido contra las seducciones del mundo, que

Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspe sustentado.

Á menudo estas obras de los tiempos posteriores á la reconquista son difíciles de distinguir de las que se construyeron ántes de la dominación cristiana. Ni las mismas inscripciones del Corán prueban otra cosa, sino que los moriscos, mientras se les permitió el libre ejercicio de su religión y el uso de su lengua nativa, siempre adornaban las paredes de sus moradas con piadosas sentencias. La distinción es aún más difícil de hacer cuando los nuevos edificios se han levantado sobre el solar de otros más antiguos y aprovechando sus materiales. Á este género pertenece el alcázar de Sevilla, que en su estado actual es un laberinto de patios, salas, corredores y estancias, en donde la traza en general,

y no pequeña parte de los adornos y detalles, revelan el gusto y la manera arábigos. La inscripción de la fachada principal dice que el rey D. Pedro ha construido aquel alcázar, pero es evidente que su obra no es ninguna construcción fundamentalmente nueva, sino sólo una restauración de muchas partes antiguas con la adición de otras (1). Ya, según parece, los Omíadas tuvieron un palacio en Sevilla (2); también hemos hablado de los diversos palacios de los Abbadidas, y por último, entre las construcciones de los Muwahidas, se menciona una fortaleza con palacios y kubba (3); pero de ninguno de estos edificios se puede afirmar con certidumbre que estuvo en el mismo sitio que el alcázar actual. Después de la conquista de Sevilla fijó el rey San Fernando su residencia en el al-

(1) Según Ortiz de Zúñiga, el rey D. Pedro hizo construir una nueva vivienda en el alcázar de Sevilla y destruyó parte de la antigua.—*Anales de Sevilla*. Madrid, 1677, pág. 210.

(2) Dozy, *Histoire*, II, 247.

(3) AB-UL-WAHID, 212.—Este edificio *muwahida* estaba situado á orillas del Guadalquivir. El actual alcázar se halla á alguna distancia del río, pero se puede suponer que con sus antiguos jardines y otros edificios dependientes pudo extenderse en otro tiempo hasta la ribera.

cázar (1), y parece indudable que este alcázar es el mismo que D. Pedro restauró y renovó.

La ciudad de Toledo es asimismo riquísima en restos de arquitectura arábica (2); pero ni los mejor conservados, como la hermosa puerta del Sol y la antigua sinagoga de Santa María la Blanca, consienten que se diga con seguridad

(1) *Crónica del Santo rey D. Fernando*. Salamanca, 1540, cap. LXX.

(2) Ya se comprende que Schack, hablando en general resúmen de la arquitectura arábica, no puede detenerse á describir circunstanciadamente todos los monumentos que de este género hay en España, sobre todo cuando no son, de seguro, del tiempo de la dominacion musulmana, sino posteriores á la reconquista; esto es, contruidos por musulmanes sometidos á los cristianos. Se da á este estilo, que tiene caracteres propios, el nombre de estilo mudéjar, y á él pertenecen casi todos los edificios por el gusto arábigo que aún en Toledo subsisten. Así, por ejemplo, Santa María la Blanca, antigua sinagoga, el Tránsito, ó San Benito, que fué otra sinagoga, contruida por el famoso Samuel Leví, valido del rey D. Pedro, la Casa de la Mesa, San Roman y el palacio de Don Diego. Otros edificios, como las puertas del Sol y de Visagra, son talvez del tiempo de la dominacion mahometana. Todo lo describe con grande esmero y saber el Sr. Amador de los Rios en su *Toledo pintoresca*, á la que remitimos á nuestros lectores. (N. del T.)

que pertenecen á épocas anteriores á la reconquista (1). En el cerro más alto que domina la ciudad, y donde ahora está el alcázar, habia ya sido edificado en el siglo VIII un fuerte castillo (2); con ocasion de la reconquista de Toledo, se habla tambien de un castillo que dominaba todos los contornos (3); pero en las hoy destruidas ruinas del palacio de Cárlos V apenas se advierten ya partes de muros arábigos. Del mismo modo ha desaparecido la obra maravillosa de las dos cisternas (4), las cuales se iban regu-

(1) Conforme en esto con Schack el Sr. Amador de los Rios, no hay apenas en Toledo un solo monumento, fuera de la ermita del Cristo de la Luz, que se atreve á calificar resueltamente como del tiempo de la dominacion musulmana, por más que en muchos haya inscripciones arábigas con versículos del Corán, que los piadosos arquitectos musulimes inscribian, á pesar de ser cristianos los que mandaban construir los edificios. (*N. del T.*)

(2) IBN-AL-KUTIA, en *Journ. asiat.*, 1853, I, 463.

(3) DOZY, *Recherches*, pág. 193.

(4) Aunque todos pueden consultar la obra del Sr. Amador de los Rios, *Toledo Pintoresca*, no logro resistir al deseo de trasladar aquí lo más sustancial de la descripcion que de estas cisternas ó clepsidras da el escritor arábigo Abu Abdalá ben Abi Becr Az-Zahri en su *Geografía*, segun la traduccion hecha por D. Pascual de

larmente llenando de agua conforme crecía la

Gayángos: «Las fabricó, dice, el famoso astrónomo Abul-Casen Abdurrahman, más conocido por el renombre de Az-Zarcal. Cuentan que este Az-Zarcal, como oyese de cierto talisman que hay en la ciudad de Arin, en la India oriental, y del cual dice Masudi que señalaba las horas por medio de unas aspas ó manos, desde que salía el sol hasta que se ponía, determinó fabricar un ingenio ó artificio, por medio del cual supiesen las gentes qué hora del día ó de la noche era, ó pudiesen calcular el día de la luna. Al efecto hizo cavar dos grandes estanques en una casa á orillas del Tajo, no léjos del sitio llamado Babo-d-dabbagun (puerta de los curtidores), haciendo de suerte que se llenasen de agua ó se vaciasen del todo, segun la creciente y menguante de la luna.

»Segun nos han informado personas que vieron estas clepsidras, sus movimientos se regulaban de esta manera. No bien se dejaba ver la luna nueva, cuando por medio de conductos invisibles empezaba á correr el agua en los estanques, de tal suerte que al amanecer de aquel día estaban llenas sus cuatro séptimas partes, y que al anocheecer había un séptimo justo de agua. De esta manera iba aumentando el agua en los estanques, así de día como de noche, á razon de un séptimo por cada veinticuatro horas, hasta que al fin de la semana se encontraban ya los estanques á mitad llenos, y en la semana despues se veían llenos del todo, hasta el punto de rebosar el agua. Cumplidos los 21 días y 21 no-

luna, y se iban quedando vacías cuando la luna

ches del mes, ya no quedaba en los estanques más que la mitad del agua, menguando cada día y cada noche, hasta cumplirse los 29 días del mes, hora en que quedaban de todo punto vacíos y sin más agua que la que se les pudiese haber echado desde fuera; con esta circunstancia notable, que si álguien intentaba, mientras el agua iba en aumento, disminuir la que había en los estanques, extrayéndola con cubos ó de otra manera, lo mismo era cesar la operacion, que brotaba otra vez por aquellos conductos invisibles el agua suficiente para llenar el vacío; de suerte que por ninguna manera se alteraba la medida y progresion de las aguas. Y en verdad que debia de ser cosa maravillosa y nunca vista, pues si bien es cierto que el ídolo de la ciudad de Arin, en la India, es notable por su construccion, aún lo es más este de Toledo, por cuanto aquél está en una region y en un grado del Ecuador en que las noches y los días son siempre iguales, mientras que éste está en un sitio y en una latitud en que, como es sabido, las noches son más cortas y los días más largos. Pero solo Dios es sabedor, y no nos toca á nosotros, pobres mortales, el tratar de penetrar sus insondables misterios.

»Segun dijimos arriba, estas clepsidras ó relojes de agua, con sus correspondientes estanques, estaban bajo un mismo techo, en un edificio fuera de Toledo. Cuando el Rey de Toledo, que lo era entónces un tal Adefonx, maldígale

menguaba, señalando así el número y la hora de cada día del mes (1). Las ruinas cerca del Tajo, que llevan el nombre de Palacios de Ga-

Alá, tuvo noticia de ello, entróle el deseo de ver cómo se movían, y al efecto mandó á uno de sus astrónomos que socavase uno de ellos y viese cómo y de dónde venía el agua. Hízose como lo mandaba el Rey, y el resultado fué que quedó de todo punto inutilizada la máquina. Esto fué en el año 528 de la Egira (1134 de Cristo), tiempo en que, según dijimos, reinaba dicho Alfonso en Toledo. Cuentan que un maldito judío, á quien llamaban Honayn-ben-Rabua, y era grande estrellero, fué el causante de esta desgracia; pues como desease en extremo penetrar el artificio por medio del cual se movía toda aquella máquina, pidió al Rey que le permitiese sacar de cuajo una de las clepsidras para poder ver lo que había debajo, prometiendo volverla á su lugar tan pronto como se hubiese enterado de las piezas que la componían. Dióle el Rey licencia para ello; mas cuando el judío (¡maldígale Alá!) quiso volverla á su sitio, no le fué posible. El insensato creyó que podría mejorar el movimiento, haciendo de suerte que los estanques se llenasen de día y se vaciasen de noche, mas todo fué en vano: no consiguió su intento, y la máquina quedó inutilizada para siempre.»

Tal es la traducción de Az-Zahri, comunicada por Gayángos á Amador de los Ríos é inserta en la obra *Toledo pintoresca*. (N. del T.)

(1) MAKKARI, I, 127.

liana, son más interesantes por las románticas tradiciones con ellas enlazadas, que por sus adornos y arcos recortados (1). En balde se

(1) El Sr. Amador de los Rios, en su *Toledo pintoresca*, describe detenidamente los restos de los Palacios de Galiana. El doctor Fastenrath los describe también de esta suerte, en sus *Inmortales de Toledo*. «En medio de la fértil llanura, al oriente de la ciudad, en la orilla izquierda del Tajo y en la llamada Huerta del Rey, hay una granja que tiene las decoraciones de un antiguo palacio. El pueblo la llama hoy los Palacios de Galiana. Dos altas torres y muros derruidos forman un cuadro. Á la entrada aún se ve un gran arco de herradura, en cuya bóveda se hallan dos escudos en blanco mármol con las armas de la noble casa de los Guzmanes. En lo interior el arco está cubierto de arabescos ennegrecidos por el humo y el hollín, y de inscripciones arábigas que se han hecho imposibles de leer. Cuatro bóvedas, que sirven hoy de establo y de cocina y dormitorio á los campesinos, es cuanto queda de los suntuosos palacios que en otro tiempo habitó Galiana.»

En lo tocante á esta princesa mítica, tradicional ó fantástica, tanto el Sr. Amador de los Rios cuanto el doctor Fastenrath traen noticias curiosas que debemos repetir aquí en resúmen.

Muchos poetas de varios países han ensalzado la peregrina hermosura de Galiana y han cantado sus amores con Carlo-Magno. Lo singular es que siendo este asunto tan romántico,

busca hoy algun rastro del alcázar, del arsenal,
de las torres, mezquitas y casas de municiones

no haya dado motivo á romance alguno de nuestro romancero, que ha dejado intacta la tradicion. La tradicion, sin embargo. es muy española, ó al ménos vino á España desde muy antiguo, pues ya el arzobispo D. Rodrigo refiere que en sus mocedades estuvo Carlo-Magno en Toledo, y que, cuando volvió á Francia, sabida la muerte de su padre, *reversus est, ducen secum Galienam, filiam regis Galafri, quam ad fidem Christi conversam, duxisse dicitur in uxorem*, etc. Sin duda Galiana merecia bien la honra de ser emperatriz de Francia, pues todos los poetas encomian su hermosura, como cosa más que humana. Valbuena la describe así en *El Bernardo*:

Hija del rey Galafre es Galiana,
Cuya beldad se entiende que del cielo,
Hecha de alguna pasta soberana,
Para asombro bajó y honor del suelo.
El ámbar y arrebol de la mañana,
Que entre rayos y aljófares de hielo
El mundo argenta y su tiniebla aclara,
Dirás que son vislumbre de su cara.

El rey de Guadalajara, moro agigantado, feroz y valiente, llamado Bradamente, se enamoró perdidamente de la Infanta, y para visitarla hizo una senda subterránea que iba desde Guadalajara á los Palacios de Galiana, y con el nombre de *senda de Galiana* es conocida. Pero ni esto, ni otros mil extremos y finezas de ena-

que habia en Gibraltar, obras todas que aún á mediados del siglo xiv llenaban de admiracion

morado fueron parte á vencer el desvío y la crueldad de la bella infanta mora, y sólo sirvieron para excitar los celos del jóven Carlo-Magno, que decidió desafiar á aquel odioso rival. «Hízolo así, dice D. Cristóbal Lozano en sus *Reyes nuevos de Toledo*, riñeron cuerpo á cuerpo con destreza y con valor, y aunque el moro era un gigante, quedó por Carlo-Magno la victoria. Vencióle en el desafío, cortóle la cabeza y presentósela á Galiana. Recibió el presente muy gustosa, tanto por ver la valentía de su amante como por verse ya libre del que aborrecia.» Según el mismo Lozano, la Infanta se hizo cristiana; la bautizó Cixila, arzobispo de Toledo, la casó con Carlo-Magno, y los nuevos esposos se fueron á Francia á ocupar el trono que acababa de quedar vacante por muerte del rey Pipino.

Ademas de un episodio del poema de Valbuena, *El Bernardo*, ha inspirado esta tradicion una comedia á Lope de Vega, titulada *Los Palacios de Galiana*, la cual comedia es bastante rara en el dia, aunque fué impresa en la parte xxiii de las comedias de Lope. El Dr. Fastenrath trae un extracto de esta comedia y muchos versos y escenas traducidas. Tambien el Sr. Rubí compuso un drama sobre Galiana, haciéndola esposa de Carlo Martel, y no de Carlo-Magno.

En un poema épico aleman, compuesto á principios del siglo xiv, titulado *Karl Meinet*, por Adelberto de Keller, se cuentan muy por

y de orgullo á los creyentes cuando visitaban aquel baluarte del Islam (1). En los alcázares

extenso y muy poéticamente los amores de Carlo-Magno y Galiana. Carlo-Magno, siendo muy mozo, vino á Toledo con 200 vasallos fieles, huyendo de los dos tiranos Haenfrait y Hoderich, que le habian usurpado el trono. Este destierro da ocasion á sus amores con Galiana, que el poeta llama Galya, hija del rey Galafer. Carlo-Magno mata á Bremunt y á Kaiphas, su sobrino, y se hace gran privado y amigo de Galafre, quien va con él á Francia y le ayuda á reconquistar el reino que le tenian usurpado. Los usurpadores expian su crimen en la horca, y Galafre se vuelve á Toledo cargado de presentes. Pero ni Cárlos en el trono de Francia, ni Galiana en sus encantados Palacios, podian vivir separados el uno del otro. Cárlos abandona su trono y reino, y vuelve á Toledo, disfrazado de peregrino. Esto da lugar á mil escenas románticas. Galiana y su doncella Floreta huyen al fin con Cárlos, y, despues de mil lances y aventuras, llegan á París, donde el arzobispo las bautiza. Galiana se casa con Cárlos y es emperatriz de Francia.—Cuando Cárlos estaba en Alemania, combatiendo á los sajones, murió la emperatriz Galiana, y Cárlos la lloró amargamente. Segun el poema, el Emperador tuvo que consolarse al cabo, pues se casó en segundas nupcias con Hildegarda de Suabia, y en terceras con la graciosa Vasterita. (*N. del T.*)

(1) IBN BATUTA, IV, 355.

de Segovia y de Cintra quedan aún algunos restos de su primitiva arquitectura; y Alcalá de Guadaira, cerca de Sevilla, puede jactarse de su castillo arábigo, bien conservado aún.

Entre las más importantes ciudades, singularmente en los últimos tiempos de la dominación mahometana, se contaba la fuerte y poderosa Málaga, puerto principal del reino granadino. Los escritores cristianos que la visitaron en tiempo de los musulimes, ó inmediatamente despues de la reconquista, hablan con admiración de sus edificios y fortificaciones y del encanto de sus alrededores. Cercaba la ciudad una muralla con muchas fuertes torres, cuyos parapetos estaban coronados de muchas almenas. Fuera de la ciudad y en la falda de un monte se veía la Alcazaba, que era un fuerte castillo, cercado de dobles muros y de treinta y dos gigantescas torres. Más alto aún, en la cumbre del monte, estaba el castillo de Gibralfaro, que se tenía por inexpugnable. En la parte llana de la ciudad habia otra notable fortaleza con seis altas torres, que se llamaba el castillo de los Genoveses, y ademas, más cerca de la playa, otro gran edificio, igualmente con torres, que era el arsenal ó atarazana (*Dar-as-Saana*). «Y las muchas torres y los grandes edificios, di-

ce Hernando del Pulgar, que están hechos en los adarves, y estas cuatro fortalezas, muestran ser obras de varones magnánimos, en muchos y antiguos tiempos edificadas, para guarda de sus moradores. Y allende de la fermosura que le da la mar y los edificios, representa á la vista una imágen de mayor fermosura con las muchas palmas y cidros y naranjos, y otros árboles, y huertas, que tiene en gran abundancia dentro de la ciudad y en los arrabales, y en todo el campo que es en su circuito» (1).

Los restos que en Málaga se conservan aún de la época arábica, se reducen á las atarazanas, en cuyo costado del mediodía se halla un elegante arco de herradura con la inscripcion: *Solo Dios es vencedor*; las ruinas de la Alcazaba y de Gibralfaro ó monte del Faro, y la torre de la iglesia de Santiago, que fué una mezquita. De la mezquita principal, cuyo patio era célebre por su hermosura y estaba lleno de naranjos de extraordinaria altura (2), no queda el menor resto, como se nota al visitar la catedral, que

(1) HERNANDO DEL PULGAR, *Crónica de los Reyes Católicos*, cap. LXXV.—Véase también *Crónica de D. Pedro Niño*. Madrid, 1782, página 53.

(2) IBN BATUTA, IV, 367.

ocupa hoy el lugar mismo. Interesantes restos de un castillo, fundado encima de una escarpada peña, tal vez del mismo castillo en que los hijos de Al Motamid se defendieron tan valerosamente, se hallan aún en Ronda, «aquella egregia y encumbrada ciudad, á quien las nubes sirven de turbante, y de talabarte los torrentes» (1).

En varias ciudades de España se han conservado algunos alminares convertidos en campanarios; así en Carmona el de Santa María, y en Sevilla los de Santa Catalina y San Marcos. En la iglesia de San Salvador se ve una losa de mármol, empotrada en los muros de lo interior de la torre, con una inscripcion que dice que el

(1) ABULFEDA, *Geografía*, 166.—Ronda, por su posicion, unica en el mundo, es una ciudad inolvidable cara el que una vez la ha visto. Los escritores arábigos la describen pinterpescamente. Ibn Jacan la llama: «Una encumbrada y casi inaccesible ciudad, cuyas almenas se avecinan á los astros. De ella descenden manantiales, cuyo impetuoso curso forma un estruendo como las tempestades y el trueno. Estos manantiales se convierten luégo en un rio, que, á manera de serpiente, ciñe y enlaza los lados del castillo, haciéndole aún más fuerte é inaccesible.» (*Scriptorum Arab. loci de Abbadidis*, I, 55.)

rey Al Motamid hizo reedificar, en el año 472, la parte superior de aquel alminar que un terremoto habia derribado. En las iglesias de San Andrés y de San Lorenzo, tambien en la misma ciudad, parecen ser restos de mihrabs las pequeñas construcciones con cúpula que están al mediodía. Por último, San Juan de la Palma, en Sevilla, fué primitivamente una mezquita, cuyo alminar hizo construir una de las mujeres de Al Motamid, como lo declara una inscripcion cúfica que se halla en el muro exterior (1). Además de este recuerdo de la época brillante de la ciudad bajo el dominio de los Abbadidas, despierta esta iglesia otro recuerdo de los días más terribles de la Inquisicion. Cuenta la leyenda que un cadáver depositado en aquella iglesia se alzó del sepulcro para acusar á un rico judío á quien oyó negar la Inmaculada Concepcion de la Virgen: la Inquisicion se apoderó del pecador y le quemó vivo.

(1) *Memorial histórico español*, tomo II. Madrid, 1851, páginas 394 y 396.

XVI.

La arquitectura de los árabes en Sicilia.

Cuatrocientos años ántes que en España acabó la dominacion de los árabes en Sicilia. Si esta isla habia sido un gran campo de batalla de los antiguos pueblos, donde combatieron siracusanos y atenienses, cartagiñeses y griegos, romanos y bárbaros, tambien hubo en ella desoladoras guerras en las edades sucesivas entre normandos, alemanes, aragoneses y franceses. Pero, aunque se salvaron de aquellas primeras tempestades y combates restos importantes siempre del arte dórico, los templos sublimes de Agrigento y Segeste y los teatros de Siracusa y de Taórmina, los edificios de los árabes, con ser más de mil años más modernos, han desaparecido casi por completo, sin dejar rastro alguno. Sólo poseemos de ellos escasas y vagas noticias, pero las suficientes para que no

quede la menor duda sobre su abundancia y grandeza. La vida de San Filaretos, nacido en Sicilia (1020-1070), obra compuesta en tiempo aún de la dominación mahometana, encomia los muchos templos, la admirable magnificencia y hermosura de los edificios que había en las ciudades principales de la isla, si bien añade que entre todos descollaban las obras de los antiguos (1). Según Ibn Haukal, tenía Palermo, á mediados del siglo x, más de trescientas mezquitas, entre ellas una capaz de contener 7.000 personas (2). Un diploma de Roger, del año de 1090, habla de las extensas y muchas ruinas de ciudades y palacios sarracenos y de los escombros de tantos edificios contruidos con maravilloso artificio para usos elegantes y superfluos (3). Grandes fueron después las devastaciones de

(1) *Acta Sanct. Bollandi*, 1, April, 607.—«Multa etiam sacra et religiosa templa. At vero mira est pulcritudo ac magnitudo aedificiorum, quae in maximis urbibus conspiciuntur, atque ex his satis illustra at praeclara censentur quae ab antiquis mira arte posita sunt.»

(2) *Biblioteca arabo-sicula*, ed. Amari, página 6.

(3) *Pirrhî Sicilia Sacra*, 1, 695.—«Quis enim visa castillorum et civitatum ampla et diffusa ruina et palatiorum suorum studio mirabili com-

una guerra de conquista de tres años; mas, á pesar de ello, se deduce de las obras de Edrisi, Ibn Yubeir y Hugo Falcando, escritores los tres del tiempo de los normandos, que todavía, á mediados y hácia el fin del siglo XII, una gran parte de Sicilia conservaba el sello de la cultura arábica. Los dos primeros ensalzan, al mentar casi todas las ciudades, las mezquitas, los baños y otros suntuosos edificios; y es difícil suponer que todos ó la mayor parte fuesen contruidos en el corto tiempo que medió desde la conquista de la isla. La pintura que hace Falcando de Palermo recuerda vivamente, por la semejanza, las que se conservan de Granada y de Sevilla, y designa á los árabes como principales autores de aquellos celebrados encantos. «¿Quién, dice, podrá encomiar como es justo los pasmosos edificios de esta magnífica ciudad, la belleza de sus árboles siempre verdes, la dulce abundancia de sus fuentes y surtidores, y los acueductos que traen agua de sobra para todas las necesidades de los ciudadanos? ¿Quién acertará á ponderar la gloria de la espléndida vega, que

positorum ingenti destructione percognita, Saracenorum, quorum usibus superfluis haec deserviebant», etc.

se extiende cuatro millas entre los muros de la ciudad y las montañas? ¡Oh venturoso valle, digno de alabanza en todos tiempos, el cual contiene en sí toda clase de árboles y de frutos, y encierra solo todos los bienes de la tierra! Con el encanto que enjerce su deleitosa vista, de tal suerte se apodera de las almas, que el que una vez le vió, apénas si podrá dejarse arrastrar á otra parte por el mas poderoso atractivo. Allí se ven viñedos que, merced á la pujante fertilidad del suelo, se dilatan con viciosa lozanía; allí hay jardines con una inmensa riqueza de variada fruta; allí torres, así para guardar los jardines como para deleite de los sentidos extasiados; allí tambien rápidas norias, por medio de cuyos arcaduces, que alternativamente suben y bajan, se extrae el agua de los veneros y se llenan los aljibes y estanques que están cerca, y desde los cuales corre el agua hácia todos lados. Si se atiende despues á la copia variada de árboles frutales, se ve la granada, que ocultando sus delicados granos en ruda corteza, los preserva de la intemperie; limones de tres diversas sustancias, pues mientras que su cáscara, por el color y el aroma, parece arder, la jugosa pulpa interior con su ágrío zumo está llena de frescura, y la parte

que está en medio conserva una temperatura templada. Estos limones sirven para sazonar los manjares. Hay también naranjas, que, si deleitan con su dulce zumo refrigerante, encantan aún más por su hermosura, cual si hubieran sido creadas para deleite de los ojos. Éstas caen de su peso cuando están ya maduras, porque no pueden sostenerlas las ramas, y porque crecen otras nuevas á las cuales es menester dejar sitio; de tal suerte se ven á la vez en el mismo árbol el fruto ya con vivo color de la primera cosecha, el verde aún de la segunda y el azahar de la tercera. Este árbol, resplandeciendo constantemente con las galas y lozanía de la juventud, no es despojado de ellas por la infructífera vejez del invierno, ni la helada le roba su follaje, sino que siempre lleva sus hojas verdes, y nos muestra á la vista la dulzura de la primavera. ¿Qué diré yo de las nueces, de las almendras, de los higos de varias clases, y de las olivas, cuyo aceite sazona los manjares y alimenta la llama de las lámparas? ¿Qué diré de los altos algarrobos de larga vida, cuya innoble fruta lisonjea con dulce insipidez el paladar de los rústicos y de los muchachos? Más bien me pararé á considerar las sublimes cabezas de las palmas y los dátiles que cuelgan en ra-

cimos de los altos cogollos. Si bajas luego la vista, descubres extensos campos plantados de aquella maravillosa caña, que estos naturales llaman de azúcar, á causa de lo dulce de su jugo interior. De otros frutos comunes que se dan entre nosotros me parece superfluo añadir nada» (1).

Si este verde y florido eden nos le imaginamos coronado de palacios y de castillos de altas almenas, de cúpulas de mezquitas y de esbeltos y ligeros alminares, emergiendo de un mar de verdura, y de quintas con fuentes y sonoros surtidores ocultos entre la espesura de los naranjos y los bosquecillos de arrayan, y luego miramos al mar azul profundo desde las escarpadas peñas cubiertas de pitas, áloes y nopales, tendremos una idea de Sicilia en tiempo de los árabes y aún de los normandos. Así fué que, seducidos por la encantadora belleza de esta tierra meridional, pronto trataron los últimos de fijarse en la isla en estables viviendas, se arrepintieron de aquella furia bárbara, con que habían arrasado tantos soberbios edificios, y empezaron á restaurar ó reedificar los palacios

(1) HUGONIS KALCANDI, *Hist.*, en los *Rerum Sicularum Scriptores*; Francofurti, 1579, pág. 640.

derruidos y á levantar otros nuevos. En Italia asimismo, y singularmente en la costa del Sur, que tenía frecuente trato y comercio con Sicilia, halló la gente tan cómodas las viviendas sarracenas, que procuró imitarlas. Así es, por ejemplo, que en la pequeña ciudad de Ravello, cerca de Amalfi, poblacion poderosa en otras edades, se ven aún muchos palacios derruidos, completamente en estilo oriental.

Es indudable que fueron arquitectos arábigos los que hicieron para los normandos aquellos palacios dispuestos para el goce de la vida sensual más elegante. Ni tuvieron el menor motivo para apartarse del antiguo estilo conocido, ó modificarle, ya que los que les encomendaban trabajo habian desde luego adoptado las costumbres orientales. Siguieron, pues, en la traza y plan de los nuevos edificios, como en los detalles y adornos, el ejemplo y modelo de las antiguas quintas sarracenas; y si no se ha conservado en la isla un solo edificio que pueda con seguridad completa hacerse remontar á la época de los árabes, todavía nos atrevemos á conjeturar del modo de ser de los más tarde edificadas, como eran los primeros.

Los grandiosos monumentos antiguos de Sicilia, que aún excitan hoy nuestra admiración,

y que entónces debían subsistir aún en mayor perfeccion, no parece que sirviesen en manera alguna de modelo á los mahometanos. Fácil les hubiera sido aprovecharse de las columnas y de otras partes esenciales de los templos griegos, pero es indudable que no lo hicieron. El material de construccion que emplearon con preferencia, fué una clase de piedra que llamaban *kiddan*. De estas piedras talladas estaba hecho todo Palermo (1). Parece, ademas, segun se infiere de la inspeccion de muchos restos de murallas, que emplearon el ladrillo. Los edificios sicilianos tenian, por la altura, solidez y espesor de los muros, y por el uso del arco unas veces más y otras ménos, pero siempre propendiendo á ser apuntado, cierta afinidad en el estilo arquitectónico con los del Cairo, lo cual se explica fácilmente por las íntimas relaciones políticas de aquella isla con Egipto. En el orden interior y en la traza las quintas se asemejaban á las de España que ya hemos dado á conocer: patios rodeados de corredores con arcos y columnas, y estancias circunstantes con tazas de mármol y surtidores, formaban aquí, como allí, una mansion deliciosa entre jardines que osten-

(1) IBN YUBAIR, ed. Wright, pág. 336, l. 5.

taban flores y frutas de una vegetacion casi tropical. En la ornamentacion hallamos tambien dibujos multicolores de mosaico, bóvedas en forma de colmenas, inscripciones entrelazadas, y estucados y resaltos de mil formas caprichosas cubriendo las paredes.

Un trasunto del lujo y de los encantos de las quintas de Sicilia brilla aún en los versos de Abdurrahman de Trapani en elogio de Villa-Favara, que publicamos en el segundo tomo de esta obra. La poesía no da, sin embargo, más noticia sobre su disposicion sino que nueve arroyos corrian por los jardines, en medio de los cuales habia un lago con una isla plantada de naranjos y con un pabellon ó kiosko en medio de la isla. Esta quinta estaba cerca de Palermo, á la falda del monte Grifone, no léjos de dos manantiales, que en tiempo de los árabes se llamaban la pequeña y la grande Favara (esto es, manantial). Ibn Yubair habla de esta quinta llamándola Kaszr Xafer (1), por donde puede inferirse que fué edificada por el emir Xafer Ibn Jusuf (998-1019), ó por otro sarraceno del mismo nombre, y que el rey Roger, á quien

(1) IBN YUBAIR, 334.

Fazellus considera como el fundador (1), no hizo más que restaurarla. Según todas las apariencias, también Benjamin de Tudela, que visitó á Sicilia en el año de 1170, habla de Favara, cuando dice: «En Palermo tiene su residencia el Virey, cuyo palacio se llama Al-Hisn, ó sea el fuerte castillo. Este palacio contiene en sí todo género de árboles frutales y un arroyo grande encauzado por un muro, y un estanque, que se llama Al-Behira, donde hay muchos peces. Las barcas del Rey están adornadas de plata y de oro, y siempre prontas para su solaz y recreo y el de sus mujeres» (2). Interesantes restos de esta quinta pueden verse aún á una media legua de Palermo, cerca de la iglesia de San Ciro. Allí, donde la gran Favara brota de un peñasco horadado por muchas cuevas, hay aún tres arcos de ladrillo, bajo los cuales se advierte la cerca de piedra de un lago ó gran estanque. De este gran estanque proviene sin duda el nombre de *Mare dolce*, que equivocadamente se da hoy al manantial. Aún en el día los depósitos públicos de agua, así como también las pilas de mármol

(1) FAZELLUS, en *Rer. Sic. Scriptores*, 169.

(2) *The itinerary of Benjamin of Tudela*, ed. Asher, I, 166.

y los estanques de las casas, se llaman en Damasco Baharat, esto es, *mar*. Al lado opuesto de este lago artificial, ahora seco, más hácia la orilla del mar, se hallan las extensas ruinas del palacio. El pueblo de Palermo supone que por un camino subterráneo se va desde él al palacio real, que está en el centro de la ciudad, y le conoce con el nombre de *Castello di Barbarossa*. Es una gran fábrica cuadrangular con un ancho patio y con nichos en el lado exterior de los muros. Algunas habitaciones medio arruinadas con techos de bóveda indican haber sido estufas de baños termales.

Entre los palacios que, segun Ibn Yubair, hacian semejante la capital de Sicilia á una hermosa doncella, circundado el cuello de un espléndido collar de perlas (de modo que el rey de los normandos podia trasladarse siempre de un jardin á otro, pasando por pabellones, kioskos y belvederes) (1), debe contarse tambien el palacio de Al-Mansuriya. Sobre el sitio en que estaba este palacio no se puede afirmar nada con certeza, pues sólo le conocemos por dos poesías arábigas que se conservan en su elogio, y que demuestran cuánto los palacios sarrace-

(1) IBN YUBAIR, éd. Wright, 336.

nos de Sicilia se parecían á los palacios de los árabes andaluces, así en el plan y traza general, como en las particularidades. Y digo con intención *palacios sarracenos*, ya que edificadas en estilo oriental, y más que probablemente por arquitectos mahometanos, tienen derecho á este nombre, aunque pertenezcan á la época de los normandos. Una de las mencionadas poesías viene incluida ya en el tomo II, pág. 173; la otra, de Ibn Beschrun, es como sigue:

¡Oh santo Alá, qué soberana gloria
Este alcázar rodea,
A quien da nombre digno la victoria!
La vista se recrea
Contemplando la fábrica esplendente,
Cuyas columnas y altos torreones
Destácanse en el cielo transparente.
El agua que derraman los leones
Que brota se diría
De la fuente Kevser (1). El rico huerto
La primavera pródiga ha cubierto
Con fúlgido brocado;
Y el huerto, acariciado
Del aura por el beso,

(1) Hay un río, lago ó estanque en el Paraíso, llamado Kevser ú Keuter. No sé más de él sino que la sura CVIII del *Coran* se llama Keuter, porque empieza: «Te hemos dado el Keuter.» (N. del T.)

Olor de ámbar envía,
Miéntras los ramos de la selva umbría
De la fruta en sazón ceden al peso.
El canto de las aves siempre suena,
Como si convidára
A penetrar en la floresta amena.
Tal es la mansion cara
Del gran Roger; Roger, que sobresale
Entre reyes y Césares, y quiso
Aquí su trono levantar ahora.
De su esfuerzo y su dicha se prevale,
Y en este paraíso,
Que es obra suya, descuidado mora (1).

Habia, pues, jardines en la inmediata cercanía, si no en el centro del palacio, y leones que arrojaban agua como en la Alhambra. La imaginación completa esto con patios circundados de pórticos y salas adyacentes, cuyas paredes resplandecían con azulejos, y de cuyas bóvedas pendían figuras caprichosas, á modo de estalactitas.

El boloñés Leandro Alberti, en su descripción de Sicilia, menciona tres palacios sarracenos, situados á una milla de Palermo, de los cuales dos, en la primera mitad del siglo xvi, época en que él los visitó, eran ya ruinas; pero el tercero se conservaba. Dicho Alberti describe circunstanciadamente este último. Por una

(1) *Bibl. arab. sic.*, pág. 583.

puerta con arco dorado se entraba en un vestíbulo, desde donde, por otra puerta semejante, se pasaba á un recinto cuadrado, en tres de cuyos costados habia pequeños nichos ú hornacinas, y sobre el cual se extendia un techo en forma de bóveda. En este recinto, cuyo suelo y paredes estaban cubiertos de mármol, habia una fuente que vertia su agua en una taza de mármol tambien. Sobre la fuente se veian en mosaico un águila y dos pavos reales, y dos hombres que con arcos y flechas apuntaban á las aves. Graciosos arroyuelos llevaban estas aguas á otros vasos que estaban más allá, hasta que iban á dar en un estanque con peces que habia delante del palacio. Deleitosa sobremana, segun la descripcion de Alberti, era ver y oir estas claras y frescas ondas, que con perpétuo murmullo y rauda curso iban descendiendo por un canal de primorosa piedra labrada, cuyas lindas figuras de mosaico, que en gran parte representaban peces, al través del agua relucian. En esta pintura no deja de reconocerse la *villa* que aún existe con el nombre de *La Zisa*, corrupcion del verdadero nombre arábigo Al-Aziza, ó sea *La Magnífica*. En la aldea de Olivuzza, contiguo á los soberbios jardines de Butera y de Serradifalco, se encuentra este pa-

lacio, que es cuadrilongo y alto. Las paredes exteriores están divididas en tres pisos, señalados por ventanas y nichos, en cuyos vanos hay arcos que se acercan á la forma del arco apuntado. La antigua inscripcion que en otro tiempo circundaba el cornisamento, hoy roto en muchas partes como un adarve, deja aún ver, á pesar de las roturas, el origen del edificio anterior á los normandos. El edificio, con todo, ha perdido tanto de su primitiva forma, que su principal encanto, para quien hoy le visita, consiste en las maravillosas vistas que se gozan desde su cima, á las cuales sólo sobrepujan las más espléndidas de Granada. Quien esperase hallar en el Al-Aziza una Alhambra siciliana, quedaria desengañado. Solo el pórtico del piso bajo, aunque muy derruido, coincide en lo esencial con la pintura que hace de él Alberti. Los adornos que en forma de estalactitas penden en las bóvedas de los nichos que están sobre la fuente, la inscripcion de una pared á la entrada y varios arabescos, pueden ser sin duda del tiempo de los árabes; pero decididamente son obras de la época de los normandos los mosaicos que representan pavos reales y cazadores. El piso superior tenía ántes un gran salon cuadrado con columnas que comunicaba con varias

estancias; pero toda esta parte del edificio conserva muy poco de su primitiva construcción. En medio del estanque, también destruido, que estaba delante de la puerta principal, y al que iban las aguas de la fuente del patio, había, según Alberti, un pabellón cuadrado unido á la orilla por un puente de piedra. Este pabellón contenía una pequeña sala con dos ventanas, y asimismo otro cuarto para mujeres, con tres ventanas, y en el centro de cada ventana había una columna de mármol que sostenía dos arcos. Una magnífica cúpula morisca cubría el cuarto, y su pavimento era de mármol. Por una gradiería, de mármol también, se podía bajar al agua. Entorno del estanque se veía un delicioso jardín con limoneros, cidros, naranjos y otros frutales. «Todavía, añade nuestro boloñés, se ven en aquellos contornos otras muchas ruinas y algunos cuartos y muros en pie, por donde puede inferirse que allí hubo en otra época un suntuoso edificio. En verdad yo creo que todo hombre que piense con nobleza ha de mirar con dolor estos monumentos, en parte arruinados, en parte próximos á la total ruina» (1).

(1) LEANDRO ALBERTI, *Isole appartenenti alla Italia*, apéndice á su *Descrizione di tutta Italia*, Venecia, 1567, pág. 53.

Por todo lo expuesto parece más que probable que la quinta Al-Aziza era sólo el resto de unos grandiosos palacios que encerraban en sí muchas habitaciones, pabellones, torres, jardines y patios. A falta de noticias más inmediatas acerca de la disposición de aquellos palacios de Sicilia en la época en que aún existían en un estado perfecto, puede dar una noción aproximada de ellos la pintura que hace Mármol Carvajal de varios palacios en el África septentrional, ya que nadie ignora que en lo esencial no se diferenciaban mucho los palacios arábigos-sicilianos de los españoles ni de los marroquíes. «Todos estos edificios, dice Mármol, y la casa real antigua, ha incorporado Muley Abdalá de poco acá en unos soberbios palacios que ha hecho, los cuales toman á lo largo del muro de la Alcazaba, desde el palacio viejo, que está detrás de la mezquita que dijimos, hasta la casa real, que sale á la plaza del Cereque, en el cual ámbito ha hecho grandes patios y aposentos muy ricos, donde tiene sus mujeres y las mancebas, apartadas unas de otras, y los palacios y aposentos de su persona y para las armas y tesoros. En el un cuarto de éstos tiene hechas tres salas bajas con sus alcobas doradas, y en la del medio hay tres fuentes de agua y dos

puertas que responden á dos hermosos vergeles de jazmines, laureles y arrayanes y de otras muchas flores olorosas, con las calles cubiertas de parras y de árboles fructíferos, cercados de cancelles de reja hechos de madera con puntas de hierro por encima. En el uno de estos vergeles tiene hecho un estanque de agua á manera de alberca, de cuarenta varas en largo y más de diez en ancho, con muchos azulejos, adonde va el Rey á bañarse de verano. Este estanque era muy hondo, y un día, estando Muley Abdalá, que ahora reina, borracho, cayó dentro, y se hubiera ahogado si no le socorrieran sus mujeres; y por esto mandó hacerlo tan bajo que un hombre puede andar á gatas por él sin que le cubra el agua. Tiene también en este palacio dos alcobas, que llaman *mexuares*, donde se pone á dar audiencia. En la una oye en público de manera que todos le puedan ver, y en la otra se juntan á consejo de cosas importantes los principales de la corte en presencia del Rey. Y entrambas están hechas de manera que, alzando compuertas al derredor, quedan á la parte de dentro hermosos corredores dorados, donde se arrima la gente para negociar y oír lo que se provee en sus negocios; mas no se puede entrar dentro sino por dos pequeñas puertas, donde están los porteros y los

gazules de la guardia del Rey, y al derredor de ellas hay hermosas fuentes de agua y muchos naranjos, limones y arrayanes en grandes patios, donde se pasea la gente el día de audiencia pública» (1).

A la izquierda del camino que va de Palermo á Monreales hay un cuadrado de altos muros, hechos de gruesas piedras de cantería y adornados en la parte exterior con hornacinas, algunos de cuyos arcos propenden á ser apuntados. La tradicion le hace pasar por un edificio sarraceno, y ya fué designado por Boccaccio en la *Novela Sexta* del quinto día con el nombre de Kubba ó pabellon de Cúpula (2). Su

(1) MÁRMOL CARVAJAL, *Descripcion de África*, II, 31.

(2) Sobre la ya mencionada significacion de la palabra *Kubba* da noticias el inglés Windus en su *Viaje á Mequinez*, página 113: «En el palacio se hallan muchas estancias, que llaman Cobahs. Son cuadrangulares, y los muros de fuera son lisos, salvo el frontispicio, que consta de cinco ó seis arcos; el interior es una gran sala, cuyo pavimento, así como las paredes hasta la altura de un hombre, están taraseados; la cúpula está artísticamente pintada y ricamente dorada; el tejado, cubierto de tejas verdes, se eleva como una pirámide.» (*Scriptor. loci de Abbadidis*, ed. Dozy, I, 142.)

interior, casi del todo asolado y desfigurado, apenas afrece aún algo notable, si se exceptúa un fragmento estalactítico que ha quedado de la cúpula destruida. Ya en la segunda mitad del siglo xvi el antiguo esplendor de esta kubba (1) habia desaparecido en su mayor parte; sólo de oídas la describe así Fazello: «El palacio en lo

(1) Parece indudable que este nombre de *kubba* ó *cobbah*, de donde se deriva el vocablo castellano *alcoba*, no debió tener en su origen otro significado que el mismo que *alcoba* tiene en castellano. Lane, en sus notas á las *Mil y una noches*, la define *a closet or small chamber adjoining a saloon*, un gabinete ó cuarto pequeño contiguo á un salon. Por extension, sin duda, se aplicó al salon en que estaba la *kubba* ó *cobbah*, el nombre de *kubba*. Más propio, tal vez, sería emplear el nombre de *tarbea*, que usan Amador de los Rios y otros orientalistas, y que significa *salon cuadrado, la cuadra*, como dicen nuestros antiguos autores, y como designan aún en muchos lugares de Andalucía al mejor salon de la casa, que suele ser cuadrado; sólo que la palabra va cayendo en desuso con esta significacion, y llamándose cuadra la caballeriza. De todos modos es de aplaudir que el vocablo *tarbea*, así como *alharaca*, *ataurique*, *aliceres*, *alfardas*, y otros muchos términos de arquitectura arábigos, vayan renaciendo en nuestro idioma. (N. del T.)

interior de Palermo se extendía fuera de los muros de la ciudad en una huerta de unos dos mil pasos de circuito. Resplandecían aquellos jardines con toda clase de árboles y con inexhaustas fuentes. Acá y acullá había fragantes bosquecillos de arrayan y laurel. Allí se prolongaba, desde la entrada hasta la salida, un larguísimo pórtico con muchos pabellones, abiertos por todos lados, para que el Rey se solazase. Uno de estos pabellones se conserva aún en un estado perfecto (1). En medio del jardín había un gran estanque, construido con poderosos sillares, donde estaban encerrados muchos peces. Este estanque aún permanece sin detrimento alguno, salvo que faltan el agua y los peces. Allí cerca descollaba, y descuella aún, la suntuosa quinta del Rey, con una inscripción sarracena en la cima. De nada carecía aquel sitio para completar el lujo regio: hasta

(1) Según Amari, en la *Revue archéologique*, 1850, pág. 678, este pabellon existía aún en el año de 1849. En Mayo de 1864 he procurado en vano hallarle, pero después he sabido por un aficionado á las artes, que á la verdad había visitado á Palermo mucho ántes que yo, que dicho pabellon estaba situado en una huerta cercada, á la derecha del camino que va á Monreale, y donde yo no había penetrado.

se guardaban en un lado de la huerta fieras de todas las especies para esparcimiento de la gente del palacio. Pero todo esto está hoy destruido, y el terreno está plantado de viñas y de hortaliza por los particulares. Sólo se reconoce aún muy bien la cerca de la huerta, pues la mayor parte del muro se conserva casi sin menoscabo. Como en lo antiguo, los palermitanos llaman hoy este lugar, con un vocablo sarraceno, Kubba» (1).

La inscripcion *neski*, recientemente descifrada sobre el friso del muro, lleva el nombre de Guillermo II y la fecha de 1182 (2). Queda aún en duda, sin embargo, si el rey normando no hizo más que restaurar un antiguo edificio y adornarle con dicha inscripcion, ó si lo demás del grande edificio, del que esta kubba era sólo una parte, habia sido obra de los árabes.

Baños sarracenos en más que mediano estado de conservacion se ven aún en Cefalá, á

(1) FAZELLUS, en *Rev. Sic. Scriptores*, 157

(2) Las palabras decisivas son: «¡En el nombre de Dios clemente y misericordioso! ¡Considera, párate y mira! Verás una magnífica obra que pertenece á Guillermo II, el mejor entre los reyes de la tierra.» (*Revue archéologique*. Paris, 1850, pág. 681.)

diez y ocho millas de Palermo. Hay asimismo ruinas de una quinta arábiga en Boccadifalco. Por último, un antiguo edificio en el valle de Guadagna, junto á Palermo, llamado comunemente Torre del Diavolo, es atribuido á los árabes por el pueblo. Es un muro alto con cuatro arcos apuntados de ventanas, pero que no tiene ningun signo característico de la arquitectura oriental.

Mucho más raras que las noticias que tenemos sobre los palacios y quintas de los árabes en Sicilia, son las que nos quedan acerca de las casas de Dios ó de sus restos. Ibn Yubair describe una mezquita situada no léjos de Palermo, como de forma cuadrilonga y rodeada de extensos pórticos de columnas (1). Por más insuficiente que sea esta descripción, todavía creemos reconocer en sus vagos contornos la figura primitiva de las mezquitas de que ya hemos hablado; esto es, un gran patio circundado de un ándito con arcos y columnas. De la disposición de la mezquita principal de Palermo no sabemos nada. Edrisi ensalza, no obstante, la riqueza de su ornamentación con pinturas, do-

(1) IBN YUBAIR, ed. Wright, 334.

rados é inscripciones (1). Así como las de Damasco y de Córdoba, fué esta mezquita en su origen un templo cristiano (2); pero sin disputa, reedificada, como aquéllas, y despues consagrada al culto cristiano por los normandos, siendo, por último, derribada en la segunda mitad del siglo XII (3). En la catedral de ahora, que ocupa el mismo lugar, y que ha sufrido muchas modificaciones y cambios, sobre todo en el interior, no queda parte alguna esencial del antiguo edificio, á no ser quizás algunas columnas en los lados del Sur y del Oeste.

Merced á la tolerancia que Roger y sus sucesores se vieron precisados á adoptar en su tierra, en gran parte poblada de mahometanos, muchas de las mezquitas de Sicilia quedaron en poder de éstos durante la primera época despues de la conquista. Otras, por el contrario, de la misma suerte que la mezquita principal, por medio de ciertas mudanzas interiores á fin de adaptarlas al culto divino, fueron trasformadas en iglesias. Fácil es, por lo tanto, que en las actuales iglesias de Sicilia queden aún partes

(1) *Bibl. arab. sic.*, ed Amari, pág. 29.

(2) IBN HAUKAL, en *Bibl. arabo-sicula*, 4.

(3) AMATO, *De principi templo panormitano*.

de las antiguas mezquitas. Esta presuncion toca casi en la certidumbre con respecto á la iglesia de San Giovanni degli Eremiti, cerca del palacio real en Palermo. Las cuatro pequeñas cúpulas de esta iglesia llevan por completo el sello oriental, y la circunstancia de que las cúpulas eran ántes cinco, y que en lugar de una de ellas se puso un campanario, parece confirmar la idea de su origen arábigo. Es cierto que han quedado documentos que llaman al rey Roger su fundador, pero no tienen mucho peso semejantes afirmaciones. Nadie ignora cuán frecuente era en la Edad Media atribuir la fundacion de un edificio al que sólo le ensanchaba, reparaba ó hermoseaba.

La ciudad de Palermo poseia en tiempo de los mahometanos dos castillos principales. El más antiguo, llamado por excelencia Al Kaszr, era la mansion de los Aghlabidas, estaba situado en el sitio que ocupa ahora el palacio real, y se unia á la gran mezquita, como el de Córdoba, por medio de un camino cubierto. El otro, apellidado Jalesa por los árabes, y por Falcando Maris Castellum, habia sido construido y fué habitado por los Kelbidas, y estaba situado en la orilla del mar. Despues de la conquista de la ciudad, escogió el conde Roger para su morada

el más antiguo castillo de los Aghlabidas, que luego siguió siendo la residencia de sus sucesores (1). Como no nos queda ninguna descripción de este palacio en su primitivo estado en tiempo de los árabes, nos parece que una narración de Guillermo de Tiro nos puede ofrecer en general, una idea de la disposición de los alcázares regios orientales. El historiador de las Cruzadas se expresa así sobre el alcázar del Califa en el Cairo: «Tiene la casa de este príncipe un especial arreglo como no se sabe que le haya en otra alguna de nuestros días, por lo cual queremos apuntar aquí cuidadosamente todo aquello que hemos llegado á entender por relaciones fidedignas acerca de sus enormes riquezas, de su lujo y vária magnificencia, ya que no ha de ser desagradable entender de esto con más exactitud. Hugo de Cesárea, y con él el templario Godofredo, cuando en cumplimiento de su embajada fueron por vez primera al Cairo con el Sultan, fueron introducidos por una gran multitud de siervos, que iban delante de ellos armados y con mucho estruendo, al traves de unos pasadizos estrechos y de sitios

(1) FAZELLUS, 155.—FALCANDUS, 639.—EDRISI, en *Bibl. arabo-sicula*, 29.—AMARI, *Storia*, II, 189.

enteramente oscuros; y en cada nuevo pasadizo hallaban turbas de etíopes armados que saludaban á porfía al Sultán, hasta que al cabo llegaron al palacio, que en la lengua de ellos se llama Kazar. Luégo que hubieron pasado más allá de la primera y de la seguida guardia, vinieron á hallarse en lugar más ancho y espacioso, que estaban al aire libre y donde el sol penetraba. Allí encontraron pórticos para pasear, que descansaban sobre columnas de mármol, tenían la techumbre dorada, estaban adornados con preciosas labores, y el piso con dibujos de color vario, de suerte que todo manifestaba una régia magnificencia. Y todo era tan hermoso por la materia y el trabajo, que forzosamente los ojos se inclinaban á mirarlo, y no podían hartarse de contemplar aquellas obras, cuya belleza sobrepujaba á cuanto hasta entónces habían visto. Había allí albercas de mármol llenas de agua cristalina y pájaros de todas clases, que entre nosotros no se conocen, de extraña forma y plumaje, y sobre todo, una vista altamente maravillosa para los nuestros. Desde allí los llevaron los eunucos á otras estancias, que se sobreponían tanto en hermosura á las anteriores, como éstas á las que habían visto primero. Allí había una pasmosa multitud de fieras y

otros cuadrúpedos de distintas especies, como sólo el caprichoso pincel de un artista, la libertad de un poeta ó un espíritu que sueña, puede formarlos en nocturnas visiones, y como sólo se producen en las tierras del Oriente y del Mediodía, sin que jamás se vieran en las de Occidente, donde apenas si alguna vez se habla de ellos. Despues de muchos rodeos, al través de diferentes estancias, llegaron, por último, al propio palacio real, donde habia grandes turbas de armados y no menor apiñada multitud de siervos y otros satélites, los cuales, por su número y por sus vestiduras, anunciaban la incomparable magnificencia de su señor, y donde todo patentizaba sus riquezas é inmensos tesoros. Cuando fueron introducidos de esta suerte y se hallaron en el centro del palacio, el Sultán mostró á su amo el acostumbrado respeto, echándose por tierra una y dos veces, y venerándole y reverenciándole como nunca mostró nadie su veneracion. Luégo se echó por tierra la tercera vez y depuso el alfanje que del cuello le colgaba, de repente las cortinas, que estaban bordadas de oro y de gran variedad de perlas, y que pendian en medio ocultando el trono, se descorrieron con maravillosa rapidez, y el Califa quedó visible. Estaba sentado, con el rostro

descubierto y con un traje más que régio, sobre un trono de oro, y le circundaba un corto número de los eunucos que le servian. Entónces el Sultan se aproximó á él con profunda reverencia y le besó humildemente los piés» (1). No parece probable que el palacio de los Aghlabidas, en Palermo, tuviera el lujo fantástico del de los Califas en el Cairo. Probablemente se hallaba en un estado algo ruinoso cuando Roger tomó posesion de él, y Roger y sus sucesores hicieron en él muchas restauraciones, cambios y mejoras; pero la afinidad del palacio de los normandos con los palacios orientales resalta con más viveza en otras descripciones que de él se han conservado. Asi, por ejemplo, de las noticias del viaje de Ibn Yubair, donde cuenta este escritor los muchos jardines, pórticos, pabellones, azoteas y patios, como tambien habla de un recinto circundado de una galería de columnas y arcos, en cuyo centro habia una sala. Con esto coincide Falcando en su descripcion del mismo palacio. «Todo él, dice, está hecho de sillares, labrados con notable esmero y arte pasmosa. Espesos muros le cercan en lo exte-

(1) GULIELMI TYRII, *Belli sacri historia*, t. XIX, cap. XVII.

rior: por dentro resplandece del modo más lujoso con oro y pedrería. Acá se levanta la torre pisana, donde se custodian los tesoros reales; acullá la torre griega, que domina la parte de la ciudad llamada Khemonia. Adorna el centro aquella parte que llaman Joaharia y que está ricamente adornada. En esta parte, refulgente con tantos primores, suele el Rey pasar sus horas de ocio. El restante espacio que hay al rededor está dividido en várias habitaciones para las mujeres, muchachas y eunucos que sirven al Rey y á la Reina. Asimismo se encuentran allí otros muchos pequeños palacios de gran lujo, donde el Rey conferencia en secreto con sus validos sobre los negocios de Estado» (1).

Pero tambien toda esta magnificencia debia desaparecer pronto. Poco despues que Falcando hizo su brillante pintura de la pompa arábigo-normanda de Palermo, se suscitó la tempestad de la guerra, que habia de cubrir á Sicilia de nuevas ruinas. El bárbaro furor con que Enrique VI hizo valer las pretensiones de los Hohenstaufen al trono de Sicilia, y la inmediata espantosa dominacion de los franceses, con las

(1) FALCANDO, 639.

revoluciones y trastornos que trajo consigo, destruyeron cuanto los normandos habian conservado del arte arábigo, de modo que sus restos descansan hoy sepultados bajo una doble capa de escombros y ruinas. Previendo esta tempestad, escribe el gran historiador de Sicilia las palabras que sirven de introduccion á su *Historia*: «Bien hubiera yo querido, amigo mio, ahora que la aspereza del invierno ha cedido el paso á las dulces auras, escribir algo de alegre y de agradable para que llegase á tí como las primicias de la renaciente primavera. Pero con la nueva de la muerte del Rey de Sicilia, y con la consideracion de los muchos males que ha de traer en pos de sí tan triste suceso, sólo puedo prorumpir en lamentos. En balde me excitan á la alegría la serenidad del cielo, que de nuevo se aclara, y la amable vista de florestas y jardines. Como el hijo que no puede ver con los ojos enjutos la muerte de la madre, no puedo yo pensar sin lágrimas en la próxima desolacion de esta Sicilia, que con tanto amor me ha recibido y criado en su seno. Ya creo ver las hordas impetuosas de los bárbaros que la invaden con violencia codiciosa, y nuestras ricas ciudades, nuestras florecientes comarcas yerman con la matanza, devastan con el robo y manchan con

sus delitos. ¡Ay de tí, oh Catania, tan á menudo herida por el infortunio! Tus dolores no han podido calmar su furia. Guerra, peste, terremotos, erupciones del Etna, todo lo has sufrido, y ahora, despues de todo, padeces el peor de los males: la servidumbre. ¡Ay de tí, oh famosa fuente Aretusa! ¡Qué ignominia pesa sobre tí! Tú, que un dia acompañaste con tu murmullo los cantos de los poetas, ahora tienes que refrescar la disoluta embriaguez de los alemanes y prestarte á sus abominaciones. Y ahora me vuelvo á tí, ¡oh celebrada ciudad, cabeza y gloria de toda Sicilia! ¡Cómo he de pasar en silencio tus encantos y cómo he de poder encomiarte lo bastante.» Aquí pone Falcando aquel elogio de su querida Palermo, que ya en otro lugar hemos copiado. Termina, por último, con estas palabras: «Todo lo que brevemente he referido es para que se sepa cuántos lamentos y qué abundancia de lágrimas son menester para que sea como debe deplorada la infelicidad de esta isla.»

Tambien en la vecina Malta, la cual, como las islas de Gozzo, Pantelaria y otras, inmediatamente despues de la conquista de Sicilia, cayó en poder de los mahometanos, erigió la arquitectura arábica mezquitas y palacios. Aun bajo la misma dominacion de los normandos, cuya

sábía política dejó á los musulmes la completa posesion de sus propiedades, y no les puso la menor limitacion en el ejercicio de su culto, floreció allí el arte oriental. Pero apénas si ha quedado en nuestros dias como recuerdo de esto otra cosa más que una losa sepulcral, con arcos de herradura muy exornados, la cual se custodia en el museo de La Valette. Sobre esta losa se lee una inscripcion que habla de un palacio y de una espléndida sala, inscripcion que por su singular belleza no está demas trasladar aquí:

«En el nombre de Dios, clemente y misericordioso. La salud y la bendicion de Dios sobre el profeta Mahoma y su familia. De Dios son la soberanía y la duracion eterna; Dios ha destinado á perecer á sus criaturas; pero teneis un buen modelo en su profeta.

»Ésta es la tumba de Maimuna, hija de Hasan. Murió, Dios se apiade de ella, el martes, 16 del mes Jaban, año de 569, reconociendo que no hay más que un Dios, que no tiene compañeros.

»Oh tú, que consideras este sepulcro, aquí me he sumido yo. El polvo ha cubierto mis párpados y lo interior de mis ojos.

»En este lecho mio, en esta morada del anquilamiento y en mi resurreccion, cuando mi Criador la ordene, hallarás asunto de medita-

ciones sublimes. Piensa, pues, en ello, ¡oh hermano mio! y toma ejemplo de mí.

»Vuelve la vista á los tiempos pasados á ver si por acaso hay álguien que permanezca en la tierra, á ver si por acaso hay álguien que pueda desafiar á la muerte y alejarla de sí.

»La muerte me ha arrojado de mi palacio. ¡Ay! Ni mi espléndida sala ni mis riquezas me han valido contra ella.

»¡Mira! Aquí estoy como prenda ó gaje de mis propias acciones, las cuales están escritas en mi cuenta, pues nada creado subsiste» (1).

(1) *Journal asiatique*, 1847, II, 437.

XVII.

Granada. Caída de la cultura arábiga. Últimos monumentos del arte de los árabes en Europa.

En la falda noroeste de Sierra-Nevada, que es, después de los Alpes, la más alta cordillera de Europa, se extiende una elevada llanura, que por la abundancia y variedad de sus encantos apenas tiene igual. Aunque sólo poseyese aquel sitio la hermosura que la naturaleza ha derramado pródiga sobre él, pasaría siempre por uno de los más notables del mundo; pero, á fin de realzar más aún el hechizo con que se apodera del viajero, la historia ha puesto en él sus imperecederos recuerdos, la poesía ha extendido sobre él su velo vaporoso, y el arte le ha adornado con una de sus creaciones más bellas. ¿Quién no se ha transportado alguna vez en sueños á Granada, bajo los pórticos de hadados palacios, ó en jardines pendientes de las rocas

sobre cerros y cañadas cubiertos de alamedas? Hay palabras cuyo mero sonido da alas á la fantasía. Tales son los nombres de Alhambra y Generalife, los cuales resuenan en el alma como un poderoso conjuro, y levantan y traen ante ella una turba de imágenes: esbeltos pilares, extendiéndose en alto como las líquidas columnas de los surtidores; fiestas y torneos bajo arcadas aéreas; paseos nocturnos entre cristalinos y sonoros arroyos, mientras que el aroma del mirto embalsama el ambiente, y suena en la espesura el blando adormecido eco de los romances. Al lado de estas escenas apacibles aparecen otras trágicas de la caída de la dominación arábiga, y otras grandiosas de los heroicos combates donde el cristiano desnudo se probó contra la mahometana valentía. Esta guerra granadina es como el último gran poema caballeresco de la Edad Media, colocado en los mismos confines que de la edad moderna la separan, y, si bien penetrando tan de lleno en el claro día de la historia, medio velado aún por la vaga y nebulosa luz de la poesía. Para sublimar más aún la importancia histórica de aquellos lugares se trazó en ellos á la vez la señal y el término que marca del modo más distinto el advenimiento de una época nueva, no sólo para Es-

paña, sino tambien para toda Europa; pues allí recibió Colon el encargo de armar aquella flota que, poco despues de la toma de Granada, descubrió la América; y así, sobre las ruinas del palacio real de los árabes columbramos ya el Nuevo-Mundo, que tal vez guarda en su seno los destinos por venir del género humano. Treinta años despues, Cárlos V, dominador entonces de uno de los más extensos imperios que jamas han estado sujetos bajo el cetro de mortal alguno, fijó allí su residencia, y en la puerta de la Alhambra, junto al lema de los Nazaritas, «Solo Dios es vencedor», resplandeció el águila imperial germánica, como lo requerian entonces el poderío y la significacion de nuestra patria.

No nos incumbe hablar aquí de otras cosas que pudieron contribuir tambien á realzar el interes de aquellos lugares; sólo nos toca describirlos en su carácter local y en los más importantes momentos de su historia, como el sitio donde germinó y se desenvolvió el último florecimiento de la cultura arábica, para marchitarse luego para siempre.

En la falda de la sierra del Sol, de cuyos costados, rompiendo por las aberturas de las peñas, se precipitan hácia el valle el Genil y el Darro, se halla esta ciudad, en parte en la llanura, en

parte sobre colinas. Entre éstas se notan principalmente dos, divididas entre sí por el profundo valle del Darro: la altura que por causa del castillo que hay en su cima se llama comunmente la Alhambra, y el escarpado Albaicin, en cuya cumbre se parecía la antigua Alcazaba. Entorno de la ciudad, hasta donde no llega la zona de montañas que la circunda, se dilata la verde vega, perfumada de rosas, entre cuyos espesos bosquecillos resplandece serpenteando el plateado Genil, y forma con las colinas y cañadas, así como también con las crestas de Sierra Nevada, coronadas de blanca y reluciente nieve, un paisaje de tan apacible amenidad como de subyugadora y noble gentileza. Como si la naturaleza hubiese querido desplegar toda su fuerza creadora en una obra maestra y amontonar en un punto todas las riquezas de sus tesoros, ha unido en esta afortunada region de la tierra cuanto suele estar dividido y esparcido por diversas y apartadas regiones, encantando el alma y los sentidos del viajero. La fresca y jugosa verdura que gozan los países del Norte á costa de la triste oscuridad de su atmósfera nebulosa, merced á la alta situacion y á la cercanía de grandes masas de nieve que nunca del todo se liquidan, se da aquí, bajo el azul pro-

fundo de un cielo sin nubes. Entre encinas, olmos y chopos, que esparcen su grata sombra en las colinas y laderas, se desenvuelve la más lozana vegetacion del Sur: el naranjo luce con su corona de hojas verde-oscuras; grupos de pinos y de cipreses alzan las gallardas y ligeras copas sobre un mar de verdura; nobilísimos laureles y densas matas de adelfas brotan espontáneos en las hendiduras de las rocas; y el granado crece con tal vigor y llega á tan gigantesca altura, que parece aquí consagrado á cubrir y esfumar con relucientes enramadas de verde oro los contornos suaves de las colinas. Por donde quiera se divisan blancos caseríos entre los emparrados, y por donde quiera, al traves de la espesura, van murmurando los cristalinos arroyos y las sonoras cascadas; mas lo que acrecienta hasta lo infinito el encanto del paisaje, es que aquella pompa de vegetacion y la abundancia de aguas que le da vida están acompañadas por la gloriosa luz de un sol casi tropical y por la singular formacion del terreno sobre el cual solamente puede mostrarse en todo su esplendor tan maravilloso colorido. Es verdad que no hay bosques en las alturas, las cuales son calvas masas de peñascos; pero esto mismo se presta á quebrar los rayos de la luz

matinal y de la luz vespertina, dándoles aquel profundo brillo y produciendo aquel rosicler y aquellos ricos cambiantes que visten las auroras y el anochecer del Mediodía como con los destellos de otro mundo encantado. Un anfiteatro de estas desnudas montañas rodea en ancho cerco el alto y risueño valle del Genil; y aquí, empinándose bruscamente y forjando con fantástica aspereza como quebradas torres y allí, alzándose con blandas líneas y ofreciendo en su conjunto una marcada variedad de contornos, componen las sierras de Moclin y de Elvira; pero sobre todas Sierra-Nevada alza pujante y coronada de nieve la cumbre de rotos obeliscos y gigantescas pirámides y de almenas y agujas separadas entre sí por hendiduras profundas. Imagínese ahora el sol de Andalucía cuando declina hacia el ocaso, derramando el raudal de sus rayos sobre tan portentoso panorama. Su áureo resplandor se trueca en encendida lumbré purpúrea, y recorre estremeciéndose toda la escala de los matices y tonos, hasta que ya las sombras cubren la llanura y los alcores, y todavía, al empezar la noche, los nevados picos de Veleta y Mulhacen, faros visibles para los bajeles que surcan á lo lejos el Mediterráneo, despiden refulgentes destellos.

Hermosa en todos tiempos es esta comarca; pero lo es sobre toda comparacion en la primavera, cuando, derritiéndose la nieve de las montañas, da más crecida corriente á los rios, arroyos y acequias, y suscita una viciosa abundancia de vegetacion. No bien la flor del almendro llamada por los poetas árabes «la primera sonrisa de la primavera en la boca del mundo», anuncia la venida de la más suave estacion del año, se engalanan los valles y los collados con verde esmeralda, donde relucen, compitiendo en colores y aromas, las flores de todos los climas; sobre espumosas cascadas extiende el granado sus ramas, ya cubiertas de nuevas hojas, entre cuyo verdor se destaca el rojo brillo de los capullos entreabiertos; en torno resuenan las castañuelas y el adufe (1), y en las copas de los árboles entonan los ruseñores los cantos del tiempo de los árabes, que no han olvidado todavía. El puro ambiente embalsamado y el fresco aliento de Sierra-Nevada hacen de la mera respiracion,

(1) Las castañuelas (*sandsch*), lo mismo que el adufe (*duff*), son instrumentos muy usados entre los árabes. Véanse los versos en la descripcion de África de Al Bekri, publicada por Slane, 51.

bajo el cielo granadino, un deleite, como la tierra apenas brinda con otro igual en parte alguna.

No es una predileccion apasionada, como álguien pudiera creer, la que induce á escribir estas palabras y á dotar al valle del Genil con encantos que sólo existan en la fantasía. Desde muy antiguo es famosa su belleza, y los orientales le han ensalzado como un paraíso más ameno y grande que los de Damasco, Cachemira y Samarcanda. El infatigable viajero Ibn Batuta, que habia recorrido la mitad del mundo, desde los extremos orientales de India y de China hasta el Océano atlántico, dice que los alrededores de Granada, en una extension de cuarenta millas, regados por el Genil y otros rios, y cubiertos de jardines, huertas, praderas, caseríos, quintas y viñedos, no tienen nada semejante sobre la tierra (1). No bien penetraron los cristianos en la capital del último reino musulmico de la Península, Pedro Mártir, cronista de Fernando é Isabel, se expresó con la misma admiracion en un escrito, con fecha de allí: «A todas las ciudades que el sol alumbra es, en mi sentir, preferible Granada; en primer lugar por la blandura del clima, que ántes que nada se requiere

(1) IBN BATUTA, IV, 368.

para que sea grata la estancia en un punto. Aquí, en el verano, no son muy fatigosos los calores, ni es el frío excesivo en invierno. Constantemente se ve desde la ciudad, á una distancia de poco más de seis millas, la nieve sobre la cumbre de las montañas; pero rara vez desciende la nieve de aquella altura. Si tal vez en el ardiente mes de Julio se dejan sentir con fuerza los calores, aquella nieve, que se trae pronto, refresca el agua, con la cual se temple el vino, poniéndole más fresco que ella. Si hay, por acaso, durante algunos días un frío inusitado, los espesos bosques de las cercanas montañas ofrecen pronto auxilio. Por otra parte, ¿qué comarca hay como ésta con tan bellos paseos para solaz y deleite del ánimo cansado de cuidados y fatigas? La admirable Venecia está cercada del mar por todas partes; á la rica Milan sólo le cupo en suerte una llanura; Florencia, cercada de altas sierras, tiene que sufrir todos los horrores del invierno; y Roma, oprimida por las exhalaciones de las lagunas del Tíber, y constantemente visitada por los vientos del Sur, que le traen los pestilentes miasmas de África, deja que lleguen pocos á una larga vejez, y hace sufrir en verano un calor que fatiga á los habitantes y los incapacita para todo. En cambio, en Granada, mer-

ced al Darro, que atraviesa la ciudad, el ambiente es puro y salubre. Granada goza á la vez de montañas y de una extensa llanura; puede jactarse de una cosecha perpétua, resplandece con cedros y con pomas doradas de todo género; tiene amenísimos huertos, y compiten sus jardines con el de las Hespérides. Las cercanas montañas se extienden en torno en gallardas colinas y suaves eminencias, cubiertas de olorosos arbustos, de bosquecillos de arrayan y de viñedos. Todo el país, en suma, por su gala y lozanía, y por su abundancia de aguas, parece ser los Campos Elíseos. Yo mismo he probado cuánto estos arroyos cristalinos, que corren por entre frondosos olivares y fértiles huertas, refrigeran el espíritu cansado y engendran nuevo aliento de vida» (1).

No con menos entusiasmo se expresa el noble veneciano Andrés Navagero, que en 1526 residió largo tiempo en Granada como embajador cerca de Carlos V: «En torno de la ciudad, dice, es todo el terreno, así lo quebrado como lo llano, que se llama *la Vega*, de pasmosa amenidad y por extremo hermoso. En donde quiera

(1) *Opus epistolar. Petri Martyris*. Amst., 1670, pág. 54.

hay abundancia, que no puede ser mayor, y todo está tan lleno de árboles frutales, como cerezos, nogales, albérchigos, membrillos é higueras, que apénas si se ve el cielo por entre la espesura de las ramas. Tambien hay allí tantos y tan soberbios granados, que no se pueden imaginar mejores, y uvas extrañas de todas las especies posibles, y olivos tan espesos y coposos que parecen juntos un encinar. Por todas partes en torno á Granada, en los muchos por allí esparcidos jardines, se ven, ó, mejor dicho, casi no se ven por la abundancia de árboles, tantas casas de moriscos, acá y acullá situadas, que, si se acercasen y juntasen, formarían otra ciudad no menor. Cierto es que son pequeñas las más de estas casas; pero todas poseen sus fuentes, rosales y arrayanes, todas son ricas de adorno y todas atestiguan que aquel país, cuando aún estaba en poder de los moros, era mucho más bello que en el día. Hoy se ven allí muchas casas derruidas y no pocos jardines abandonados y sin cultivo; porque los moriscos más bien disminuyen que aumentan, y son ellos los que plantan y edifican» (1).

(1) *Viaggio fatto in Ispagna, en A. Nangerii Opera*. Patav., 1718, pág. 373.

Cuando, despues de la pérdida del rey de los godos D. Rodrigo, invadieron sin demora los mulimes toda la Península, y cada una de las tribus eligió para vivienda una de las comarcas conquistadas, los árabes sirios se fijaron en el valle del Genil y del Darro, á causa de su verde y feraz suelo, dominado por nevados montes que les recordaban el Líbano y las campiñas de Damasco (1). Á una milla de la antigua Ilíberis edificaron, en un punto que se llama la Alcazaba vieja (2), la fortaleza Hisn-ur-Romman, esto es, el castillo del Granado. Este castillo dió nombre á la ciudad que dominaba, por donde vino á llamarse Granada (3). Poco se sabe de Granada en los primeros tiempos. Sólo hay noticias de que, á más de los árabes, tenía una poblacion judía muy numerosa, y ademas muchos habitantes cristianos, los cuales poseian no pocas iglesias, y entre ellas una suntuosa junto la puerta de Elvira.

(1) MAKKARI, I, 109.

(2) Esta alcazaba kedima no debe confundirse con la de la Alhambra. Estaba á la otra orilla del Darro, en una altura sobre la puerta de Elvira.

(3) Dozy, *Recherches*, I, 336.—MÁRMOL CARVAJAL, *Rebelion de los moriscos*, cap. v.

En la segunda mitad del siglo ix se hace mencion por vez primera de la Alhambra ó Castillo rojo. Durante unas sangrientas guerras que los árabes y los naturales del país entre sí traian, sirvió esta fortaleza de refugio ya á la una, ya á la otra de las dos parcialidades. Asaltada muchas veces, era ya casi un monton de escombros, cuando, segun cuentan, los árabes, perseguidos por mayor número de contrarios, se refugiaron de nuevo en ella. La situacion de los sitiados era muy mala, pero con prodigiosos esfuerzos procuraron á la vez rechazar los asaltos del enemigo y volver á levantar los muros de la Alhambra. En cierta ocasion, cuando estaban por la noche, á la luz de antorchas, trabajando en las fortificaciones, y el ejército enemigo acometia con furia y amenazaba enseñorearse de la altura, vieron una piedra que vino lanzada por cima del muro y que cayó á sus piés. Uno de los árabes la levantó, y halló una hoja de papel asida á la piedra, donde estaban escritos los siguientes versos, que leyó á sus compañeros:

Son un desierto aterrador ahora
La ciudad, vuestros campos y mansiones;
Es en balde la fuga que os desdora;
No reedificaréis los torreones

Y muros del Alhambra derruida,
Porque al filo tremendo de la espada,
Cual vuestros padres ya la tienen dada,
Pronto daréis la vida.

Estos versos, leídos por la noche á la luz oscilante de las antorchas, llenaron á los árabes de un espanto supersticioso. No pocos imaginaron que la piedra con el papel habia caído del cielo, pero otros procuraron tranquilizar á los temerosos, afirmando que los enemigos habian lanzado la piedra, y que los versos eran de su poeta Abli. Esta opinion vino poco á poco á prevalecer, y el poeta Asadí, que entre los sitiados se hallaba, fué requerido para escribir una contestacion en el mismo metro y con los mismos consonantes. Asadí, aunque sobresaltado por aquella terrible situacion, y no libre de sombríos presentimientos, trató de dominarse, y empezó:

No está desierta la ciudad ahora,
Ni lo están nuestros campos y mansiones;
La esperanza del triunfo corrobora
En la Alhambra los nobles corazones.
Esa hueste engreida
Á vuestros piés caerá pronto humillada....

Pero, al llegar aquí, el poeta se cortó y buscó inútilmente los versos que le faltaban.

Cuando los árabes vieron esta turbacion del poeta, la tuvieron á mal agüero, y el miedo se apoderó de ellos nuevamente. Asadí se retiró avergonzado. Entonces oyó una voz que decía:

De vuestros hijos la cabeza amada
Por el terror veréis encanecida.

Eran los dos versos que faltaban. Asadí miró entorno, mas no pudo descubrir á nadie. Persuadido entónces de que un espíritu celestial habia pronunciado aquellas palabras, se apresuró á volver donde estaban sus compañeros y les contó lo ocurrido. Todos le oyeron con asombro, consideraron el caso como milagro, y se dieron por convencidos de que Dios iba á auxiliarlos para conseguir la victoria. Luégo fueron los versos escritos en un papel, y atado éste á una piedra, que arrojaron al enemigo. La profecía se cumplió pronto tambien. Llenos de nuevo valor los sitiados, hicieron una salida y lograron la victoria más brillante (1).

Si la Alhambra, de que hablan los versos, estaba situada en el mismo lugar que el famoso regio alcázar de época posterior, ó tal vez no muy léjos de allí, donde se ven hoy las

(1) Dozy, *Histoire*, II, 218.

Torres Bermejas, es duda que difícilmente puede aclararse.

Al principio del siglo xi se convirtió Granada en capital de un Estado independiente. En la lucha entre árabes y berberiscos, que llenó el último período de la dominación de los Omíadas, la cabeza del caudillo berberisco Ziri, del linaje de los Sandjahyas, fué clavada en el adarve del castillo de Córdoba. Ardiendo en sed de venganza, el hijo de Ziri, Zaví, marchó contra Córdoba con numerosa hueste, tomó por asalto la ciudad, la entregó á la devastación y al saqueo, quitó la cabeza de su padre del adarve, y la envió á sus parientes, á África, para que la colocasen en el sepulcro que guardaba el cadáver. Durante la creciente decadencia del califato, fundó este Zaví un señorío en el sudeste de Andalucía y fijó su residencia en Granada. Bajo su sobrino y sucesor Habbuz, que para ser de origen berberisco poseía una instrucción insólita, y también trató de atribuirse una prosapia arábiga, así como bajo Badis, cruel tirano que le sucedió en el trono, creció notablemente la ciudad. Este último la cercó de fortificaciones, la adornó con palacios, y edificó una nueva alcazaba ó ciudadela, que se extendía desde la antigua hasta el Darro. El alcázar de esta di-

nastía estaba situado en la altura cerca de la alcazaba antigua (1). En una de sus torres habia una figura de un caballero de bronce, que giraba con el viento, y que tenía una misteriosa inscripcion que profetizaba la caída de Granada. Segun Makkari, terminaba la inscripcion: «Sólo corto tiempo durará el caballero; grandes adversidades vendrán sobre él, y reino y alcázar caerán en ruinas» (2). Una posicion elevada

(1) Segun Mendoza, en el Albaicin, cerca de San Cristóbal.

(2) MAKKARI, II, 797.—No cabe duda en que la figura descrita por Mármol, lib. I, cap. V, es idéntica á la del talisman mencionado por Makkari, si bien Mármol cita una inscripcion enteramente distinta.—Mármol dice: «Allí fueron los palacios del Bedicí Aben Habuz, en las casas del Gallo, donde se ve una torrecilla, y sobre ella un caballero vestido á la morisca, sobre un caballo jinete, con una lanza alta y una adarga embrazada, todo de bronce, y un letrero al través de la adarga, que decia desta manera: *Calet el Bedicí Aben Habuz quidate habez Lindibuz*, que quiere decir: Dice el Bedicí Aben Habuz que desta manera se ha de hallar el andaluz. Y porque con cualquier pequeño movimiento de aire vuelve aquel caballo el rostro, le llaman los moriscos *Dic reh*, que quiere decir gallo de viento, y los cristianos llaman aquella casa, la Casa del Gallo.»

bajo Badis, como ya bajo sus antecesores, tuvieron el judío Samuel Leví y su hijo Josef. Dotados ambos de brillantes prendas intelectuales y de esmerada educación literaria, así como de rara destreza y agilidad para los negocios, supieron ganarse la confianza absoluta del Príncipe, y todo el poder del gobierno descansó casi por completo en sus manos. Pero en el pueblo fermentaba el rencor contra aquellos infieles, que hacían aguardar á la puerta de sus dorados palacios, regados por fuentes de limpias aguas, á los musulmes, á quienes afrentaban, escarneciendo sus santas creencias (1).

Por medio de una poesía llena de invectivas vehementes, un alfaquí árabe atizó aquel odio hasta encenderle en vivas llamas, y causó un motin que acabó, en 1066, con el dominio de los judíos, de los cuales fueron degollados un gran número. No mucho despues tuvo tambien su término la dinastía de los Sinhadyas. Justuf Ibn Taxfin, el Morabito, derribó del trono, así como á los demas pequeños soberanos de la Península, al nieto de Badis, Abdalah, y tomó posesion de su palacio. Inmensos eran los tesoros que en él halló. Todas las estancias esta-

(1) Dozy, *Recherches*, I, 299.

ban adornadas con techos, tapices y cortinas de extraordinario precio. Por todas partes rubíes, esmeraldas, diamantes y perlas, y vasos de cristal, plata y oro deslumbraban la vista. Singularmente fué admirado un rosario ó collar de cuatrocientas perlas, cada una de las cuales valia cien ducados (1).

En los tiempos que inmediatamente siguieron, Granada se eclipsa de nuevo y vuelve á ser una ciudad de provincia. Durante la atrevida expedicion del rey aragonés D. Alfonso I, estuvo ya en peligro de ser arrebatada á los mahometanos. Los numerosos cristianos que allí residian, oprimidos por la intolerancia de los almoravides, enviaron una embajada secreta al Rey de Aragon, excitándole á una excursion de conquista en el Mediodía. «Le pintaron, dice Ibn al Jatib, todas las excelencias que habia en Granada, y que la convertian en el más hermoso sitio del mundo; le hablaron de su extensa vega, de sus cereales y linos, de su abundancia de seda, vino, aceite y frutas de todas clases, de su riqueza en fuentes y rios, del bien fortificado alcázar, de la cultura de sus morado-

(1) Dozy, *Histoire*, iv, 231.

res, etc.» (1). En consecuencia de esta excitación, emprendió Alfonso I, en el año de 1125, una expedición, penetrando hasta cerca de Granada y permaneciendo acampado delante de la ciudad durante diez días. Circunstancias desfavorables le obligaron, con todo, á desistir de sus planes de conquista y á emprender la retirada. En vez de caer en manos de cristianos ántes de otras principales ciudades musulmicas, debia ser Granada el último baluarte del Islam en la península ibérica. Cuando ya no parecia estar muy léjos la completa ruina de los mahometanos en España; cuando ya habian sido conquistadas Sevilla por San Fernando y Valencia por Jaime I de Aragon, y cuando una fortaleza en pos de otra caia en poder de los cristianos, se alzaron tres valerosos adalides de antigua estirpe arábica, Ibn Hud, Ibn Mardenisch é Ibn ul Ahmar, en defensa del Coran, á par que en empeñada contienda por el predominio sobre la España musulmica. Muhamad Ibn ul Ahmar, del linaje de los Nazaritas y natural de Arjona, consiguió al fin la victoria sobre sus rivales. En el año de 1238 habia fundado un reino en las pendientes de Sierra-Nevada y de las

(1) Dozy, *Recherches*, I, 348.

Alpujarras, contra el cual se estrelló aún durante siglos el poder de los cristianos. Como asilo abierto á los fugitivos de las diversas provincias que los cristianos poseían, ganó este reino no sólo una población extraordinaria por su número, sino también las fuerzas más eficaces para proporcionar el bienestar. El comercio tomó un incremento prodigioso con los productos de la industria y de la agricultura granadinas, y trajo á los puertos de las costas meridionales buques de todas las naciones. La capital creció en extensión y en población de un modo gigantesco, y la arquitectura, favorecida por los Nazaritas, tan amantes del lujo y de las artes, floreció con sus formas más ricas y bellas. Probablemente en la cumbre del mismo monte, donde, como ahora lo vemos, ya en el siglo ix había habido una fortaleza llamada Alhambra, edificó el fundador de esta dinastía el castillo real del mismo nombre, famoso en todo el mundo, y fijó en él su residencia (1). Estas últimas palabras deben tenerse en cuenta, pues como por el nombre de Alhambra se designa todo el conjunto de fortificaciones que hay en

(1) IBN JALDUN, *Historia de los berberiscos*, II, 274.—Véase también MAKKARI, I, 292.

la colina que domina á Granada, sin la adición susodicha podría dudarse aún si Muhamad Ibn ul Ahmar habia poseído allí un palacio. Su lema ó divisa, «Sólo Dios es vencedor», que resplandece en todos los muros del alcázar, lo era también de su dinastía. El sucesivo ensanche, embellecimiento y terminación del edificio fué obra de sus sucesores, los cuales adornaron asimismo los otros cerros de Granada y la vega con palacios y quintas, y erigieron mezquitas, escuelas, hospitales, baños y lonjas de mercaderes. El más encomiado entre los Nazaritas por las grandes obras arquitectónicas que llevó á cabo, fué Jusuf Abul Hagiag (1333-54). Fueron tan colosales sus empresas, que le dieron la reputación de poseer los secretos de la crisopeya. Siguió los pasos de Jusuf su hijo Muhammed V, y el tiempo que media entre la fundación de aquel reino y la muerte de este último soberano, en 1390, debe considerarse como el período más floreciente de la arquitectura granadina. También en este período vino á terminarse la Alhambra, tal como en sus partes principales la vemos hoy.

Por largo tiempo estuvo el reino de Granada sin ser amenazado seriamente por los príncipes cristianos, divididos entre sí; pero fué muy otra

la situacion de las cosas cuando Isabel, fundadora de la monarquía española, por su casamiento con Fernando de Aragon, dispuso de todo su poder para destruir aquel baluarte de los infieles. Intestinas discordias habian ya conspirado al mismo fin que las armas de Castilla: á la pérdida de Granada. Cuando vamos á llegar á esta pérdida, nos vemos de súbito transportados al país de las leyendas desde la claridad de la historia. Así como sobre Rodrigo, último rey de los godos, hay sobre las figuras de los dos últimos reyes de Granada, Ab ul Hasan y su hijo Abu Abdilah, Boabdil, extendido un mítico velo, al través de cuya luz indecisa los hechos históricos sólo difícilmente se perciben. De aquella tradicion famosa, tan variamente narrada en novelas y poesías, ya hemos hablado en las páginas 287 y siguientes del tomo II. Basta recordar aquí la enemistad entre Aben-cerrajes y Zegríes, con la cruel decapitacion de aquéllos, y afirmar el hecho de que ambos reyes, padre é hijo, luchaban entre sí por el poder supremo, destrozando el reino todo estas régias contiendas, los bandos y las guerras civiles. Fatal fué para los mahometanos que ocurrieran estos infelices accidentes en el mismo tiempo en que, para resistir al poder cristiano fortale-

cido, se requería la union más estrecha. Sin embargo, Ab ul Hasan mismo provocó la guerra con el mayor aturdimiento. La toma del castillo de Zahara por sus soldados, que pasaron á cuchillo á toda la guarnicion, dió la señal de la lucha. Ya entónces corrian los alfaquies por las calles pronosticando desventuras y prediciendo la caida del reino. Pronto se arrepintió el Rey de su mala accion, cuando le llegó la noticia de la pérdida de Alhama, su principal fortaleza. Iba cabalgando, como el romance le describe,

Desde la puerta de Elvira
Hasta la de Bivarrambla;

y se lamentó diciendo:

¡Ay de mi Alhama!
Cuando en la Alhambra estuvo
Manda que toquen al arma,
Y que suenen las trompetas,
Los añafles de plata.

Pero entónces se llegó á él un alfaquí

De barba crecida y cana,

y le dijo:

Bien se te emplea, buen Rey,
Buen Rey, bien se te empleára.

Mataste los Bencerrajes,
Que eran la flor de Granada....
Por eso mereces, Rey,
Una pena muy doblada:
Que te pierdas tú y el reino,
Y que se pierda Granada.

Sin embargo, el último golpe cayó sobre la cabeza de su hijo. Mientras que la sangre de sus propios ciudadanos corria por las calles de Granada, era tomada una fortaleza en pos de otra, y cuando al cabo, por muerte de Ab ul Hasan, Boabdil se vió solo en el trono, no le quedó más que defender que su capital misma. Á dos millas de sus puertas habian asentado sus reales Isabel y Fernando, en la ciudad de Santa Fe, edificada por ellos.

El éxito final de la lucha no podia ser dudoso. Boabdil, que desde el principio habia mostrado su timidez, hizo una capitulacion para la entrega de la ciudad, y en la mañana del dia 2 de Enero de 1492 plantó el cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza la cruz de plata sobre la más alta torre de la Alhambra. El grueso del ejército español, así como los mismos Reyes Católicos, acampaban aún en los llanos de Armilla. Cuando la santa señal se hizo visible, relumbrando herida por los rayos del sol naciente,

cayeron todos de rodillas, dando gracias al Señor y cantando el *Te Deum*. Luégo se dirigieron lentamente las huestes hácia la ciudad. Boabdil, en tanto, tomó el camino de las Alpujarras, donde le habian dejado algunas tierras. En lo alto del cerro de Padul tiró de las riendas á su caballo y miró por última vez á Granada, que desde allí se descubre en toda su magnífica extension, en medio de la verde vega. Á esta vista, prorumpió, suspirando, en estas palabras: «Alah Akbar», y empezó á llorar amargamente; pero su madre, que le acompañaba, le dijo: «Razon tienes de llorar como mujer por lo que no supiste defender como hombre (1). Desde

(1) Así lo cuentan en perfecta consonancia, segun la relacion de moriscos viejos, Mármol Carvajal, *Descripcion de Africa*, 1, 241, y fray Antonio de Guevara, en sus *Epístolas familiares*. La narracion de este último es como sigue: «Y como yo subiese á un recuesto, encima del cual se pierde la vista de Granada y se cobra la del Valdelecrin, díjome un morisco viejo que iba conmigo, estas palabras mal aljamiadas: Si querer, tú, Alfaquí, parar aquí poquito poquito, mi contar á tí cosa asaz grande que rey Chiquito y madre suya facer aquí.... Otro dia, despues que se entregó la ciudad y el Alhambra al rey don Fernando, luégo se partió el rey Chiquito para tierra del Alpujarra, las cuales tierras quedaron

entonces se llama aquel sitio Último suspiro del Moro, y tambien Cerro de Alah Akbar.

Sobre los ulteriores sucesos de la vida del último monarca granadino, se sabe que, despues

en la capitulacion que él las tuviese y por suyas las gozase. Iban con el rey Chiquito aquel dia la Reina, su madre, delante, y toda la caballería de su corte detras; y como llegasen á este lugar, adonde tú y yo tenemos agora los piés, volvió el Rey la cara atras para mirar, la ciudad y Alhambra, como á cosa que no esperaba ya más ver, y mucho ménos de recobrar. Acordándose, pues, el triste Rey y todos los que allí ibamos con él, de la desventura que nos habia acontecido y del famoso reino que habiamos perdido, tornámonos todos á llorar, y aún nuestras barbas todas canas á mesar, pidiendo á Alá misericordia y aún á la muerte que nos quitase la vida. Como á la madre del Rey, que iba delante, dijese que el Rey y los caballeros estaban todos parados, mirando y llorando el Alhambra y ciudad que habian perdido, dió un palo á la yegua en que iba, y dijo estas palabras: Justa cosa es que el Rey y los caballeros lloren como mujeres, pues no pelearon como caballeros. Muchas veces oí decir al rey Chiquito, mi señor, que si como supo despues, supiera allí luego lo que su madre de él y de los otros caballeros habia dicho, ó se matáran allí unos á otros, ó se volvieran á Granada á pelear con los cristianos. Esto, pues, fué lo que me dijo aquel morisco; y

de una corta permanencia en las Alpujarras (1), pasó con su familia á las costas africanas, y vivió hasta su muerte en la ciudad de Fez, donde hizo edificar muchos palacios en estilo andaluz. Descendientes suyos quedaban aún en Fez en el siglo xvii, pero sumidos en tan grande pobreza, que se veían forzados á vivir de limosna.

estotro dia me preguntó el Emperador, mi señor, no sé qué cosas de la visita, y á revuelta de otras le conté esta que aquí he contado; el cual me dijo estas palabras: Muy gran razon tuvo la madre del Rey en decir lo que dijo, y ninguna tuvo el Rey su hijo en hacer lo que hizo; porque yo si fuera él, ó él fuera yo, ántes tomára esta Alhambra por sepultura, que no vivir sin reino en el Alpujarra.»

(1) Aun se conserva una larga carta arábica, escrita por el secretario de Boabdil y dirigida al sultan de Fez en nombre de su desdichado dueño, de la cual voy á traducir aquí el principio, no porque le atribuya mérito poético, sino como mera curiosidad:

Rey de los reyes todos,
De árabes y de bárbaros amado,
Defiende á aquellos que, cual tú, prestaban
Al bien defensa y á lo justo amparo.
Dame ¡oh Señor! tu poderoso auxilio;
Le espero confiado;
Herido por los golpes del destino,
Que me robára el cetro soberano.

Así acabó, despues de una duracion de cerca de 800 años, la dominacion arábiga en España. La ulterior permanencia de los mahometanos en el suelo andaluz, y su final expulsion, forman una serie de infortunios que sólo pueden mirarse con dolor y con mala voluntad contra aquellos que los hicieron pesar sobre un pueblo vencido y desdichado (1). Bien pueden considerarse con

La suerte adversa doblegó mi frente;
Mi orgullo ha derrocado;
No me fué dable resistir del cielo
El tremendo mandato.
Dios lo quiso. ¿Quién burla, quién evita
Lo por él decretado?
El ímpetu de tales infortunios
Amanza leones bravos.
¡Alá contra los golpes de la suerte
Te tenga de su mano!
Rey fuí de gran valer, y en esta tierra
Me ufanaba en el mando;
Cerraban el deleite y la alegría
Para el sueño mis párpados.
Pero me despertó de la desgracia
El mortífero dardo,
Y me tocó, la enherbolada punta
En mi pecho clavando.

(1) La interesante historia de los musulmanes vencidos, que permanecieron en el país reconquistado por los cristianos españoles, no ha

interés y contento las atrevidas hazañas de los caballeros cristianos en la guerra de Granada, mientras que estuvieron acompañadas del fiel cumplimiento de lo pactado, de blandura y de miramientos con el contrario caído; para el verdadero cristianismo, cuya doctrina de caridad, dulzura, justicia y pureza de corazón lleva en sí misma el sello de un origen divino sin necesidad del testimonio de los milagros, bien puede desearse el triunfo sobre el Islam; pero de la religión que violenta á los que creen otros dog-

sido esclarecida y escrita hasta muy recientemente. Un francés, Mr. de Circourt, escribió primero la historia de los moros mudéjares. Después, con más copia de datos y más estudio, la ha rehecho el erudito orientalista D. Francisco Fernández y González, en su *Estado social y político de los mudéjares de Castilla*, etc., obra importantísima, premiada por la Real Academia de la Historia en 1865. Algunos años antes había laureado con el accessit la misma Real Academia otro libro importante también al conocimiento completo de esta parte de nuestra historia: la Memoria titulada *Condición social de los moriscos de España, causas de su expulsión*, etc., por don Florencio Janer. Como Schack no puede tocar ni toca dichos puntos sino muy de pasada, remitimos al lector á las dos citadas Memorias. (N. del T.)

mas á fin de que acepten los suyos por medio de amenazas y á hierro y fuego, se aparta la vista con horror y con ódio (1). A los mahometanos se les concedió por la capitulación de Granada la posesión de sus mezquitas y la completa libertad de su culto. Debían ser juzgados segun

(1) Léjos de creer que los cristianos españoles fueron desde un principio más crueles, fanáticos é intolerantes que los demás de Europa, se puede afirmar y sostener lo contrario: que excitados por los otros cristianos europeos vinieron poco á poco los españoles á hacerse tan duros é intolerantes con los musulimes. Los españoles de la Edad Media, musulimes y cristianos, solían vivir en buena amistad. Sus leyes, costumbres, literatura, ciencia y artes se influyeron recíprocamente. Cristianos y musulimes se ligaron con frecuencia, como españoles todos, contra el extranjero y el bárbaro, ya almoravide, ya almohade. Los reyes cristianos tuvieron por vasallos reyes musulimes, como el famoso Seifadola, Aben Hud, armado caballero por Alfonso VII, el emperador. En Murcia, en Sevilla, en Niebla y Guádix, hubo otros reyes musulimes vasallos de los reyes cristianos.

Desde los tiempos de Alfonso VI, el que ganó á Toledo, hasta los de Alfonso X, el Sabio, hay en Castilla una floreciente cultura intelectual mahometana ó mudéjar, cuya importancia y valer crece hasta que llega á reflejarse de un modo brillantísimo en la ciencia y literatura de

sus propias leyes y por sus magistrados propios, no perturbados en el pleno goce de sus propiedades ni molestados en sus antiguos usos, idioma y traje. Durante los ocho primeros años no pudieron quejarse de la infracción de este pacto. El verdaderamente piadoso arzobispo Talavera,

los cristianos, por medio de las obras del mencionado rey Sabio, y de otras de la misma época y posteriores. El Sr. Fernández y González en los capítulos x de la parte i, y vi de la ii de su Memoria, encomia una gran multitud de sabios y de historiadores y poetas musulimes que vivieron bajo la dominación cristiana, y que fueron estimados y protegidos de nuestros reyes y grandes señores. En suma, toda la Memoria del Sr. Fernández y González demuestra la gran tolerancia de los cristianos españoles con los españoles musulmanes; tolerancia que fué menguando poco á poco conforme adelantaba la reconquista, y conforme la civilización cristiana se sobreponía á la musulímica. Sin duda que hubo de contribuir á la primitiva tolerancia el respeto y hasta la admiración de los cristianos por gente de superior cultura, así como hubo de contribuir á la persecución el engreimiento posterior de la civilización cristiana, al verse en auge y considerar á la musulímica en decadencia, despreciándola por lo tanto. Sin embargo, siempre es un mérito el estimar y respetar una civilización superior, y más rudos y feroces eran los extranjeros que la desconocían. Los cruzados,

cuya es aquella famosa sentencia de que á los moros faltaba la fe de los españoles, y á los españoles las buenas obras de los moros, para ser todos buenos cristianos, hizo á la verdad muchos prosélitos, así por su bondad, que ganaba los corazones, como por la fuerza de su elo-

que de Francia, Alemania y otros países vinieron á nuestra Península, en diversas ocasiones, siempre se distinguieron por su ferocidad y barbarie contra moros y judíos, singularmente los que vinieron ántes de la gloriosa batalla de las Navas de Tolosa. Los Anales toledanos dicen: «Moviéronse los de Ultrapuertos é vinieron á Toledo en dias de cinquesma, é volvieron todos á Toledo, é mataron de los judíos de ellos muchos, é armáronse los caballeros de Toledo é defendieron á los judíos.» Y un historiador árabe dice: «Alonso se vió abandonado por un gran número de *rum* (europeos) porque les impidió dar muerte á los muslimes. Al dejarle, habláronle de esta suerte: «Nos has hecho venir para tomar ciudades, y ahora nos impides saquear y dar muerte á los muslimes. Ya no tenemos motivo para estar en tu compañía.» No contribuyó poco á la persecucion de moros y judíos la excitacion de los papas para que no se confundiesen con los cristianos y se distinguiesen por el traje, marcándolos así con señales que no podian ménos de aparecer como infamantes, promoviendo el ódio y el desprecio. La sentida superioridad de la raza europea sobre la raza

cuencia; pero desechó siempre toda tentativa de atraer por violencia á los infieles, así por ilícita como por inútil. Tambien del Conde de Tendilla, gobernador de Granada, tuvieron los moriscos que felicitarse. Sin embargo, ya entonces los más sombríos presentimientos se habian apo-

semítica vino á aumentar este horror. Todavía, en tiempo de Felipe II, un papa enojado llamaba á los españoles *hez inmunda de judíos y de moros*, haciéndose eco de la preocupacion vulgar, no ya contra gentes de otra religion, sino contra los cristianos nuevos. Francisco I motejó á Carlos V porque toleraba á los moriscos en sus Estados, llamándose emperador y rey católico. Así, por el espíritu intolerante del siglo, general en toda Europa, y que no podia ménos de mostrarse en España, fué creciendo el aborrecimiento y la persecucion consiguiente, hasta poder afirmarse que merece alabanza de blando y despreocupado el prudente Felipe II, cuando, á pesar de la rebelion de las Alpujarras, y á pesar de las excitaciones constantes de la mayoría de sus vasallos, supo resistir y no arrojar á los moriscos de todos sus reinos. Quedó esta gloria reservada al piadoso rey Felipe III, el cual echó de sus Estados á más de novecientos mil de sus más laboriosos súbditos, aceptando y ejecutando, como dijo el cardenal Richelieu, «el consejo más osado y bárbaro de que hace mencion la historia de todos los anteriores siglos.» (N. del T.)

derado de sus ánimos. El recuerdo de muchos actos de crueldad y deslealtad perpetrados ya por los Reyes Católicos, por ejemplo, el condenar á la esclavitud á la poblacion entera de Málaga, estaba muy reciente en la memoria de ellos para que pudiesen mirar con confianza en el porvenir. De esto da testimonio un notable manuscrito, en letras arábigas ó aljamiado, que he visto en la Biblioteca Nacional de Madrid (1). Su autor, que es un mahometano, refiere que visitó á su correligionario José Benégas en su casa de campo, á una legua de Granada, y allí le habló éste de la siguiente manera: «Bien sé, hijo mio, que los sucesos de Granada te lastiman el corazon; pero no te maravilles si hablo de ellos, porque no pasa un solo instante sin que me estremezcan lo íntimo de mi sér, ni un solo dia en que no destrocen mi corazon. Nadie ha llorado jamas infortunio mayor que el de los hijos de Granada. No dudes de mis palabras, pues yo soy uno de ellos y fuí testigo de vista. Yo vi con mis propios ojos que todas las nobles damas, así casadas como viudas, fueron cubiertas de ultrajes, y que más de trescientas don-

(1) Es el manuscrito G. 40. El título dice: «Sumario de relacion y ejercicio espiritual, sacado y declarado por el mancebo de Arévalo.»

cellas fueron vendidas en público mercado. Yo mismo perdí tres hijos. Los tres murieron en defensa de la fe. Mi mujer y dos hijas me fueron arrebatadas, y sólo me quedó para consuelo esta única hija, que entónces tenía siete años. Me he quedado solo y como desterrado en el mundo. Cúmplase la voluntad de Dios. Así me conceda la gracia de llevarme pronto de aquí. ¡Oh hijo mio! No lloro yo por lo pasado. No conseguiria, llorando, que no hubiera pasado. Lloro por lo que has de padecer si quedas con vida y permaneces en esta tierra, en esta isla de España. Permita Alah, merced á la santidad de nuestro reverenciado Coran, que mi prediccion no se cumpla, que no salga verdadera como la veo ante mis ojos. Pero todavía ha de venir tal opresion sobre nuestra religion, que preguntarán los nuestros: ¿Qué es de la voz que nos llamaba á orar? ¿Qué de la fe de nuestros antepasados? Todo para quien tenga sentimiento ha de ser tristeza y luto, y mayor dolor es pensar aún que los muslimes serán como los cristianos y no desdeñarán sus trajes ni repugnarán sus comidas. No consienta al ménos el bondadoso Alah que acepten sus obras y que reciban en el corazon sus creencias religiosas.»

Estas profecias no tardaron en cumplirse.

El partido más celoso y fanático, muy fuerte entre el clero, supo encomendar el negocio de la conversion á un hombre que no tenia en la eleccion de los medios los escrúpulos de Talavera. Era éste el célebre Jimenez, el cual, no bien se vió en Granada, empezó á emplear todo linaje de corrupciones y de astucias para que renegasen de su fé los creyentes en el Coran. No sólo trató de destruir la doctrina del Profeta, sino tambien los escritos que por acaso pudieran tener con ella alguna relacion. En Granada se habian reunido los restos de las inmensas bibliotecas que hubo en otro tiempo en Córdoba, Sevilla y otras ciudades florecientes en musulímica cultura. El Arzobispo creyó hacer una obra meritoria acabando de aniquilar lo que habia podido salvarse del furor de los berberiscos y de los primeros conquistadores cristianos. Por órden suya todos los manuscritos arábigos de que pudieron apoderarse sus arqueros se hacinaron en un gran monton en una plaza principal de la ciudad. Ni el asunto, que á menudo nada tenia que ver con el Coran, ni el primor de la caligrafía, ni la suntuosidad de la encuadernacion, hallaron gracia á sus ojos (1). La que-

(1) A pesar de su admiracion por Cisneros,

ma de la gran biblioteca de Alejandría, que se dice haber sido ejecutada por Omar en el primer período tempestuoso del Islamismo, no es un hecho probado, y más bien la tienen casi generalmente por una fábula los historiadores circunspectos; pero es indudable que un prelado cristiano, en la edad del renacimiento de las ciencias, entregó á las llamas sobre cien mil

un reciente historiador de su vida, el Sr. Navarro y Rodrigo, juzga de esta suerte la quema de los manuscritos arábigos: «Todavía avanzó más Cisneros, deseoso de borrar hasta la última huella de dominación árabe en España, y fué mandar traer todos los Alcoranes y libros que hicieran relación á la doctrina, para alimentar con ellos una inmensa hoguera, á pesar de los grandes ruegos que se le hicieron para conservar algunos. Este tremendo auto de fé forma, á cierta distancia de tiempo, como las represalias que se tomó el cristianismo en el seno de un pueblo civilizado y alboreando ya la edad moderna, de aquel incendio, verdadero ó falso, mayor ó menor, cierto en nuestro concepto, pero no de las proporciones que algunos historiadores suponen, consumado por el Islamismo y por su califa Omar en la biblioteca de Alejandría. Presa fueron de las llamas en Granada millares de volúmenes, y á excepcion de trescientos tratados de medicina, que Cisneros apartó para su colegio de Alcalá, ninguno más

obras de sábios y de poetas arábigos, fruto de ocho siglos de alta cultura intelectual. Sólo fueron perdonadas algunas obras de medicina. Para realzar el merecimiento de aquel santo varon, suponen sus admiradores que el número de los volúmenes que hizo quemar llegó á un millon y cinco mil (1).

alcanzó gracia, ya la pidieran á grandes gritos, éstos por sus primorosas labores, aquéllos por los asuntos de que trataban, los otros por su notoria riqueza. Este hecho, que alguna disculpa puede tener con relacion á la época en que tales pruebas de fanatismo é intolerancia se daban en todas partes, es lamentable para la buena fama de Cisneros, espíritu superior, de quien era de esperar que en esto, como en tantas otras cosas lo hizo, se adelantase á su tiempo, mucho más cuando se compadece tan mal con su proteccion á las ciencias y á las letras, y á los sábios que las profesaban, esta persecucion literaria, más perjudicial si cabe, como dice Prescott, que la que va contra la vida misma, pues rara vez se deja sentir la pérdida de un individuo más allá de su generacion, cuando la destruccion de una obra de mérito, es decir, la destruccion del espíritu revestido de forma permanente, es pérdida que sufren todas las generaciones futuras.» (*N. del T.*)

(1) ROBLES, *Rebellion de Moriscos*, pág. 104.
—Véase tambien *Suma de la vida de Cisneros*.

Por su violento modo de proceder, á fin de realizar sus planes de conversion, suscitó Jimenez un alzamiento en el Albaicin, barrio de la ciudad sólo habitado por moriscos. Cuando Fernando é Isabel tuvieron noticia de esto, desaprobaron vivamente el celo excesivo del Arzobispo; pero éste, luégo que la rebelion fué sofocada, supo con sofística elocuencia calmar el disgusto de los reyes. Aunque no obtuvo un expreso consentimiento, tampoco halló oposicion alguna á la realizacion de sus miras, y dió por sentado que los moriscos se habian hecho reos de alta traicion, y que era un acto de clemencia dejar que eligiesen entre el destierro y la conversion al cristianismo. Muchos de aquellos infelices se decidieron entónces á la expatriacion; los demás, que no quisieron ó no pudieron abandonar el suelo patrio, se resignaron al bautismo.

De este modo faltaron abiertamente los españoles á lo pactado, miéntras que ellos mismos ponian una confianza absoluta en la palabra de los moriscos. El Conde de Tendilla habia procurado calmar la insurreccion del Albaicin, prometiendo á los descontentos acabar con la causa de sus quejas y observar la capitulacion, y como fianza del cumplimiento de esta promesa,

dejó en poder de ellos á su mujer y dos hijos. En vez de la régia confirmacion de la promesa llegó el anuncio de la ya mencionada resolucion, por la cual quedaba hollada y rota la capitulacion toda; sin embargo, los moradores del Albaicin devolvieron al Conde sus rehenes. Subleva más aún la conducta de los cristianos y se manifiesta más á las claras cuando se reflexiona que ellos mismos habian gozado casi siempre bajo el dominio mahometano de libertad religiosa, y, salvo raras excepciones, que tuvieron lugar por sus provocaciones mismas ó bajo el dominio de los berberiscos, no sufrieron persecucion alguna (1).

(1) Algunos escritores modernos, con el propósito de disculpar un poco las furiosas persecuciones de los españoles, procuraron tambien presentar á los árabes como intolerantes, y recordaron las ejecuciones de cristianos que tuvieron lugar bajo la dominacion de los árabes. Mas, aparte de que el número de estas ejecuciones, comparado con el de las víctimas de la Inquisicion, es muy pequeño, consta de la historia, como en la suya (II, 104 y siguientes), compuesta despues del más circunspecto estudio de todos los documentos, prueba Dozy, que las mencionadas sentencias de muerte fueron motivadas por las provocaciones de los mismos cristianos, que sedientos del martirio blasfema-

Evidentemente el Islam es intolerante por principios. Su primera prescripción fué, de acuerdo con el mandato del Profeta, emplear la fuerza de las armas; pero á los vencidos los trató con indulgente dulzura. Los judíos, mientras que en toda Europa eran asesinados y quemados, hallaron libertad en la Andalucía musulímica. Con el cristianismo ocurre lo contrario. El amor y la dulzura son los preceptos principales de su fundador; pero los cristianos por donde quiera han cumplido con dichos preceptos sólo

ban contra Mahoma. Prueba irrefragable de esta verdad es que los súbditos cristianos de los príncipes Omiadas, así como de los pequeños príncipes árabes que les sucedieron, tenían templos, monasterios y obispos, ejercían su culto sin estorbo y hasta se atrevían á servirse de las campanas. De los insultos del pueblo bajo, que en todos los países y con todas las religiones permanece el mismo, debieron de sufrir mucho sin duda alguna, y bajo el imperio de almoravides y almohades, que llegaron á dominar en Andalucía gracias á un movimiento de fanatismo religioso, se empeoró su situación; pero nunca los cristianos sufrieron de los musulimes en el suelo español una persecución que ni aproximadamente pueda compararse á su abominable manera de conducirse con los vencidos sectarios del Islam.

miéntras eran débiles. Bien puede hacerse á todas las comuniones cristianas la grave acusacion de que, no bien han obtenido el poder, todas ellas, con su intolerancia contra los que pensaban de otro modo, han contradicho y negado el espíritu de Aquel de quien procedian.

Con la violenta conversion de los musulimes granadinos desaparece el nombre de moros de la historia de España y es sustituido con el de moriscos (1). Naturalmente esta conversion fué

(1) Así puede hacerse más clara la distincion entre mudéjares y moriscos. Por moriscos parece que deben entenderse los musulmanes que despues de la conquista de Granada quedaron en España, convertidos de grado ó por fuerza al catolicismo. Por mudéjares, nombre más usado en la Edad Media, los musulmanes que en virtud de capitulacion ó pacto se hicieron vasallos de los reyes cristianos españoles, aunque conservando el derecho del libre ejercicio de su religion y culto y de gobernarse por sus propias leyes. Sobre la etimología de la palabra *mudéjar* hay tales divergencias entre los arabistas, que los profanos no sabemos á qué atenernos, y nos maravillamos de que la lengua árabe dé á cada paso ocasion á tales disputas. Fernández y González, Müller, Engelmann, Dozy y otros, todos tratan de dar la verdadera

en un principio, y siguió siendo, nada más que exterior. Los mahometanos conservan por lo comun con gran firmeza las creencias que en su primera juventud les fueron inculcadas. Hasta hoy mismo es muy raro entre ellos un cambio de religion. Con más dificultad aún podian decidirse á adoptar el cristianismo: en primer lugar, porque la doctrina de que Dios ha engendrado un hijo está declarada de un modo enfático como una blasfemia en la sura 19 del Coran, y en segundo lugar, porque el dogma de la Trinidad les parece en contradiccion con la afirmacion fundamental del Islam, la unidad de Dios; tanto, que acusan de politeismo á los cristianos. Salvo, pues, el bautismo, que se vieron obligados á recibir por fuerza, los moriscos permanecieron en secreto fieles al Islam. Considérese que apenas esquilmo campo debió de encontrar la Inquisicion en Granada (1).

etimología de la palabra *mudéjar*, reprobando los otras y sosteniendo cada cual una muy diversa. En tanta abundancia de opiniones encontradas, lo mejor es no aceptar ninguna. (*Nota del T.*)

(1) Giovanni Negro, secretario del embajador veneciano, escribe en una carta desde Granada, anunciando la venida de los inquisidores:

En el año de 1526 el espantoso tribunal, que hasta entónces sólo desde léjos habia lanzado sus rayos, hizo su entrada en la capital de Boabdil. Desde luégo apareció un decreto, en el cual se prohibia á los moriscos el empleo de la lengua arábiga, escrita y hablada, sus apellidos y su traje nacional. Poco despues vino tambien la prohibicion de los baños, que son una necesidad para los orientales, de las zamboras ó fiestas y danzas nocturnas, de los cantares arábigos y de los instrumentos músicos moriscos. Con la mayor severidad, y citándolos por sus nombres, fueron amonestados para que asistiesen al servicio divino católico, que en su corazon detestaban. Esta violencia sirvió sólo para que ellos se uniesen con más firmeza á la fé de sus padres. Anualmente se daba lectura en las iglesias de un edicto llamado de delacion, en el cual la Inquisicion ordenaba á los fieles, bajo las penas más severas, denunciar toda accion y hasta todo gesto que pudiera excitar sospechas de mahometismo. Á pesar de esto, y á pesar del ejército de espías del santo tribu-

«Nos regalarán con una hermosa chamusquina.»
(Véase *Inscrizioni veneziane raccolte da Cigogna*, fascicolo xxii, pág. 339.)

nal que los rodeaba, los moriscos siguieron en silencio con sus creencias, y los que llevaban en vida la máscara del catolicismo, la arrojaban al ménos en la hora de la muerte, y morían, con gran dolor de los clérigos, confesando altamente al Profeta. Así fué que los calabozos se llenaron, se emplearon los instrumentos de tortura, y parecia que no habia de haber bastante leña en los bosques de Andalucía para quemar á los secretos sectarios del Coran.

De este tiempo de infortunio y desesperacion nos queda aún un canto elegíaco, probablemente la última poesía arábica nacida en el suelo español. Ya que hemos trasladado á este libro tantos versos inspirados por las fiestas, el amor y el vino, ó que resonaron bajo las bóvedas de los alcázares de los Califas para celebrar sus triunfos y su magnificencia, no creemos que deban suprimirse estos otros, que fueron compuestos al són de las cadenas y al resplandor de las hogueras, y que parecen el canto fúnebre de un pueblo que muere (1). «Con el nombre de

(1) MÁRMOL CARVAJAL, *Rebellion de los Moriscos*, libro III, cap. IX. Schack traduce esta poesía del castellano, poniéndola en verso y compendiándola mucho. No nos parece bien ni traducirla en verso castellano de la de Schack, ni

Dios piadoso y misericordioso. Antes de hablar y despues de hablar sea Dios loado para siempre. Soberano es el Dios de las gentes, soberano es el más alto de los jueces, soberano es el uno sobre toda la unidad, el que crió el libro de la sabiduría; soberano es el que crió á los hombres, soberano es el que permite las angustias, soberano es el que perdona al que peca y se enmienda, soberano es el Dios de la alteza, el que crió las plantas y la tierra, y la fundó y dió por morada á los hombres; soberano es el Dios que es uno, soberano el que es sin composicion, soberano es el que sustenta á las gentes con agua y mantenimientos, soberano el que guarda, soberano el alto Rey, soberano el que no tuvo principio, soberano el Dios del alto trono, soberano el que hace lo que quiere y permite con su providencia, soberano el que crió las nubes, soberano el que impuso la escritura, soberano el que crió á Adam y le dió salvacion, y soberano el que tiene la grandeza y crió á las gentes y á los santos y escogió de ellos los profetas y con el más alto de ellos concluyó. Despues de

ponerla en verso tomándola de Mármol, sino trasladarla aquí conforme está en su historia, aunque peque de pesada.

magnificar á Dios, que está solo en su cielo, la santificación sea con su escogido y con sus discípulos honrados. Comienzo á contar una historia de lo que pasa en Andalucía, que el enemigo ha sujetado, segun veréis por escrito. El Andalucía es cosa notoria ser nombrada en todo el mundo, y el dia de hoy está cercada y rodeada de herejes, que por todas partes la han cercado. Estamos entre ellos, avasallados como ovejas perdidas ó como caballero con caballo sin freno; hannos atormentado con la crueldad; enséñannos sutilezas y engaños; hasta que hombre querria morir con la pena que siente. Han puesto sobre nosotros á los judíos, que no tienen fé ni palabra; cada dia nos buscan nuevas mentiras, astucias, abatimientos, menosprecios y venganzas. Metieron á nuestras gentes en su ley, hiciéronles adorar con ellos las figuras, apremiándolos á ello, sin osar nadie hablar. ¡Oh cuántas personas están afligidas entre los descreidos! Llámannos con campana para adorar la figura; mandan al hombre que vaya presto á su ley revoltosa; y desque se han juntado en la iglesia, se levanta un predicador con voz de cárabo y nombra el vino y el tocino, y la misa se hace con vino. Y si le oís humillarse diciendo: ésta es la buena ley, veréis des-

pues que el abad más santo de ellos no sabe qué cosa es lo lícito ni lo ilícito. Acabando de predicar se salen, y hacen toda la reverencia á quien adoran, yéndose tras de él sin temor ni vergüenza. El abad se sube sobre el altar y alza una torta de pan que la vean todos, y oiréis los golpes en los pechos y tañer la campana del fenecimiento. Tienen misa cantada y otra rezada, y las dos son como el rocío en la niebla. El que allí se halláre veráse nombrar en un papel, que no queda chico ni grande que no le llámen. Pasados cuatro meses va el enemigo del abad á pedir las albalas en la casa de la sospecha, andando de puerta en puerta con tinta, papel y pluma, y al que le faltáre la cédula ha de pagar un cuartillo de plata por ella. Tomaron los enemigos un consejo: que paguen los vivos y los muertos. ¡Dios sea con el que no tiene qué pagar! ¡Oh qué llevará de saetadas! Zanjaron la ley sin cimientos y adoran las imágenes estando asentados. Ayunan mes y medio, y su ayuno es como el de las vacas, que comen á mediodía. Hablemos del abad del confesar, y despues del abad del comulgar; con esto se cumple la ley del infiel, y es cosa necesaria que se haga, porque hay entre ellos jueces crueles que toman las haciendas de los moros y los

trasquilan como trasquiladores que trasquilan el ganado. Y hay otros entre ellos examinados, que deshacen todas las leyes. ¡Oh cuánto corren y trabajan con acuerdo de acechar las gentes en todo encuentro y lugar. Y cualquiera que alaba á Dios por su lengua no puede escaparse de ser perdido, y al que hallan una ocasion, envian tras de él un adalid, que aunque esté á mil leguas, le halla, y preso, le echan en la cárcel grande, y de dia y de noche le atemorizan diciendo: «¡acordaos!» Queda el mezquino pensando con sus lágrimas, de hilo en hilo, en diciéndole: «¡acordaos!» y no tiene otro sustento mayor que la paciencia. Métenle en un espantoso palacio, y allí está mucho tiempo y le abren mil piélagos, de los cuales ningun buen nadador puede salir, porque es mar que no se pasa. Desde allí le llevan al aposento del tormento, y le atan para dársele, y se le dan hasta que le quiebran los huesos. Despues desto, están de concierto en la plaza del Hatabin, y hacen allí un tablado que lo semejan al dia del juicio, y el que dellos se libra aquel dia le visten una ropa amarilla, y á los demas los llevan al fuego con estatuas y figuras espantosas. Este enemigo nos ha angustiado en gran manera por todas partes, y nos ha rodeado como fuego. Estamos

en una opresion que no se puede sufrir. La fiesta y el domingo guardamos, y el viérnes y el sábado ayunamos, y con todo aún no los aseguramos. Esta maldad ha crecido cerca de sus alcaides y gobernadores, y á cada uno le pareció que se haga la ley una; y añadieron en ella, y colgaron una espada cortadora, y nos notificaron unos escritos el dia de año nuevo en la plaza de Bib el Bonut, los cuales despertaron á los que dormian, y se levantaron del sueño en un punto, porque mandaron que toda puerta se abriese. Vedaron los vestidos y baños y los alárabes en la tierra. Este enemigo ha consentido esto y nos ha puesto en manos de los judíos para que hagan de nosotros lo que quisieren, sin que dello tengan culpa. Los clérigos y frailes fueron todos contentos en que la ley fuese toda una y que nos pusiesen debajo de los piés. Esto es lo que ha cabido á nuestra nacion, como si le diesen por honra toda la infidelidad. Está sañado sobre nosotros, hase embravecido como dragon, y estamos todos en sus manos, como la tórtola en manos del gavilan. Y como todas estas cosas se hayan permitido, habiéndonos determinado con estos males á buscar en los pronósticos y juicios, para ver si halláramos en las letras descanso; y las perso-

nas de discrecion que se han dado á buscar los originales nos dicen que con el ayuno esperemos remediarnos; que afligiéndonos con la tardanza habrán encanecido los mancebos ántes de tiempo; mas que despues de este peligro, de necesidad nos han de dar el parabien y Dios se apiadará de nosotros. Esto es lo que tengo que decir, y aunque toda la vida contase el mal, no podria acabar. Por tanto, en vuestra virtud, señores, no tacheis mi orar, porque hasta aquí es lo que alcanzan mis fuerzas; desechad de mí toda calumnia, y el que endecháre estos versos ruegue á Dios que me ponga en el paraíso de su holganza» (1).

Esta poesía, destinada á ganar la voluntad de los moros de la costa de África, así como tambien una carta que pedia directamente auxilio, fué cogida por los agentes del gobierno

(1) Mármol refiere que estos versos y una carta fueron traducidos por el licenciado Alonso del Castillo, y que por ellos se entendió ser verdad lo que se decia del alzamiento de los moriscos. El morisco Aben Daud debia llevar carta y versos á Berbería para pedir socorro á los moros; pero fué detenido en Adra, y se le hallaron dichos papeles. El Marqués de Mondéjar envió un traslado romanzado y los originales al Rey.
(N. del T.)

español á un cierto Ibn Daud, cuando ya éste queria pasar á la otra orilla del Mediterráneo. La misma desesperada situacion de los moriscos los excitaba tiempo hacia á la insurreccion. Para provocarla más, principalmente entre los moradores de las Alpujarras, que seguian casi todos el Islam, se habian divulgado profecías que anunciaban el restablecimiento del imperio arábigo-andaluz y la libertad de los esclavizados sectarios del Profeta. Con el más profundo sigilo se reunieron los conjurados, en parte vecinos del Albaicin, en parte caudillos en las Alpujarras, y eligieron por rey á un mancebo de veinte y dos años, llamado Aben Humeya, que descendia de los califas de Córdoba. Segun costumbre de los antiguos árabes, recibió el nuevo rey la consagracion religiosa. Vestido con un manto de púrpura, con el rostro hácia la Meca, se arrodilló sobre cuatro estandartes, cuyas puntas estaban dirigidas hácia las cuatro partes del mundo. De esta suerte hizo su plegaria y pronunció el juramento de vivir ó morir en defensa de su fe, de su reino y de su pueblo. Entónces se levantó el nuevo Rey, y como señal de general obediencia se echó á tierra uno de los que presentes estaban, y en nombre de todos besó el sitio donde se habian posado sus

piés. Á éste nombró su justicia mayor. Lleváronle los otros en hombros, y le levantaron, diciendo: «Dios ensalce á Mahomet Aben Humeya, rey de Granada y de Córdoba!»

Pronto ardió en vivas llamas la rebelion; todas las Alpujarras se cubrieron de moriscos armados, y áun pudieron anunciar los muecines desde los alminares que Mahoma es el profeta del único Dios. Pero el fin de esta tentativa desesperada para restablecer un reino musulmico era de prever. En lugar de referir cómo fué ahogada la rebelion en un torrente de lágrimas y de sangre, dejemos caer el telon de esta tragedia. Luégo que D. Juan de Austria tomó la villa de Galera é hizo pasar á cuchillo á sus habitantes, sin distincion de sexo ni edad, y despues que las demas plazas fuertes de la Serranía, muchas de ellas por traicion, cayeron en poder de los españoles, todos los moriscos del reino de Granada que se sometieron fueron trasladados á otras distantes comarcas, y los que se ocultaron fueron cazados como fieras y entregados al verdugo. Muchos lograron escaparse por mar; pero el amor de la patria los trajo de nuevo á Andalucía, donde cayeron en las garras de la Inquisicion y proporcionaron un espectáculo edificante en los autos de fe de la católica ortodoxia.

La situacion de aquellos que fueron llevados á lo interior de España fué peor que la esclavitud. Hablar la lengua arábiga, tocar un instrumento morisco, etc., eran crímenes que se castigaban con galeras. Se reconoció, con todo, que no habia medio de apartar á los moriscos de sus antiguas costumbres, y de obligarlos á una conversion sincera. Si llevaban á uno á la cárcel, éste solia, con la esperanza de la libertad, no resistirse á la reconciliacion con la Iglesia; pero de seguro que en el patíbulo renegaba con voz firme del catolicismo y moria con las doctrinas musulmanas en los labios. El gobierno vió, pues, á las claras que la religion del Profeta no podia ser extirpada de la Península sino con el aliento del último morisco. Entónces un piadoso hombre de Dios, en un memorial dirigido al Rey, manifestó su conviccion de que era lícito y conveniente matar á todos los moriscos (1). El no ménos religioso Arzobispo de Valencia compuso asimismo una Memoria en la cual hizo patente el santo deber de acabar con los infieles, y todas las desgracias que habian caido sobre España durante medio siglo aseguró que eran justo castigo del cielo por la impía tolerancia que hasta

(1) BLEDA, *Defensio fidei*, pág. 277.

entónces se habia usado con ellos. Concluia de todo que, si bien era impracticable el dar muerte á tantos millares de hombres, el Rey debia, ó bien desterrar á todos los moriscos, ó bien, si le parecia mejor, condenarlos á galeras ó á trabajos forzados en las minas de América. Y que esto era obrar con blandura, pues mirado el asunto con severidad, todos eran merecedores de la muerte (1). Siguió á esto, reinando Felipe III, la expulsion de todos los descendientes de los moros, y España, con la pérdida de sus más activos agricultores, se convirtió en un yermo que sólo servia para mansion de católicos ortodoxos.

Despues que fueron así borradas las últimas huellas del Islam en la Península, se podria sostener que todo lo que la historia refiere de su dominacion en España era una fábula, si las piedras, como testigos mudos, no ofreciesen á nuestros ojos, aún en el dia, la brillantez y la cultura de los árabes españoles. Estos monumentos que han quedado de los musulimes, á pesar de la destruccion del tiempo y de los hom-

(1) JUAN JIMENEZ, *Vida y virtudes del venerable siervo de Dios D. Juan de Rivera*. Roma, 1734; páginas 367, 381.

bres, no son tan numerosos en parte alguna como en Granada. Apénas hay sitio en la gran ciudad y en sus alrededores donde no haya restos de la época arábica. En manera alguna podemos aquí mencionarlos todos, pero los más importantes deben tanto más hacerse notar, cuanto que, hasta ahora, salvo la Alhambra y el Generalife, ninguno ha sido descrito por los viajeros (1). Empezarémos por la encantadora colina de Dinadamar (esto es, Ain ad Dama, fuente de las lágrimas), sitio de recreo de los árabes, junto á la puerta de Elvira, donde habia jardin y huerta, que Ibn Batuta pinta como sin par en el mundo (2), y desde cuya altura, vista la ciudad con sus azoteas, adarves, palacios, cú-

(1) A pesar de lo que dice Schack, no podemos negar nosotros que esta parte de su libro contiene mucha ménos novedad de lo que él supone, y que es difícil añadir nada nuevo á lo ya dicho por los Sres. D. Miguel Lafuente Alcántara y D. José Jiménez Serrano en sus excelentes *Guías del viajero en Granada*, y por el erudito é importante libro de D. Emilio Lafuente Alcántara, titulado *Inscripciones árabes de Granada*. Tendrémos presentes dichas obras para terminar é ilustrar la traduccion de la de Schack. (N. del T.)

(2) IBN BATUTA, IV, 369.

pulas, mezquitas y alminares, debía presentar una magnífica vista. Allí afluián reunidas las aguas que, traídas desde la sierra, abastecían la parte más alta de la ciudad. Una grande alberca, formada con fuertes muros, servía para paseos por agua y para baños (1), y tenía en sus ángulos cuatro torres, llamadas *menazires*, ó miradores, como se encuentran aún en muchas casas de la ciudad. Aun se ven ruinas de estas torres, así como de la alberca, pero gayumba y hiedra las cubren en torno, y el centro de la alberca está seco (2). Desde esta colina, que está cerca de la Cartuja actual, se llega á la célebre puerta de Elvira, que conducía á la antigua Hiberis; y no bien se pasa su colosal

(1) PEDRAZA, *Historia eclesiástica de Granada*, parte IV, cap. XLI.

(2) El estanque, dice D. Miguel Lafuente Alcántara, tenía cuatrocientos pasos de circuito, y sus paredes eran de ocho piés de ancho, formadas de argamazon, pedruscos, arena y cal, según costumbre de los moros. En uno de los ángulos de poniente se ven con toda claridad los cimientos y restos de una torre de las cuatro que tenía en sus esquinas; al extremo del mismo lado se divisan vestigios de otra torre. (N. del T.)

arco de herradura, coronado de almenas, queda en una altura á la izquierda la antigua Alcazaba, cuyos muros en gran parte están firmes aún, si bien todo aquel barrio está desolado. En la mencionada altura, cerca de la antigua Alcazaba, en la parroquia de San Miguel, segun Már-mol, estaban los palacios de Aben Habuz, el fundador de la primera dinastía granadina; pero apénas queda resto de ellos, aunque se señala como tal la llamada Casa del Gallo ó de la Lona.

Dos puertas de la época de los árabes, que se conservan aún, son la de Fajalauza (fach al lauz; esto es, camino de los almendros), y la puerta Bonaita (bab oneidir, ó dígase puerta de las eras). Penetremos más en el Albaicin, barrio de los de Baeza, los cuales, arrojados de su patria por los cristianos, se establecieron allí. En ningun punto se ha mantenido tan invariable el carácter oriental como en esta parte de la ciudad, que se levanta y extiende por las escarpadas laderas de un cerro. Es cierto que de la mezquita principal del Albaicin, que estaba situada donde hoy la iglesia de San Salvador, sólo quedan restos de poca importancia; pero en cambio se encuentran muchas casas particulares en el estado todavía en que las dejaron

los árabes. El *ostuwan* (1), zaguan en español, y la *saha*, ó patio interior, con su surtidor ó fuente cercada de verdura; las habitaciones, en cuya entrada hay una ó más cóncavidades en forma de nichos para guardar cántaros con agua ó grandes vasos (2); las primorosas *chamsijas*, ajimeces en español, esto es, ventanas con dobles arcos (3); y la *hania*, en español alhania, ó pequeña alcoba (4), todo se ha conservado, todo

(1) IBN BATUTA, IV, 5.

(2) Como despues se demostrará, la opinion divulgada en Granada misma, y manifestada en muchos escritos de viajeros, de que estos nichos se destinaban para dejar en ellos el calzado, es completamente errónea.

(3) QUATREMERE, *Histoire des Sultans Mamlouks*, II, 280.—IBN YUBAIR, 266, 337.

(4) *Alhania*, segun Covarrubias, significa *alcoba*, *cámara donde se duerme*. Dozy le da la etimología y significacion de *arco* ó *bóveda*, pero el uso en España le dió el primer sentido. Las palabras de González de Clavijo que cita Dozy, nada prueban en favor de su opinion; ántes prueban lo exacto de la definicion de Covarrubias, pues sea cualquiera el origen y valor de la palabra en árabe, en castellano *alhania* no significa sino *alcoba*. Lo que cita Dozy es: «ante la puerta de esta alhania, que es un grande arco»; incurriendo en el error de entender que el *que*

parece aún dispuesto para recibir á sus antiguos moradores. Sin embargo, la arquitectura arábica sólo se muestra allí en su decadencia. Como ya queda dicho, los moriscos tuvieron aún largo tiempo el Albaicin como principal residencia bajo la dominación cristiana, y sus casas llevan el sello de aquel tiempo de infortunio. En balde se buscan lujosos adornos en las paredes; inscripciones arábicas se hallan rara vez.

se refiere á *alhanía*, cuando evidentemente se refiere á *puerta*. No la *alhanía*, sino la *puerta*, era un grande arco. Rui González de Clavijo pinta una quinta de Timurbec, cerca de la ciudad de Samarcanda, y dice que en el cuerpo de la casa «había tres como *alhanías* para facer camas ó estrados. E como ome, añade, entra de frente estaba una de dichas *alhanías*, que era la mayor de ellas, en la cual estaba un retablo.... E delante dél estaba una cama de almadragues pequeños de camocan, é de otros paños de seda labrados de oro», etc. Y después que acaba de describir la *alhanía*, que no sólo resulta que era alcoba, sino pequeña alcoba, añade inmediatamente las palabras ya citadas, que mal entendidas por Dozy, cree que le sirven como *prueba sin réplica de la verdad de su aserto*. No sólo no entendió Dozy las palabras por él citadas, sino que no leyó ó no entendió tampoco las que inmediatamente anteceden. (*N. del T.*)

Dejando el Albaicin y caminando en dirección del sitio donde el Genil se une con el Darro, se llegan á ver notables restos de un palacio árabe con jardines. Al otro lado de la magnífica alameda, llena de frescas y sonoras fuentes, el más hermoso paseo del mundo, y más allá del puente del Genil, en el camino de Armilla, y en una posesion del Duque de Gor conocida con el nombre de Huerta de la Reina, se ve una torre cuadrada de notables dimensiones, y en ella un salon alto que en toda su estructura se asemeja á la torre de Comares de la Alhambra. Sus inscripciones arábigas, resaltando y enlazándose con elegantes adornos de estuco, contienen la divisa de los Nazaritas: «sólo Dios es vencedor», y á menudo las palabras «bendicion y perpétua dicha y salud á nuestro dueño el Sultan, el rey justo y constante.» No léjos de allí, en la parte baja de la huerta, hay un gran estanque, y cerca de él se observan las ruinas de un pabellon, el cual servia probablemente para casita de baño. Entre los árabes hubo de llevar el palacio, al que estos restos pertenecian, el nombre de Kazr Said. Como está probado, dicho palacio existia ya en tiempo de los almohades. Reinando el fundador de la dinastía Nazarita, dió alojamiento al infante D. Felipe, quien, con otros ca-

balleros cristianos, residió largo tiempo en Granada (1).

Volviendo luego atrás, por el puente del Genil, y yendo hacia el convento de Santo Domingo, vemos cerca de él rastros de jardines y edificios, los cuales estaban probablemente unidos á la Alhambra por camino subterráneo, y formaban en conjunto con otros palacios una residencia para los reyes, que variaba en todas las estaciones del año. Un camino cubierto por una espesa y sombría enramada de laurel, al traves de la cual los rayos del sol jamas penetran, conduce al llamado Cuarto Real (2), que está en una torre de aspecto firme y severo, en cuyo interior hay un alto salon cuadrado, lleno de hermosos mosaicos y de otros ornatos arábigos. Se asegura por tradicion que los sobera-

(1) Tambien Navagero menciona éste ya en su tiempo medio arruinado palacio, en el *Orto della regina*, no lejos del Genil.

(2) El poseedor actual de este precioso monumento, D. Emilio Pérez del Pulgar, le ha restaurado algo, aunque no por completo, lo cual sería hartó difícil y costoso. El Sr. D. Emilio Lafuente Alcántara, en sus *Inscripciones árabes*, describe este cuarto real y traduce todas sus inscripciones; pero no hay notable nada más que lo que dice Schack. (*N. del T.*)

nos de Granada se retiraban allí durante el Ramadhan para entregarse en soledad y silencio á los rezos y ayunos de aquel santo mes, y los versos del Corán y las sentencias piadosas que hay en las paredes de la sala, parecen corroborar esta idea. Además del principio de la Sura XLVIII, que se repite muchas veces, se lee: «¡Oh alma mía! ¡oh esperanza mía! ¡Tú eres mi refugio, tú eres mi protector! ¡Imprime en mis obras el sello del bien! ¡Alabado sea Dios por sus beneficios!»; y, «No hay auxilio alguno sin el que viene de Dios todopoderoso y sabio. No tengo protección alguna sino la que Dios me concede; en él confío, á él me vuelvo.»

Es de maravillar que, á pesar de la furia de la Inquisición contra todos los recuerdos del Islam, no se hayan destruido estas inscripciones arábicas y otras muchas que se conservan en Granada.

Dirigiéndonos ahora hácia aquella parte de la ciudad, que aún en el día de hoy, como en tiempo de los mahometanos, es la más animada y como el centro del comercio, entramos en la famosa plaza de Bivarrambla, que toma su nombre de la cercana Bab ar Raml, ó puerta de Arenas. Si bien la rodean aún muchas antiguas casas, esta espaciosa plaza dista en gran ma-

nera de ser la misma que vió en otra edad los torneos y cañas de Abencerrajes y Zegríes, y en balde se buscan los ajimeces, aquellas primorosas ventanas con dobles arcos sostenidos por una columnita, á traves de cuyas rejas y celosías miraban las fiestas las hermosas damas. Siguiendo la larga calle llamada Zacatin, esto es, calle de los Prenderos, que desde la citada plaza sube paralela al Darro, se ve primero, á mano izquierda, la Alcaicería (1), ancho espacio con galerías, donde hay tiendas y habitaciones para los mercaderes; la cual Alcaicería, hasta un incendio ocurrido en 1843, contenía restos de los más notables de la arquitectura arábica en Granada (2). La cercana catedral señala el

(1) Parece verosímil la etimología que don Miguel Lafuente Alcántara, fundándose en Mármol Carvajal, da de la palabra *alcaicería*, asegurando que viene de Caizar ó César, porque los romanos tenían en cada ciudad de Africa, imitándolos despues los árabes y moros, un lugar cercado donde se encerrasen las mercaderías de la hacienda pública y de los comerciantes para que estuviesen seguras. (*N. del T.*)

(2) También en las ciudades africanas hay de estas alcaicerías, que vienen á ser lo mismo que bazares, si bien con otro nombre. Véase AL BEKRI, ed. *Slane*, pág. 22; ABD. ALLATIF SACY,

sitio donde estuvo la principal mezquita, y en la capilla donde está el sepulcro de Hernan Pérez del Pulgar recuerda una inscripcion la hazaña de este héroe, quien, dos años ántes de la conquista, entró solo en la ciudad, y en señal de posesion clavó con su puñal el Ave-María sobre la misma puerta.

El Zacatin desemboca en la Plaza Nueva, desde donde se sube á la Alhambra por la pendiente cuesta ó calle de los Gomeles. Pero si se continúa el camino por la orilla del Darro, se descubre pronto una vista magnífica. Sobre un cerro, lleno de arroyos y de verdura, y cubierto de avellanos, nogales y otros árboles, que ha sido encomiado por los árabes como el asiento de la bienaventuranza terrena, y que ha sido visitado por gentes venidas desde lejanas tierras, á causa de su ambiente vivificante y salubre, descuellan en los enhiestos peñones los rojos muros y torres de la Alhambra, y más allá, en más elevada ladera, entre la espesura de granados y arrayanes, relumbra el Generalife con la hermosura pasmosa de un ensueño.

Esta quinta de verano de los reyes grana-

página 303; MÁRMOL, *Descripcion de Africa*, II, 87; IBN BATUTA, III, 4.

dinos no parece ser de la misma época que la dinastía de los Nazaritas, porque una inscripción que aún se conserva, nos dice que el edificio ha sido renovado por el rey Abul Walid en el año de la gran victoria de la fé, lo cual se refiere á Abul Walid I, y á la batalla del año de 1319, en que perecieron los infantes D. Pedro y D. Juan (1).

En un friso de la galería que conduce á la quinta, hallan los que entran sentencias del Corán, en las cuales son ensalzadas las dichas del paraíso que se guardan para los creyentes: «Yo me refugio en Dios delante de Satanás el apedreado. ¡En el nombre de Dios Clemente y Misericordioso! ¡La bendición de Dios sobre nuestros señores y príncipes Muhammed y su familia! ¡Salud y paz! Te hemos dado una manifiesta victoria (2) para que Dios te perdone tus primeros y últimos pecados, y cumpla en tí su gracia, y te conduzca por el camino recto y te auxilie con poderoso auxilio. Dios es quien envía la tranquilidad á los corazones de los creyentes, á

(1) ARGOTE DE MOLINA, *Nobleza de Andalucía*, lib. II, cap. LII.—*Crónica de Don Alfonso XI*, cap. XVIII.

(2) D. EMILIO LAFUENTE dice: *te hemos abierto una puerta manifiesta. (N. del T.)*

fin de que la fé de ellos siempre crezca. Porque á Dios pertenecen los ejércitos de la tierra y del cielo, y Dios es omnisciente y pródigo. El dejará entrar á los creyentes en jardines que claros arroyos riegan. Allí deben permanecer y Dios borrará sus pecados, porque de Dios es la gran bienaventuranza» (1).

En una faja que forma el recuadro de los arcos que dan entrada al interior del edificio se encuentran los versos siguientes:

En este alcázar, dotado
De incomparable hermosura,
Resplandece del Sultan
La magnificencia augusta.

Es su bondad cual las flores
Que los jardines perfuman,
Y sus dones se derraman
Como fecundante lluvia.

Son como florido huerto
Los resaltos y pinturas
Que los dedos del artista
En las paredes dibujan.

Bella novia es el estrado
Con galanas vestiduras,

(1) Esto es, con excepcion del principio de la Sura XLVIII, la cual está copiada en la inscripcion hasta el undécimo versículo. El señor don Emilio Lafuente Alcántara hace en efecto doble más esta inscripcion.

Que á la nupcial comitiva
Al presentarse deslumbra.
Mas lo que á tan regio alcázar
De mayor gloria circunda,
Es el clemente califa
Cuando en su centro fulgura:
Abul Walid, rey de reyes,
Lleno de piedad profunda,
Que de Cahtan (1) la prosapia
Con sus virtudes ilustra;
Gloria de Adnan, y que sigue
Siempre con planta segura
La huella de los Ansáres,
En quien su casa se funda.
Este alcázar al califa
Debe su belleza suma:
Él renueva los adornos
Y primores en que abunda,

(1) Cahtan, nieto del patriarca Heber, y tronco de los reyes himyaritas del Yemen, que pertenecian á la más pura raza árabe; á la raza segunda, que vino á establecerse en la Arabia Feliz, despues de exterminada la primera impía raza aborígena, cushita, y no semítica, como los pueblos de Ad y de Temud. Adnan parece ser un descendiente de Ismael, hasta quien hacen subir su árbol genealógico las más nobles familias árabes. Los Ansáres son los habitantes de Medina, que acogieron y protegieron á Mahoma, fugitivo de la Meca, así como los Tabíes son en general los que le siguieron, y los Muhadjires los que se expatriaron por su causa (*N. del T.*)

El año de la victoria,
Cuando los musulimes triunfan,
De nuestra fe sacrosanta
Con la milagrosa ayuda.

Y pues del recto camino
No se aparta el Sultan nunca,
Que por la fe protegido
Goce perpétua ventura.

Como el Generalife ha padecido tanto por los estragos del tiempo y la incuria y mal gusto de los hombres que apenas da en el día una idea de lo que era en buen estado, viene bien la descripción de Navagero, quien vió el palacio y los jardines en el año de 1526, ya algo decaídos por cierto, pero aún mucho mejor conservados que ahora. De la descripción mencionada resulta una viva imagen del arte arábigo de la construcción de jardines y de su enlace con la arquitectura. «Saliendo, dice el noble veneciano, de los muros que cercan la Alhambra por una puerta falsa que hay á la espalda, se entra en los hermosísimos jardines de otro palacio, que está más alto, y que llaman Generalife (1). Este palacio, aunque no es muy grande, es, con todo, un excelente edificio, y con sus magníficos jar-

(1) *Gennat al arif*, el jardín del arquitecto.

dines y juegos de aguas, lo mas hermoso que he visto en España. Tiene muchos patios, todos ricamente provistos de aguas, siendo el mejor uno con un canal de agua corriente que va por medio, y lleno de hermosos naranjos y arrayanes. Allí hay una *loggia* ó gran mirador cubierto que ofrece una hermosa vista, y bajo el cual crecen arrayanes tan altos, que casi llegan hasta el balcon. Estos arrayanes están tan espesos y frondosos y se levantan á una altura tan igual sobre el cerro, que parecen ser un suelo verde y llano. El agua corre por todo el palacio, y, si se quiere, por las habitaciones mismas, algunas de las cuales se prestan á ser la más deliciosa residencia de verano. En uno de los patios, que está lleno de verdura y hermosos árboles, hay un ingenioso juego de aguas. Algunos conductos se hallan cerrados, hasta que de repente el que está sobre el verde césped ve que el agua brota entre sus piés y que todo se baña, hasta que de nuevo, con la misma ligereza y sin que se note, los conductos se cierran. Además hay otro patio bajo, no muy grande, tan circundado de hiedra densa y lozana, que apenas si se ven los muros. Está el patio sobre un peñasco y tiene muchos balcones, desde donde se extiende la vista á una gran profundidad, por la cual va

corriendo el Darro: es vista deleitosa y encantadora. En el centro de este patio se halla una magnífica fuente con una grandísima taza. El caño, que está en medio, arroja el agua á una altura de más de diez toesas. La abundancia de agua es pasmosa, y nada puede ser más agradable que ver caer el surtidor deshecho en gotas. Sólo con verle cómo se desparrama por todos lados y se desmenuza y difunde en el ambiente, se goza de una grata frescura. En la parte más elevada de este palacio hay en un jardín una hermosa y ancha esculera, por donde se sube á una meseta, á la cual viene de un peñasco cercano toda la masa de agua que por el palacio y los jardines se reparte. Allí está el agua encerrada por medio de muchos tornillos ó llaves, de suerte que en cualquier tiempo, de cualquier modo, y en la cantidad que conviene, puede soltarse. La escalera está construida por tal arte, que cada uno de los escalones es más ancho que el anterior, según se va bajando, y en todos los escalones hay una cavidad en el centro, donde el agua puede juntarse en remanso. También las piedras de las balaústradas que hay á ambos lados de la escalera, tienen encima un hueco que forma sendos cauces ó canales. En lo alto hay su llave respectiva para

cada una de estas divisiones, de modo que el agua puede soltarse á placer ó por los cauces de las balaustradas, ó por las concavidades de los anchos escalones, ó por ambos caminos á la vez. Tambien se puede, si se quiere, aumentar tanto el caudal é ímpetu del agua, que se desborde de los dichos cauces, bañando todos los escalones, de modo que se moje quien esté en ellos. Así pueden aún hacerse con el agua otros mil juegos. En suma, me parece que á este sitio nada le falta de gracia y de belleza, y cualquiera que entienda de gozar y de estimar lo bueno, si vive allí en reposo, solazándose en los estudios y deleites que á un noble convienen, no sentirá ningun otro deseo» (1).

Sobre la cumbre del cerro, hoy descarnado que se alza á espaldas de Granada, y en el pico más alto y escarpado, que llaman la Silla del Moro, se notan aún muchos restos de antiguos muros y de albercas derruidas, que indican el sitio de otros palacios ó quintas de los Nazari-tas. Allí estaba el castillo roquero, célebre por su esplendor, llamado en arábigo Kasr al Hids-char, y por los españoles los Alijares; y otra

(1) *Naugerii opera*, pág. 365.

quinta rodeada de risueños jardines, que se decía Dar al Arus, ó Casa de la Novia.

Es de maravillar cuán pronto se destruyeron estos edificios y jardines. Ya en el año de 1526 sólo vió Navagero las ruinas de su primitiva grandeza. Su descripción, sin embargo, es muy interesante, pues que marca con bastante exactitud los puntos en que ambas quintas estaban situadas, y asimismo porque la destrucción no era entonces tan completa como en el día. «Subiendo más allá del Generalife, se entraba, en tiempo de los reyes moros, en otros hermosísimos jardines de un palacio que llamaban los Alijares (1). Desde allí se iba á los

(1) D. Miguel Lafuente Alcántara en su *Libro del viajero* dice: «El palacio más rico y suntuoso de los que poseían los reyes moros de Granada era el de los Alijares, fundado también en la cumbre del cerro, en el cual se ven aún sus ruinas. Lucio Marineo Sículo, Mármol y Pedraza encarecen la magnificencia de este alcázar. Los romances antiguos granadinos hacen referencia de él. Preguntando D. Juan, rey de Castilla, á un moro cautivo en la vega,

«¿Qué castillos son aquéllos?
Altos son y relucian»,

El moro responde:

jardines de otro palacio, que entónces apellidaban Daralharoza y hoy es Santa Elena. Todos los caminos por donde se pasaba de lugar á lugar estaban de un extremo á otro plantados de arrayanes. Ahora está todo casi destruido y no se ven más que algunos restos y el estanque sin agua, porque los acueductos han sido rotos. Quedan algunos rastros del jardin, y á los lados del sendero retoñan un poco los arrayanes, pues, aunque han sido rozados, guardan aún las raíces. Daralharoza está por cima del Generalife, en la pendiente que dá sobre el Darro. Los Alijares, por lo contrario, conforme se viene por detrás de la Alhambra, se hallan á la derecha, en una eminencia que dá sobre el llano por donde corre el Genil; de suerte que se disfruta desde ellos una espléndida vista de la vega. Más lejos aún, en aquella misma direccion, prosigue Navagero, en un collado, en el valle del Genil, á eso de media milla ó más de los Alijares, hay otro mejor conservado palacio, que perteneció

«El Alhambra era, señor,
Y la otra la mezquita;
Los otros los Alijares,
Labrados á maravilla.»

(*N. del T.*)

á los reyes moros, en muy hermosa posicion, más solitario que los otros, y cerca del rio. En resolucion, si hemos de juzgar por tantos restos de lindas quintas y palacios, debe conjeturarse que aquellos reyes moros no carecian de nada de lo que alegra y hace agradable la vida. Pocos restos de este último palacio, cuyo nombre era Dar ul Guad, la Casa del Rio, se ven aún en un sitio, como no puede imaginarse nada más pintoresco y romántico, en el camino de Cenes. Una casa casi moderna en todo y de pobre apariencia, que se llama la Casa de las Gallinas, está edificada sobre el derruido palacio, pero los cimientos y parte inferior de los muros y el arco de una puerta, sobre el cual se descubren aún huellas de labores de estuco, nos indican la mano del artífice árabe (1).

(1) Estos varios palacios son tambien mencionados por Mármol, *Rebellion*; Mendoza, *Guerra de Granada*; Pedraza, *Historia eclesiástica*; Pérez de Hita, *Guerras civiles*; Lucius Marineus Siculus, *De rebus Hispaniæ*. Ninguno de estos autores indica tan exactamente el lugar de dichos palacios como el excelente Nava-gero. Otras noticias acerca de Granada en la época que siguió inmediatamente á la reconquista, se encuentran en los *Annales de vita et rebus gestis Friderici II electoris Palatinis*. Auc-

Volvamos á la ciudad, despues de esta excursion, para mencionar algunos edificios notables, que por la mayor parte están situados no léjos del Darro. Una hermosa fachada arábiga se conserva aún en la Casa de la Moneda, y una inscripcion allí encontrada declara que en tiempo de los musulmanes era aquello un hospital (1). En el patio se guardaron hasta hace poco fragmentos de dos leones colosales de piedra, que derramaban agua por las fauces en una gran taza. En muy mal estado de conservacion se encuentra la Casa del Carbon, no léjos de la plaza de Bivarrambla; pero en su elevado arco de la entrada, con adornos de estuco, y en su bóveda en forma de estalactitas aún se reconoce

tore Huberto Thoma Leodio. Francofurti, 1624. El elector Federico II estuvo una larga temporada, en el año 1526, en la córte de Carlos V, cuando éste residia en la Alhambra; pero á él y á los que le acompañaban les parecieron más interesantes las corridas de toros y los bailes de muchachas moriscas que ante ellos se dieron, que todos los primores arquitectónicos de la ciudad.

(1) La inscripcion viene traducida en las *Inscripciones árabes* de D. Emilio Lafuente Alcántara, páginas 173 y 174. No se traslada aquí por ser muy larga. (*N. del T.*)

que fué en otro tiempo un brillante dechado del arte arábigo. Sobre el arco está inscrita en grandes letras cúficas la Sura cxii, dirigida contra el dogma de la Trinidad: «Dios es el único y eterno Dios; ni engendra ni fué engendrado, y ningun otro sér se le iguala.» Sólo por la ignorancia de los cristianos puede explicarse que estas palabras, que á cualquiera que las hubiese pronunciado en lengua inteligible le hubieran llevado al quemadero, estuviesen, sin oponerse la Inquisición, en medio de la calle, á la vista de todo el mundo.

Un pequeño alminar, semejante á la Giralda, aunque en menores proporciones, se conserva aún en la iglesia de San Juan de los Reyes. En cambio, en el convento de Santa Isabel la Real, del que sabemos con certeza que está edificado sobre el solar de un palacio y de unos jardines de los Nazaritas (1), no han quedado restos importantes de arquitectura arábiga.

Por último, la llamada Casa del Chapiz tiene aún un gran patio, circundado de una galería de dos pisos con columnas de mármol, primorosos

(1) Véase *Las Cosas de Granada*, de Hernando de Baeza, contemporáneo de la conquista; obra publicada por J. Müller, pág. 64.

ajimeces, y techos, arcos y paredes llenos de hermosas labores y azulejos.

Aun tenemos que hablar del más interesante de todos los monumentos arábigos de Granada: de la Alhambra. Esta fortaleza, por el color de sus muros llamada *al hamra*, la roja (1), es el único alcázar ó castillo bien conservado que subsiste entre tantos por el mismo orden que había antes en España, y que hoy en Jaen, Málaga, Tarifa, Almuñécar, Gaucin, Loja, Játiva, Almería y Murviedro, yacen más ó ménos en ruinas. Tales ciudadelas solian tener en el recinto de sus muros, flanqueados de torres, el palacio del Príncipe, Gobernador ó Comandante, las habitaciones de los empleados superiores, una mezquita, cuarteles, arsenales, etc.

La posición de la Alhambra sobre la ciudad recuerda la del castillo de Heidelberg: como éste, sobre una altura escarpada á orillas del

(1) Como la Alhambra, segun queda ya referido, era nombrada en el siglo ix, es inadmisibile la con frecuencia sostenida afirmacion de que le dió nombre el fundador de la dinastía Nazarita, Ibn al Alhmar. Un palacio en Irac, que asimismo se llamaba *El Rojo*, es citado por Kosegarten, *Arab. Chrestomathia*, 126. Ibn Jalican, publicado por Slane, 240.

Neckar, así la Alhambra domina todo el hondo valle del Darro, resplandeciendo á lo léjos sus rojas murallas. Los materiales de que están hechas las diferentes construcciones no son los mismos en general: en parte hay cantería y ladrillos, colocados con argamasa; en parte, y esta clase de construcción es la más común, los muros están fabricados de la llamada tapia (en árabe *tabia*), mezcla de tierra, cal y piedras pequeñas. Este último modo de edificar era ya empleado en África y en España en tiempo de los romanos, y Plinio encomia la solidez de las murallas, hechas de tierra, «las cuales duran siglos, resistiendo á las lluvias, á los vientos y al fuego, más firmes que toda argamasa» (1).

Para visitar el célebre Alcázar regio se sube por la pendiente calle de los Gomeles y se llega

(1) PLIN., *Hist. nat.* L. xxxv, C. xlviii. Sobre el procedimiento para hacer muros de tapia, se explica Ibn Jaldun, *Prolegomena*, II, 320. Cuando Plinio dice que las murallas de tierra nunca están bien edificadas si no se hinchán ó rellenan por medio de una forma ó molde hecho por los lados con tablas, concuerda del todo con la descripción de Ibn Jaldun. Aun en el día se construye de ese modo en el África septentrional, pero no ya con la antigua solidez. (Véase Host, *Noticias de Marruecos*, pág. 263.)

á la puerta de las Granadas. Luégo que esta puerta se pasa hay un gran recinto lleno de sombrías alamedas y calles de árboles y de fuentes y arroyos. Los muros que le circundan, coronados de almenas, se extienden en torno de la colina y están defendidos á trechos por una considerable cantidad de torres. Estas torres servían en parte para defensa; en parte, como las que están en lugar escarpado, defendidas por la misma naturaleza del terreno, para habitacion de los reyes y de su servidumbre. La entrada principal en lo interior de la fortaleza es por la puerta de la Justicia (Bah usch Scheria), ancho recinto bajo dos torres, donde públicamente, y tal vez segun las antiguas costumbres orientales, el Rey mismo dictaba sus fallos. Este destino, atribuido por la tradicion á dicha puerta, se confirma por una inscripcion que dice: «Permita Alah que por esta puerta prospere la ley del Islam» (1). Esto recuerda las palabras del

(1) La inscripcion sobre el arco de la puerta, en grandes caracteres africanos, dice, segun la traduccion completa de D. Emilio Lafuente Alcántara:

«Mandó construir esta puerta, llamada puerta de la Ley (haga Dios por ella prosperar la ley del Islam, así como ha hecho de ella un monu-

Deuteronomio, c. xvi, v. 18: «Establecerás jueces y maestros en todas tus puertas para que juzguen al pueblo con justo juicio.» La mano de piedra sobre el portal alude verosímilmente á los cinco preceptos principales del Islam (oracion, ayuno, dar limosna, peregrinacion á la Meca y guerra santa). El mismo símbolo en más pequeño tamaño se usaba como amuleto. La llave, que asimismo está allí figurada, no tiene otra significacion sino la de que la puerta es la llave de la fortaleza. Resulta de la inscripcion que el edificio fué erigido en el año de 749 (del 1347 al 1348 de nuestra era) por el sultan Abul Hagag Jusuf. Sobre las columnas se leen estas palabras: «No hay más Dios que Alah, y Mahoma es el enviado de Alah. ¡No hay poder ni fuerza fuera de Alah!»

mento de eterna gloria), nuestro señor el príncipe de los musulimes, el sultan guerrero y justo Abul Hachach Jusuf, hijo de nuestro señor el sultan guerrero y santificado Abul Walid Ibn Nasr. Recompense Dios sus acciones puras en el Islam, y benigno acepte sus hechos de armas. Fué construida en el mes del engrandecido nacimiento del Profeta, año de 749 (1348 de Cristo). Haga Dios de ella una potencia protectora y la inscriba entre las acciones buenas y perdurables.»

Luégo que hemos pasado por esta puerta, y un poco más allá, hemos dejado tambien detras de nosotros la más pequeña puerta del Vino, sobre la cual están esculpidos el nombre de Muhammed V, Al Ghani Bilah, y una parte de la Sura XLVIII, nos encontramos en la plaza de los Algibes. A un lado está la Alcazaba ó ciudadela con muchas torres; y en el espacio del lado opuesto habia en otro tiempo una gran mezquita (donde hay ahora una iglesia de la Santa Virgen), y estaba, ademas, la casa ó palacio real; ó mejor dicho, una larga serie ó laberinto de torres, pabellones, patios, baños, habitaciones del harem, y otras várias estancias, así para la familia real como para las mujeres, séquito é inspectores. Una parte de estos edificios fué destruido por Cárlos V, con el fin de hacer lugar para un palacio en estilo del Renacimiento, que empezó á construir allí en el año de 1526.

Parece, sin embargo, que la parte que echó por tierra el Emperador no era de grande importancia, ya que Navagero en su descripcion de la Alhambra no la menciona, aunque esta descripcion fué redactada ántes de que el Emperador viniese á Granada la primera vez, y, seducido por los encantos de la antigua resi-

dencia de los Nazaritas, se decidiese á construir allí un palacio para su morada (1). Otra parte de la Alhambra, que tambien ha desaparecido, debió extenderse en la direccion de la llamada Casa de Sanchez y de las otras torres del Norte y del Nordeste (2). Es muy de lamentar que las

(1) La carta de Navagero en que se describe la Alhambra es del último dia de Mayo de 1526. Carlos V entró en Granada por primera vez el 4 de Junio del mismo año. Véase Sandoval, *Historia de Carlos V*, lib. xiv, pár. 5.º, y la carta del secretario de Navagero Juan Negro, en las *Inscrizioni veneziane raccolte da Cicogna*, fasc. 22, pág. 339. En esta carta de 8 de Junio viene descrita la entrada del Emperador. Tambien del célebre Baltasar Castiglione, que fué embajador del Papa cerca de Carlos V, poseemos una serie de cartas, con fecha de Granada (*Lettere di Castiglione*, Padova, 1771, t. II, páginas 52 y siguientes); pero por desgracia no contienen estas cartas más que noticias políticas.

(2) Tal vez se destruyó parte de la Alhambra en un incendio que hubo á mediados del siglo XVI, con motivo de haberse volado un almacén de pólvora. El poeta Vicente Espinel le describe, diciendo:

Bajan vigas de inmensa pesadumbre,
Ladrillo y planchas por el aire vago,
Y espesos globos de violenta lumbre;
Y en el Alhambra hacen tal estrago,

muchas relaciones contemporáneas acerca de la toma de Granada por los Reyes Católicos no traigan descripción alguna de los edificios que allí había (1). En el año de 1526, según la descripción del mencionado noble veneciano, no

Que las reales casas, cual Numancia,
De fuego y humo parecieron lago.
Del Rey Chiquito la encantada estancia
De alabastro, azul y oro inestimable,
Cayó, como del dueño la arrogancia.

(1) En un pequeño y rarísimo escrito de un francés que estuvo en el ejército de Isabel y Fernando, que empieza: «C'est la très célébrable, digne de mémoire et victorieuse prise de la très orgueilleuse, grande et fameuse cité de Granada» (París, 1492), sólo se dice: «Et tantost partirent de la dicte cité certains grans et fameux capitaines des Maures lesquelz vindrent très humblement au devant du dit precepteur jusques a certains palais, lesquelz sont auprès de la cité de Granade nommés les palais de los Anxares (Alijares). Et menerent le dit precepteur et grand maistre jusques a la tour et maison royale de la dicte cité de Granade, nommée Alhambra.» En la Crónica de Bernáldez nada se halla que tenga relacion con esto, y Pedro Mártir, de quien poseemos una serie de cartas fechas en Granada desde el año de 1492, se limita á exclamaciones de admiracion, llamando á la Alhambra Palacio Real único en el mundo.

subsistia ya ninguna otra parte principal de la Alhambra que las que subsisten hoy (1). Se reducen éstas, principalmente, prescindiendo de las torres que están situadas léjos, á dos grandes patios: el de la alberca con la torre de Comares, á que da entrada, y el de la fuente de los

(1) *Naugerii opera*, 364. Las noticias, y afirmaciones contenidas en muchos libros acerca de las partes de la Alhambra que han sido destruidas están completamente fundadas en el aire. Cuando se sostiene que los patios y salones que subsisten aún, tenían otros correspondientes al lado occidental, tal orden simétrico es del todo contrario á lo que sabemos de palacios orientales. La opinion, repetida en todas partes, de que las habitaciones de invierno de los reyes granadinos han caído por tierra, está en contra del testimonio de Mármol, segun el cual las estancias que están en torno del patio de los leones formaban dichas habitaciones de invierno. «El segundo palacio, que está á la parte de Levante, llaman el cuarto de los Leones, por una hermosa fuente que tiene en medio de un patio enlosado todo de alabastros, y con muy ricos pilares al rededor, que sustentan los soportigos de los palacios y salas.... En este cuarto están los aposentos, alcobas y salas reales, donde los reyes moraban de invierno, no ménos costosos de labor que los de la torre de Comares.» (*Rebellion, etc.*, lib. I, cap. VII.)

Leones con las salas circunstantes. Cada uno de estos patios, con sus respectivas torres, kubba y demas habitaciones, era llamado Kasr ó Palacio (1); de suerte, que la parte de la Alhambra que se conserva todavía, segun el sentir de los árabes, consta de dos palacios. Las inscripciones tratan de dos distintos períodos, ya del de origen y fundacion, ya del de ornato. En el patio de los Arrayanes y torre de Comares prevalece el nombre de Jusuf I Abul Hagag; en los otros sitios, el de Muhammed V, Al Ghani Bilah. Sin embargo, como el revestimiento de estuco de las paredes puede haber sido renovado, las inscripciones que hay en él no atestiguan de modo alguno que la construccion del edificio en que se encuentran se deba á los príncipes que en dichas inscripciones se mencionan.

La puerta principal del palacio estaba probablemente hácia el Mediodía, donde ahora

(1) Esto se demuestra claramente por lo que dice el mismo Mármol en el capítulo que en la nota anterior se cita. Demuéstrase tambien porque cada una de las partes del palacio de los califas en Córdoba era considerado como un palacio completo. Así, por ejemplo, el palacio de la Alegría, el palacio de la Corona.

está el lastimoso edificio de Carlos V. Sin duda que esta puerta, así como todo el muro exterior, según la manera usada en Oriente para las casas de los príncipes y de los particulares, dejaba sospechar poco la gran suntuosidad que había dentro. En más alto grado se nota esto en el muro y en la puerta por donde ahora se entra en el palacio. Pero el que adelantándose penetra en los patios por vez primera, no acierta á dominar su profunda admiración ante el mundo encantado, en medio del cual de repente se encuentra. Por más que se hayan admirado mil dibujos de la Alhambra, éstos sólo dan una idea de los contornos principales y de las formas arquitectónicas, pero no de las peculiaridades y detalles que concurren á formar un conjunto armonioso y lleno de vida. No se pueden tampoco añadir con la imaginación otras circunstancias que hacen de este edificio una obra única en el mundo. La situación del palacio sobre escarpadas peñas, en medio de un esplendente paisaje; los balcones suspendidos sobre hondas laderas, en el fondo de las cuales resuenan los arroyos de las montañas, y de donde sube el aroma de bosques floridos; y la vista, ya de relucientes montañas nevadas, ya de verdes praderas, desde los graciosos ajime-

ces ó desde los balcones un poco salientes; todo esto es esencial para explicar el hechizo que se apodera de nuestros sentidos, y los arrebatata y domina tanto más, cuanto más nos detenemos á mirar, y volvemos allí con más frecuencia. Añádase á ésta la encantadora perspectiva de salones y galerías, los moravillosos destellos y cambiantes de la luz, que ya se difunden en los patios desde el profundo azul de un hermosísimo cielo, ya penetran con amortiguado brillo crepuscular al traves de las aberturas de las caladas cúpulas; la esbeltez de las columnas y arcos, que se diria que pueden deshacerse de un soplo, y sobre las cuales los techos de estalactitas parece más bien que penden que no por ellos estar sostenidos; y por último, el murmullo del agua y el leve aliento de las auras de estío, cargadas con el aroma de las rosas y del arrayan. Cuando no es dable al pincel de un artista dar una idea exacta y digna de este mundo encantado, ¿cómo ha de lograrlo la pobre palabra humana?

Si se atiende á la extraordinaria abundancia y delicadeza de los adornos y á los siglos que han pasado ya, parece milagro que el decorado en lo interior de la casa real arábica se conserve tan bien, aunque siempre ha padecido mu-

cho por la inclemencia de las estaciones. No es, sin embargo, difícil, valiéndose de la imaginación y sirviendo de guía las partes que están sin deterioro, restablecer el conjunto en su estado primitivo. Losas de mármol blanco formaban el pavimento; á lo largo de la parte inferior de las paredes se extendia, hasta la altura de unos cuatro piés, un zócalo ó cenefa de azulejos de colores; por encima estaban las paredes revestidas de estuco; luégo habia un friso, sostenido á veces por pequeñas columnitas, sobre el cual descansaba la techumbre; y ésta, ya era de pedacitos de madera embutidos y de otras incrustaciones, ya de celdillas y agujas de estuco sobrepuestas y combinadas y descendiendo en forma de estalactitas.

Columnas de mármol de la más primorosa forma, con capiteles de una infinita variedad de dibujo, sostenian ménsulas ó cartelas, sobre las cuales estribaba el cornisamento. Entre estas ménsulas se alzaban los arcos, hechos de un armazon de madera cubierto de yeso. La forma más comun de los arcos era semicircular, algo elevada, pero sólo con poca inclinacion á imitar el contorno de la herradura. Estos arcos, con todo, parecian apuntados muy á menudo, merced al estuco que se extendia sobre ellos. Nichos de

várias clases estaban ahondados en las paredes; los mayores, cubiertos de reclinatorios y almohadas, servian para reposar y llamábanse *hanías*; en los más pequeños, *takas*, habia cántaros ó jarros con agua. Por todas partes, en el palacio, en las paredes, techos, columnas, arcadas, nichos ú hornacinas, habia mil labores esparcidas en pródiga abundancia y con maravillosa variedad: los azulejos se juntaban y ajustaban, formando aliceres, cenefas y lacerías de mil colores; el mármol estaba cincelado en los más diversos calados y relieves caprichosos; y el estuco de realce se veia labrado en prolijos laberintos de líneas, que ofrecian á la vista, como el caleidoscopio, toda clase de combinaciones simétricas: estrellas, octógonos, plantas y cristales. La copia verdaderamente inconcebible de estos adornos, y la asombrosa exactitud con que están ejecutados, hacen presumir que hayan sido hechos con molde; pero no tenemos de ello certidumbre. Ibn Jaldun, cuyo testimonio es de mucho peso, pues vivió largo tiempo en la córte de Muhammed V, el rey á quien en gran parte se debe la ornamentacion de la Alhambra (1), describe en su capítulo sobre la archi-

(1) *Journ. asiat.*, 1844; I, 56.

itectura, el procedimiento que se solía emplear para hacer los adornos de realce de las paredes, pero se explica harto confusamente sobre este punto, al decir que se daba al yeso la forma conveniente, agujereándole con taladros hasta que tomaba un aspecto reluciente y vistoso (1).

A los mencionados adornos se unía además una pasmosa multitud de inscripciones, que ya se extendían á lo largo de los frisos, ya orlaban los arcos, ajimeces y hornacinas, y ya estaban en medallones simétricos. Estas inscripciones estaban ejecutadas por estilo tan semejante al de los demás adornos, que los ojos poco ejercitados podían tomarlas por arabescos. Por último, la impresión brillante que todos estos adornos producían, era realzada y extremada hasta deslumbrar, por medio de una pintura rica y del más exquisito gusto. Por todos los sitios del palacio había una gran riqueza de colores pródigamente difundida. En lo más alto predominaban, por su mayor viveza y fuerza, el carmin, el azul y el oro; en lo de enmedio, violeta, púrpura y naranja. Hasta las blancas losas de mármol del pavimento estaban pintadas, á lo que parece.

(1) IBN JALDUN, *Prolegomena*, II, 321.

El patio de los Arrayanes, ó de la Alberca, *Sahat ar rajahin* ó *al birka*, recibe al que entra (1) y le saluda con las palabras «Felicidad»,

(1) La más antigua de todas las descripciones de la Alhambra, hecha por Navagero en el año de 1526, sólo treinta y tres años después de la reconquista, es sobrado interesante para que no deba tener un lugar aquí: «La Alhambra, dice Navagero, tiene en torno muros y es á modo de una fortaleza, que está separada de la ciudad, á la cual casi por completo domina. En su interior hay muchas casas; pero la mayor parte del espacio le ocupa un palacio, que perteneció á los reyes moros, y que es de véras muy hermoso. Para su construccion se emplearon los mármoles más ricos y todos los otros más preciosos materiales; pero este mármol no se encuentra en los muros, sino en el pavimento. Hay allí un patio grande muy hermoso y extenso al gusto español. El patio está circundado de fábrica y tiene á uno de sus lados una muy notable torre que llaman de Comares. Allí se encuentran algunas salas y habitaciones muy lindas con elegantes ventáνας y con adornos moriscos espléndidos, así en las paredes como la techumbre. Estos adornos son en parte de yeso con mucho oro, en parte de oro y marfil, todos en verdad muy suntuosos, y singularmente el techo de la gran sala baja y todas sus paredes. El patio está todo enlosado de blanquísimo y finísimo mármol, y las losas son muy grandes. En medio del patio hay á modo de un

«Bendicion», «Prosperidad», «Salud eterna», «Alabado sea Dios por el beneficio del Islam», que relumbran en torno sobre los muros. Un

canal lleno de agua fresca de una fuente que corre por el palacio y que entra por todas partes hasta en las habitaciones. Desde un extremo á otro de este canal se extiende un hermosísimo seto vivo de mirtos, y hay tambien algunos naranjos. Desde este patio se pasa á otro más pequeño, el cual está asimismo enlosado de excelente mármol, y en torno hay habitaciones y un pórtico le rodea. Tambien este patio tiene algunas bonitas salas, muy frescas en verano y bien adornadas, pero no son tan espléndidas como la ya mencionada torre. Hay en medio una fuente magnífica, la cual, por estar edificada sobre unos leones que arrojan agua por las fauces, da al patio el nombre de patio de los Leones. Estos leones sostienen una taza y muestran una cualidad singular cuando no vierten agua; si se pronuncia ó murmura una palabra, aunque sea muy bajo en la boca de uno de los leones, y otras personas aplican el oído á la boca de los otros, la voz resuena tan clara por donde quiera, que cada palabra es percibida. Entre las otras cosas notables de este palacio, deben citarse aún unos muy hermosos baños debajo de tierra, todos enlosados con el mármol más rico, y las pilas de los baños son todas de mármol tambien. Estos baños reciben la luz por el techo á traves de muchas ventanitas de vidrio.» *Naugerîi opera*, 364.

grande estanque rodeado de un seto vivo de arrayan, refleja en su centro los arcos, que se extiende de pilar á pilar, el mosaico de las hornacinas y el resplandeciente ataurique calado de las paredes. Sólo los lados más pequeños del patio tienen arquería, y la hilera de columnas á la derecha de la entrada sostiene además una segunda galería, por donde se puede conjeturar que la parte del palacio que allí derribó Cárlos V constaba de dos pisos. Las inscripciones, que, á semejanza de guirnaldas de hiedra, serpentean á lo largo de muros y arcos, son aquí, lo mismo que en los demás sitios del palacio, ya saludos como los citados, ya sentencias del Corán, como «Yo busco mi refugio en el Señor de la aurora», etc., de la Sura cxiii; ya fórmulas de plegarias, como «¡Oh Dios! se te deben gracias eternas é imperecederas alabanzas»; ya versos, como los siguientes que están en la galería del Norte, y que encomian al reconquistador de Algeciras (1), que no se sabe de seguro qué rey fué:

(1) Según lo declara el Sr. D. Emilio Lafuente Alcántara, en sus *Inscripciones árabes*, donde nos da traducidos estos versos, el rey que recuperó á Algeciras fué Mohammad V. Dicha ciudad, desde el año de 1334, en que la con-

¡Bendito Alá, pues quiere que domines
Sobre sus siervos fieles!
Por tí el Islam extiende sus confines
Y aumenta sus laureles.

¡Cuánta ciudad, del día en los albores,
Cercaste del cristiano!
Por la tarde sus fuertes moradores
Cayeron en tu mano.

El yugo les pusiste de cautivos,
A tu puerta acudieron;
Labrando tus alcázares altivos
Sus bríos consumieron.

Algeciras, por tí reconquistada,
Es del auxilio puerta;
Rompiste los cerrojos con tu espada,
Y la dejaste abierta (1).

De veinte pueblos el botín cediste
A tu hueste aguerrida;
El bien más caro del Islam consiste
En tu salud y vida.

La esplendidez en tu mansion florece;
Su faz gozo destella;
Como sarta de perlas resplandece
En tus actos su huella. •

quistó D. Alonso XI, siendo rey de Granada Abul Hachach Jusuf I, se hallaba en poder de cristianos. (*N. del T.*)

(1) Algeciras era el puerto por donde venían del Africa los Beni-Merines á combatir á los cristianos, y el intento de Mohammad, al apoderarse de aquella ciudad, fué abrir paso á tan poderosos auxiliares.

¡Hijo de excelsitud y de dulzura,
Son tus virtudes tantas,
Que vences á los astros en altura
Y en brillo te adelantas!

Te alzaste del imperio en el Oriente,
Lucero de clemencia:
Las tinieblas del mal profusamente
Iluminó tu ciencia.

De las auras la débil enramada
No tiene ya recelo (1):
Temerosos están de tu mirada
Los astros en el cielo.

Es trémula su luz por el sagrado
Pavor que los domina;
El ban (2), á darte gracias obligado,
A tu paso se inclina (3).

(1) Quiere decir con esto que da seguridad hasta á sus vasallos más ínfimos y desvalidos.

(2) El ban parece ser una especie de sauce que destila un líquido, al que se atribuyen grandes virtudes medicinales.

(3) Varios de los versos de que constaba esta composicion se hallan hoy ininteligible: tales son los dos primeros de la quinta estrofa y todos los de la sexta y octava. Schack los traduce todos, y nosotros seguimos á Schack, valiéndonos de la copia y traduccion que hizo Alonso del Castillo, en cuyo tiempo la inscripcion estaba aún bien conservada y podia leerse íntegra. El Sr. D. Emilio Lafuente Alcántara nos sirve de guia al afirmar todo esto. Véanse sus *Inscripciones árabes*. (N. del T.)

Estas inscripciones, para las divisas, saluciones, etc., que sólo constan de pocas palabras, están en caracteres cúficos; para las poesías y versículos del Coran, en escritura cursiva y con puntos diacríticos (1).

(1) El Sr. D. Emilio Lafuente Alcántara, en el Prólogo de sus *Inscripciones árabes*, dice como sigue: «Entre estos relieves y como parte integrante de la ornamentacion, vense á cada paso elegantes letreros, que en várias formas y caracteres cubren frisos, fajas y recuadros, encerrando piadosas leyendas, pomposos elogios, ó poesías henchidas de hiperbólicas imágenes. Los que contienen poesías ó versículos de alguna extension, se hallan escritos en caracteres africanos, con todos sus puntos diacríticos, signos y mociones. Las frases laudatorias ó de otro género, que constan de pocas palabras, suelen estar en caracteres cúficos, de vistosa y complicada forma: pero como tambien se encuentran repetidas en africano, fácil es por la comparacion asegurarse de su lectura.»—Muchos autores han dado, con más ó ménos exactitud y escrupulosidad, la traduccion de las inscripciones árabes de Granada, y particularmente de las del Alhambra, habiendo sido el primero el morisco Alonso del Castillo, intérprete de Felipe II, y encargado de su correspondencia con el Rey de Marruecos. El último libro sobre este asunto es el ya várias veces citado de D. Emilio Lafuente Alcántara, y sería de extrañar, si no supiésemos

En el lado del Norte del patio de los Arrayanes está la poderosa torre de Comares, Ssarh Komaresch, la cual tomó este nombre del lugar

lo mal que en España se hace el comercio de libros y la poca publicidad que se dá á los mejores, que, habiéndose publicado el de Lafuente en el año de 1859, y siendo el de Schack, que traducimos, de 1865, Schack no le cite para nada, ni diga que se sirve de él. De todos modos, la índole del trabajo del Sr. Lafuente Alcántara y la de esta parte de la obra de Schack son tan distintas, que apenas si puede esta última perder ó deslucirse en nada por la comparacion con aquél.—Prescindiendo de la descripcion artística y poética de los monumentos, en la que Lafuente Alcántara poco se detiene, los mismos versos están traducidos por Schack, procurando revestirlos en un idioma ário ó europeo, de aquella gala y primor de la forma que en el original semítico deben de tener, y en lo que reside con frecuencia todo el encanto de no pocas poesías, las cuales, á no ser las más excelentes, no suelen resistir á la prueba de una traduccion literal y prosaica. No me dejo yo llevar del entusiasmo de traductor, ni soy muy apasionado de las poesías arábicas que he traducido, pero creo que hay algunas muy bellas, y no pocas bastante bonitas. El sabio orientalista D. Emilio Lafuente Alcántara me parece sobrado severo al estimar en tan poco como estima la poesía arábigo-hispana. «La sutileza de los conceptos,

de Komaresch, cerca de Málaga, porque los habitantes de dicho lugar, ó bien la edificaron, ó bien estuvieron encargados de su custodia (1).

dice, las extrañas metáforas y la ambigüedad de las expresiones, confunden frecuentemente y dejan el ánimo perplejo. Los juegos de palabras, las paranomasias, los equívocos, y el sacrificio, en fin, del pensamiento á la forma, es lo que constituye la índole de la poesía árabe.» Ciertamente que tal vez podríamos llegar á tan severo juicio si apreciásemos la poesía árabe sólo por las inscripciones de la Alhambra; pero esto sería lo mismo que si apreciásemos la moderna poesía española por los Albums encomiásticos, coronas fúnebres y demás versos de encargo y compromisos. Repetimos, además, que la forma, salvo raras excepciones, entra por mucho en toda poesía lírica de cualquier literatura, y que la más celebrada entre las mejores, traducida palabra por palabra á lengua muy diversa, tal vez dejaría frios á los lectores más indulgentes y apasionados. Odas hay de Píndaro que, traducidas palabra por palabra, tal vez parecerían más confusas, más insignificantes y más insufribles, que muchos de los versos que hemos traducido en esta obra. (*N. del T.*)

(1) MAKKARI, I, 282, 284. — Según Mármol Carvajal, la palabra *Comares* tiene otra etimología. En el cap. VII del lib. I dice: «El primero y más principal, llamado cuarto de Comares, del nombre de una hermosísima torre labrada ricamente por de dentro de una labor costosa y

Para entrar en esta torre debemos primero atravesar un portal, á cuyos lados hay pequeños nichos. Se piensa generalmente que estos nichos estaban destinados para guardar las babuchas que, segun la usanza oriental, se quitaban los visitantes de palacio ántes de entrar en las habitaciones; pero la certidumbre que tenemos de que tales nichos no están sólo en las entradas y portales, sino tambien en los arcos que hay entre las diferentes salas, ofrece una grave objecion contra dicho aserto; y si se considera, ademá, que las inscripciones que orlan los nichos hablan á menudo de vasos ó jarros, de apagar la sed, etc., aparece indudable que en aquellos huecos se ponian cántaros ó jarros con agua.

Ocupa la parte anterior de la torre el pórtico ó galería de la bendicion, llamado generalmente Antesala de la Barca, del vocablo arábigo *baraka*, que significa bendicion. Allí están repetidas muchas veces las palabras de la Sura LXI: «Auxilio viene de Dios y la victoria está cerca. Anuncia esta alegre noticia á los creyentes.» En toda esta magnífica galería no puede descubrirse una sola pulgada de espacio que no esté llena de

muy preciada entre los persas y surianos, llamada Comaragia.»

adornos. Es como si los genios hubiesen bordado la piedra, tejídola como una alfombra, y caládola como un encaje. Frisos, paredes, arcos y techumbre están cubiertos de guirnaldas, de rosetones de varias formas, y de hojas y ramos, todo de la más primorosa perfección artística. Creación de las hadas parece desde allí la vista del patio de los Arrayanes, con el claro espejo de sus aguas y con sus aéreas columnas de mármol, sobre las cuales, más que sustentarse, se diría que se ciernen los arcos, semejantes á una cortina, maravillosa y ricamente bordada, que pende de la techumbre. Más allá hay una suntuosa tarbea ó *kubba*, que ahora llaman vulgarmente Salon de Embajadores. Aquél era propiamente el salon de audiencia ó del trono, cuyo balcon está suspendido sobre el valle y profundo barranco del Darro, y ofrece vistas de indescriptible belleza. Reina allí una misteriosa media luz, que suavemente se esparce por las paredes ricamente ornadas, cuyas líneas, entrelazándose en mil dibujos caprichosos, burlan todo conato de describirlas. La espesura de los muros es asombrosa, y presta á los nueve huecos de ventanas, que ocupan tres lados del salon, la apariencia de pequeñas alcobas. Más alto penetra la luz estremeciéndose al traves de una serie de

pequeños ajimeces, y sobre ellos se eleva el alfarje ó artesonado de cedro (1), entrecortado por muchas bovedillas y celdas, y de cuyos bordes, que se unen á las paredes de la sala, penden pedazos de estuco que parecen estalactitas y cristales. Entre las inscripciones de esta sala de audiencia, régia en verdad, merece ser citada la siguiente, que se halla al lado del Norte, enfrente del arco de entrada. Habla la alcoba del centro, donde estaba el trono:

Te saludan de mi parte,
Por la tarde y la mañana,
Voces de prosperidad,
De bendicion y alabanza.

Las hijas somos nosotras
De esta cúpula gallarda;
Pero yo soy entre ellas
La más gloriosa y preciada.

Estoy en el centro mismo,
Cual corazon del alcázar,
Y en el corazon reside
Toda la fuerza del alma

(1) «La techumbre, dice D. Miguel Lafuente Alcántara, es admirable, embutida de piezas de madera de distinto color, y de otras blancas, doradas y azules, que forman círculos, coronas y estrellas, imitando á los luceros y á la bóveda del cielo.» (*N. del T.*)

Las estrellas de este cielo
Son mis menores hermanas;
Mas el sol, de que yo gozo,
Benéfica luz derrama.

Yusuf, mi excelente dueño,
A quien siempre Dios ampara,
Me ha vestido como á nadie
Con vestiduras de gala.

Puso en mí su trono excelso;
Manténgale y no le abata
El Señor, que tiene el suyo
En las eternas moradas.

En otros versos disputan los nichos, que
están á la entrada y en los cuales habia ántes
jarros con agua, sobre el cual es más hermoso y
excelente. Dice el de la derecha:

Aventajo á los más bellos
Con mi adorno y mi diadema,
Y desde el cielo me miran
Amorosas las estrellas.

El vaso que hay en mi seno,
A un creyente se asemeja,
Que en la alquibla del Aljama
A Dios fervoroso ruega.

Seguros están mis actos
De que el tiempo los ofenda,
Pues doy alivio al sediento
Y socorro la indigencia.

De mi dueño Abul Hachach
Imito así la largueza,

Cuyas manos no se cansan
De tantas obras benéficas.

No deje de brillar nunca
En mi cielo su luz bella,
Mientras la luna ilumine
De la noche las tinieblas.

El otro nicho se ensalza de esta suerte:

Del artífice los dedos
Tejieron esta corona
Y labraron sutilmente
Los dibujos que me adornan.

Más hermoso resplandezco
Que el tálamo de la esposa,
Y aún le venzo, pues la dicha
En mí perpétua se logra.

El que á mí llegue sediento
Agua encontrará gustosa,
Fresca, cristalina y pura,
Como la luz del aurora.

Soy como el iris brillante
Que en blancas nubes se forma,
Y es el sol Abul Hachach,
Cuyos rayos le coloran.

Guarde el cielo esta morada,
Mientras que acuda devota
A la casa de la Meca
La multitud fervorosa.

Vencidos quedan aún los sitios del alcázar
hasta aquí examinados, si se comparan con
aquellos que se hallan al oriente de la entrada.

No es fácil penetrar allí sin creerse y sentirse arrebatado al mundo de los ensueños, aunque pronto se disipa esta alucinación cuando se mira y se comprende que en todo el edificio demuestran sus sábias y claras proporciones que todas y cada una de sus partes concurren á la bella armonía del conjunto. El arquitecto que construyó aquellas salas debía, á la verdad, poseer algo de la maestría con que la naturaleza forma los cristales; sólo así le era dable traer con movimiento ritmítico todos los miembros separados á la composición de un todo simétrico y de armoniosa unidad; evitar que el lozano esplendor de los adornos produzca la impresión de estar sobrecargado, y aunar los efectos de aquella exuberante multitud de menudencias y detalles para que produzcan una impresión total superior y predominante.

El patio de los Leones (Dar ó Sahat ul asad), tan celebrado en las leyendas poéticas, es un espacio cuadrangular largo, circundado de un pórtico de columnas. Para formar idea de su antiguo esplendor, debe restaurarse en la imaginación con los colores y el oro, que ya en gran parte han desaparecido, con los relucientes azulejos del zócalo de las paredes, y con los pintados y tal vez dorados embutidos de la te-

chumbre. En medio del patio hay una gran taza de mármol que descansa sobre doce leones, de mármol tambien, cuya agua está en comunicacion con la que corre en diversas cañerías por todo el palacio, y brota en un alto surtidor, cuyo caudal cae en la taza y vuelve á salir por las fauces de los leones. Tales leones, así como tambien otras imágenes de fieras, aparecen á menudo, segun ya hemos visto, en los palacios mahometanos de España y de Sicilia; pero éstos son los únicos que aún se conservan. Columnas de mármol de extraordinaria esbeltez y ligereza, con capiteles cuya forma siempre nueva y siempre otra da claro testimonio de la invencible inventiva del artífice, sostienen, ya separadas, ya agrupándose en templete con cúpulas, la arquería que rodea el patio; y los techos y las paredes muestran en sus diversos rosetones, estrellas, escudos y figuras poligónicas de todo género, una tan rica combinacion de contornos y dibujos, que apenas pueden seguir los ojos aquel laberinto de figuras entrelazadas.

En ambos lados, como ya hemos dicho, se agrupan las columnas y los arcos, formando sendos templete ó pabellones, con alto techo, cubierto todo de alharaca ó ligero estuco calado, que parece filigrana por su delicadeza y deja

que la luz le penetre y atraviere como si fuera transparente. Adonde quiera que se dirige la mirada, los primorosos arabescos dan al yeso el aspecto de tapices artísticamente labrados, extendidos sobre la techumbre, y cuyos extremos, á modo de guirnaldas, penden de las paredes y ondean sobre los arcos. De una manera pasmosa se insinúa aquí, así como en el patio de los Arrayanes, la idea de que un recuerdo de la vida del beduino ha presidido á la creacion de estos patios, con sus fuentes y estanques y las galerías de columnas que están en torno. Si la fantasía del poeta árabe se iba con predileccion á morar en el desierto; si las inscripciones del salon de Embajadores ensalzan cómo el más precioso refrigerio el agua clara, apareciendo que hablan á los habitantes de los áridos y ardientes arenales de Arabia ó de Siria, y no á los de Granada, regada por tantas fuentes y rios, no ha de extrañarse tampoco que se presentase á la mente de los arquitectos árabes la imágen del reposo de la tarde, ó de la siesta, al borde de la cisterna, y así edificáran el palacio á semejanza de las tiendas del campamento. En vez de palos ó estacas pusieron airosas y ligeras columnas; los tapices de mil colores, que revestian las tiendas de los príncipes orientales,

fueron trasformados en paredes llenas de arabescos; y con el estuco calado que revestía los arcos imitaron las franjas y pliegues de los charles y telas que pendían del techo. Las fuentes murmuradoras en medio, cuyas ondas cristalinas iban corriendo por todas las salas, y el claro espejo del estanque, circundado de verdura y de arbustos olorosos, imitaban, por último, el manantial del oásis. Pero la Alhambra no debía ser meramente un lugar de descanso terrenal y turbado por el ruido del mundo, sino que debía tener algo de celestial. Por eso fué edificada sobre la encumbrada cima de los peñascos, donde no sube ningún sonido ó estruendo de la tierra; donde ningún vapor turba la pura y diáfana claridad del aire; y donde baja como un torrente, desde la inflamada cúpula de éter, una luz tan hermosa como la del más alto de los siete cielos.

En el costado del norte del patio de los Leones está la perla de todo el palacio; una tarbea, á la cual, ora sea por las dos alhánias que contiene, ora por dos grandes losas de mármol que hay en su pavimento, llaman sala de las Dos Hermanas. Ya las puertas de madera de cedro, pintadas y doradas en otro tiempo, son, por la riqueza y delicado primor de la taracea, lo más perfecto

que en este género se conoce. Lo interior de la sala sobrepuja en abundancia de mosaicos y en lindas incrustaciones á todo lo demás del alcázar. Los aliceres, las paredes revestidas de estuco, sus diversas fajas ó zonas, los pilares y los frisos, todo está cuajado de fantásticas figuras, de estrellas, de festones, de flores y de polígonos, cuyos contornos y perfiles, que todo lo cubren, cruzándose y enlazándose, crean nuevas y nuevas formas, que se diría que no llegan á agotarse nunca, y que todas compiten en elegancia y gracias. Cuando se persigue con la mente y se viene á comprender esta portentosa multitud de figuras, donde luce una exquisita y rica imaginacion unida á un discreto entendimiento del orden y de la medida, se cree á cada momento que se han apurado y consumido todas las combinaciones imaginables, y se ve siempre con sorpresa que brotan de las antiguas otras nuevas combinaciones. Encima se levanta la tarbea por medio de columnitas, arcos y pechinas de la más artística manera, en la forma de un octógono. Una serie de detalles, de los cuales no hay uno que no compita con los otros por la riqueza y primor de los adornos, lleva, por último, los ojos hasta la bóveda en forma de estalactitas; y la luz mitigada, que

penetra trémula y quebrándose por los ajimeces de la cúpula, completa el mágico hechizo del conjunto. No se sabe qué deba admirarse más en esta sala, si la inmensa abundancia de hermosos pormenores y de brillantes adornos, ó la atinada y sábia consonancia á que todos ellos conspiran; pero bien puede afirmarse resueltamente que nunca la arquitectura ha producido obra alguna que exceda y se adelante en brillo deslumbrador, delicadeza y armonía de todas sus partes, á la sala de las Dos Hermanas.

Más hácia el norte está el llamado cuarto de las Infantas ó del Mirador de Lindaraja, á causa de un precioso ajimez ó ventana con doble arco y riquísimos adornos que da vista al lindo jardincito de Lindaraja, con su fuente cercada de limoneros. Difícil es hallar un retiro más apacible y ameno que éste. El murmullo de las fuentes, la grata frescura del umbrío, mientras que la luz del sol penetra apenas por la delicada filigrana de los arcos, el aura que susurra y el aroma de las flores que esparce en torno, todo arrulla aquí el espíritu y le convida á poéticos ensueños, haciéndole entrar en un mundo fantástico de cuentos y consejas.

Enfrente de la sala de las Dos Hermanas está otra sala, construida por el mismo estilo,

aunque no tan bien conservada en su antiguo estado, la cual se llama de los Abencerrajes, porque la tradicion pone allí la escena de la muerte de aquellos nobles caballeros, y porque se supone que la mancha roja que muestra el blanco mármol de la fuente ha quedado allí como rastro y señal de aquella inocente sangre derramada (1).

Al sur del patio de los Leones, inmediatos á los salones en que los reyes granadinos gozaban los más fastuosos deleites de la vida, se hallaban tambien sus sepulcros, enteramente destruidos en el dia (2).

Al Este del mismo patio, se pasa por tres grandes arcos á la sala del Tribunal ó de la

(1) La creencia de que estas señales rojas del mármol son manchas de sangre, existia ya poco despues de la conquista de Granada (*Cosas de Granada*, de Hernando de Baeza, página 62), sólo que entónces eran tenidas por el rastro de la sangre de un jóven príncipe de la familia real de Granada, que allí fué asesinado. (Véase tambien MÁRMOL, *Rebellion*, pág. 139.)

En el *Viaje entretenido de Rojas*, hecho en 1602, se habla de las manchas de sangre, y se dice que aún están tan frescas como si la muerte hubiera sido el dia ántes. Edicion de 1793; I, 151.

(2) MÁRMOL, *Rebellion*, c. VII.

Justicia, notable por su rica y pintoresca arquitectura, así como por las labores de estuco que penden como nubes de sus arcos, y más aún, por tres pinturas que adornan los tres camarines ó alcobas de la pared del fondo ó del Mediodía. Estas pinturas están sobre cuero y colocadas en las bóvedas ó inclinacion del techo. La pintura del medio representa sobre un fondo de oro diez figuras de hombres, con vestiduras blancas, las cabezas cubiertas de capuces, apoyando una mano en el alfanje, y sentados sobre almohadones bordados. Mendoza, que nació sólo trece años despues de la conquista de Granada y que sabía el árabe vulgar, y que debia y podia tener noticias auténticas sobre las cosas de su ciudad natal, dice que en una sala de la Alhambra se ven los retratos de diez reyes granadinos: algunos ancianos del país habian conocido á algunos de ellos. De acuerdo con esto habla Argote de Molina del cuarto donde están en la Alhambra los retratos de los reyes granadinos y sus escudos de armas (1). En efecto, hay en los extremos dos escudos rojos con fajas doradas, cuya pintura subsiste y no deja duda acerca del objeto que

(1) MENDOZA, *Guerra de Granada*; Coleccion

representa. El nombre que hoy se da á la sala, y la suposicion de los *ciceroni* y de los *turistas* de que aquellas figuras representan los jueces de un tribunal, sólo se fundan en un error.

Las otras dos pinturas contienen muy curiosas escenas de aventuras de caza y de amor, en las cuales aparecen cristianos y muslimes. En la pintura de la derecha manifiesta la arquitectura de un castillo con torreones en estilo gótico, que la escena se pasa en tierra de cristianos. Allí se ve una dama que tiene encadenado un leon. Un monstruo, de figura humana, aunque todo peludo como una fiera, se apodera de la dama, pero un caballero cristiano viene á libertarla, hiriendo al monstruo. Hay tambien un castillo con muros y torres. Desde un balcon está mirando una dama á un caballero muslim que atraviesa á otro cristiano con una lanza. Luégo se ven dos caballeros cristianos, uno de los cuales combate á pié con un leon, y el otro, á caballo, mata un oso. Más allá se levanta otro edificio á modo de palacio, en cuyas torres aparecen un caballero y una dama, y delante del cual hay otras dos personas sentadas que jue-

de Rivadeneyra, p. 65.—ARGOTE DE MOLINA, *Nobleza de Andalucía*, L. I, c. XCVII.

gan al ajedrez. Por último, hay un árabe á caballo que va cazando un venado.

La pintura del camarín de la izquierda representa primero tres caballeros cristianos que cazan leones y osos. Uno de estos caballeros se arrodilla delante de una dama y le ofrece el oso que ha cazado. Enfrente vemos, junto á una fuente elegante, á otra dama con las manos cruzadas, que habla con un hombre. Más allá, un caballero árabe que mata un jabalí; sus monteros cargan el muerto jabalí sobre una mula; por último, el mismo caballero, llevando del diestro la mula, viene á poner el jabalí á los piés de otra dama. Detras de ésta hay un palacio con almenas, cúpulas y torres, y la dama, así como otras mujeres que forman su séquito, parecen salir de dicho palacio.

Difícil es determinar la significacion y el asunto de estas pinturas, en las cuales, ademas de las ya mencionadas escenas principales, se hallan otras várias, así de objetos vivos como de objetos inanimados. Debe, con todo, presumirse como probable que el asunto de las pinturas esté tomado de conocidos cuentos granadinos. Sabido es cuánto han gustado siempre los árabes de tales narraciones. En España la aficion de oir cuentos parece haber sido mucho mayor,

y Makkari dice que el arte de referir consejas entretenidas era un medio seguro de introducirse en la sociedad de los reyes y de los grandes de Andalucía (1). Las escenas y grupos de nuestras pinturas: árabes que dan muerte en duelo á caballeros cristianos, cacerías en común de sectarios de distintas creencias, doncellas en peligro y caballeros que corren á salvarlas, son asuntos sin duda del género de aquellos que debían tener más frecuente cabida en un cuento arábigo-español. Tanto el dibujo cuanto el colorido no manifiestan por cierto un arte muy adelantado, y en punto á perspectiva apenas si se nota rastro alguno; pero las cabezas no carecen de expresión, y los contornos de las figuras indican cierta destreza, que suele ser extraña á los primeros comienzos de la práctica del arte.

La opinión, difundida en mil libros, de que entre los mahometanos existía un precepto terminante y reconocido por todos, que prohibía la representación de seres vivos, ha dado motivo á la creencia de que estas pinturas era imposible que fuesen obra de musulimes. El error de dicha opinión no necesita aquí ser refutado de nuevo, ya que en otras partes de este libro hemos de-

(1) MAKKARI, I, 137.

mostrado con numerosos ejemplos que los musulines de todas las épocas no tuvieron el menor escrúpulo de tales representaciones. Ejemplos de esta clase ocurren con facilidad pasmosa; pero sólo voy á traer aquí dos más, como por complemento de los ya aducidos. Entre los magníficos presentes que Harun ar Raschid envió á Carlomagno, habia un reloj, en el cual al fin de cada hora aparecian doce caballeros en otras tantas ventanas (1). El califa Moctadir Billah tenía en su sala del trono un árbol artificial, hecho de oro y plata, en cuyas ramas habia diversas especies de pájaros, asimismo de plata y oro, cuyo canto se hacía que sonase (2). Ibn Handis describe un árbol semejante á éste, en el palacio del príncipe Almansur en Bugia (tomo II de esta obra, pág. 161), diciendo:

Un árbol luce con frutos
Entre tantas maravillas,
Medio metal, medio planta,
De una labor exquisita.
Con resplandor nunca visto
Todos los ojos hechiza,
Y en el ramaje flexible
Que blandamente se cimbra,

(1) EINHARD, *Annales ad annum*, 807.

(2) ABULFEDA, *Annales*, II, 333.

Colúmpianse várias aves
De forma y pluma distinta,
Sin querer abandonar
El sitio donde se anidan.

Por lo tocante á Andalucía, ya hemos visto cómo en lo interior de la misma mezquita de Córdoba habia imágenes en columnas rojas, entre otras las de los siete durmientes; cómo Abdurrahman III adornó la puerta de su palacio de Az-Zahra con la estatua de su querida; cómo relucía en el palacio del rey Badis, en Granada, la figura de bronce de un caballero armado, y cómo adornaban casi siempre los palacios de los príncipes andaluces figuras de leones ó de otros animales, hechas de metal ó de piedra. Contra el uso de las pinturas habia que alegar ménos razones aún que contra el de las estatuas, porque en el versículo 92 de la sura v, sólo están anatematizadas por el Profeta las estatuas (entendiendo muchos que el anatema no se refiere sino á los ídolos) (1), así es que entre no pocos

(1) La palabra del texto *ansab*, plural de *nasb*, se decia de las piedras elevadas en ciertos lugares sagrados, y sobre las cuales se vertia aceite; ceremonia comun á muchos pueblos de la antigüedad. Esta misma palabra está empleada en el v. 4 del mismo cap. v para hablar

muslimes prevalece la opinion de que sólo son dignas de reprobacion aquellas representaciones de seres vivos que proyectan sombra (1). Si, pues, contra lo que más claramente está reprobado (así como contra beber vino, que está prohibido terminantemente en el mismo versículo), se formaron cuerpos de hombres y de fieras con piedra, mucha menor dificultad se ofrecería para pintar los mismos objetos. No cabe duda, además, de que los árabes emplearon con frecuencia la pintura para ornato de sus palacios y casas, y no se limitaron á pintar cosas inanimadas. Ya en el siglo xi da claro testimonio de esto el siciliano Ibn Handis, el cual dice de un palacio de Al Motamid en Sevilla:

Así liquidado el sol,
Sus rayos puso en las tazas,
Y dió tinta á los pinceles
Que pintaron estas salas.

de los altares de los idólatras. Sólo la tradicion entre los más severos muslimes ha extendido la significacion del vocablo á todas las estátuas; pero muchos pueblos, como los persas é indios, aunque hayan adoptado el islamismo, interpretan más liberalmente el precepto del Coran.

(1) LANE, *Modern Egyptians*, I, 135.

Vida y movimiento tienen
Sus mil imágenes várias (1).

De otra *kasida* del mismo poeta á un palacio de Almansur en Bugia, se infiere que estaba en uso adornar los techos con pinturas. Dice así:

Y parece que en los techos
Se miran, por raro hechizo,
Junto á la esfera celeste
Los verdes prados floridos.
Esmaltadas golondrinas
En ellos hacen el nido,
Y allí tambien se contemplan,
Con magistral artificio,
Fieras que acosa en los bosques
El cazador atrevido.
La enramada y las figuras
Vierten rutilante brillo.

En los techos, pues, precisamente donde se hallan las pinturas de la Alhambra, habia ya en el siglo xi, pintadas por mano de artífices muy ensalzados, cacerías semejantes á las que ocupan mucha parte de los cuadros que hemos descrito.

(1) La composicion á que pertenece este fragmento está por completo en este tomo, páginas 95, 96 y 97 y la del fragmento siguiente, en el tomo II, páginas 158 á 164.

No háy, por lo tanto, motivo alguno para impugnar la idea de que fueron mahometanos los pintores. El fundamento de la impugnacion viene á tierra con lo dicho, y no hay para qué atribuir las tales pinturas á otros autores que no sean árabes; ántes bien las circunstancias que concurren á hacernos creer que lo serian, adquieren mayor fuerza. Son estas circunstancias que los mahometanos aparecen como vencedores de los cristianos; que las pinturas, segun un procedimiento no conocido de los pintores cristianos, están ejecutadas sobre pieles, cosidas unas á otras, y pegadas al techo; y que los adornos que rodean las imágenes, así como algunos que están en el mismo centro, convienen del todo por el estilo con los demas adornos de la Alhambra. Todo nos induce á atribuir las á la misma gente á quien pertenece la construccion y la ornamentacion toda de la parte antigua y legítima del palacio.

La contraria opinion sólo se funda en la errónea creencia, que ya hemos desvanecido, de que el islam prohíbe la representacion de seres animados. La grande perfeccion del dibujo en las pinturas, si se compara con la ruda escultura de los leones en la fuente de este nombre, no da tampoco verosimilitud á la supo-

sición de que los pintores fuesen extranjeros, ya que la escultura de los leones puede ser más antigua ú obra de un artista ménos hábil; ó, lo que es mucho más probable, porque estando los leones destinados á sostener la fuente, no pareció necesario imitar en ellos con exactitud la naturaleza, sino darles sólo cierto carácter típico. Por lo demás, la celebrada perfección de estas pinturas no demuestra, por mucho que se pondere, que dejen de ser la infancia del arte; y en vez de negar que son los árabes sus autores á causa de lo bien que están, puede maravillarse cualquiera de que los árabes, despues de tantos siglos de practicar este arte, no hubiesen llegado á un grado superior de habilidad artística. No son, por último, muy de envidiar los conocimientos en pintura de aquellos que piensan descubrir en estas de la Alhambra, ya el estilo de los pintores italianos del siglo xiv, ya el de los españoles del siglo xv, ya la mano misma de determinado maestro. Por lo contrario, á primera vista se nota la semejanza de estos cuadros con las pinturas y miniaturas de los manuscritos orientales, como, por ejemplo, de Nisami ó de Firdusi. En el cuadro del medio, sobre todo, se advierte esta semejanza en lo vivo y caliente del colorido y en la falta de claro-

oscuro y de perspectiva. También en el dibujo, singularmente en el de los caballos, se notan dichas analogías. Las pinturas de la Alhambra, por consiguiente, si no son obras arábigas, como parece lo más verosímil, sin que haya en contra argumento alguno de valor, pueden tenerse por de origen persiano. Entre los persas habia sido desde muy antiguo cultivada la pintura con gran celo y afición, y empleada en aquel género de representaciones, y según Ibn Batuta, muchos individuos de aquella nación se habian establecido en Granada (1).

No todos los sitios de la Alhambra pueden ser mencionados aquí, sino sólo los más dignos de atención. Hagamos una pequeña excursión á algunos de los edificios aislados que están dentro del recinto de la fortaleza, y que verosímilmente estaban en lo antiguo unidos al palacio. Los más de ellos esconden aún en su interior suntuosos adornos arquitectónicos. Tal es la llamada Casa de Sánchez (también Mirador del Príncipe), delante de la cual habia ántes una alberca, semejante á la del patio de los Arrayanes, y desde cuyo piso alto, ricamente exornado de azulejos y estuco, se disfruta una

(1) IBN BATUTA, IV, 273.

vista deliciosa del valle del Darro y del cercano Generalife. Las inscripciones que allí hay, á más de las con tanta frecuencia repetidas fórmulas de «Prosperidad», «Prosperidad continuada», tienen las exclamaciones ú oraciones jaculatorias: «¡Oh esperanza y confianza mía! tú eres mi refugio, tú eres mi sosten.» Y, «¡Oh mi profeta! ¡oh mi nuncio! sella con la bondad mis obras.» Las paredes están, además, cubiertas de muchos versos medio borrados, y que ya no es dable descifrar. Desde el susodicho edificio, subiendo por la pendiente del norte de la colina en que está la Alhambra, hay otras varias torres, entre las cuales son las más notables la de las Infantas y la de la Cautiva. Ambas contienen en sus interiores habitaciones adornos que compiten con los más bellos de la Alhambra. La torre de la Cautiva (1) contiene, además, una

(1) D. Emilio Lafuente Alcántara dice: «Existe en esta torre una pequeña y preciosa sala, que han olvidado los muchos literatos y artistas que tan prolija y detalladamente han descrito los monumentos árabes de Granada, y cuyas inscripciones no sabemos hayan sido examinadas ni comprendidas en alguna de las colecciones publicadas hasta ahora. Según el carácter de sus adornos, pertenece á la misma época que la sala de Comares, refiriéndose sus inscripciones

multitud de inscripciones, que declaran ser el sultan Abul Hadchach Yusuf, ó quien la edificó, ó quien hizo exornar sus paredes. Hay, ademas, versículos del Corán y versos como los siguientes:

Nada con obra tan bella
Es posible que compita:
Su fama cundió en el mundo
No bien se vió concluida.

á Abul Hadchach Yusuf, séptimo rey de la dinastía de los Benu Nasr. Suponen algunos que esta torre fué en tiempos posteriores morada de doña Isabel de Solís, que bajo el nombre de Zoraya causó, por sus amores con el monarca, de quien era esclava, tantas y tan graves turbaciones en la córte, y produjo rencillas, enemistades é intrigas que apresuraron la ruina del ya decrepito imperio granadino.» Ademas de una gran multitud de oraciones y sentencias piadosas, y de los versos que Schack traduce, trae el Sr. Lafuente Alcántara otras tres composiciones poéticas traducidas, que están en la misma sala.

La que Schack traduce parece ser la ménos mala: en las otras, como en una de ellas se jacta el autor, «hay paranomasias, trasposiciones y juegos de palabras», y los más hiperbólicos encomios del rey Yusuf, el más hermoso, valiente, sabio, ilustre y magnánimo de los hombres.

¡Por Dios que es torre tan fuerte
Como el leon que la habita!
¡Su enojo no provoqueeis!
¡Guardaos de su acometida!
Con más hermosura y gala
Por ella el Alhambra brilla.
Los luceros la respetan
Y las pléyades la admiran.
El espesor de sus muros,
Sus mil labores prolijas,
Y la amplitud de sus mármoles
Causan asombro y envidia,
Allí el rostro de Yusuf
Difunde su luz benigna.
Feliz y triunfante siempre,
Es sol que nunca declina.

Volviendo ahora á la Casa Real, debemos decir algo de la mezquita y de los baños. La mezquita, transformada en capilla por Carlos V, está muy desfigurada; pero el frente, conforme se ve desde el patio, deja conocer aún su origen en la multitud de primorosos adornos que conserva.

En más lastimoso estado de ruina se hallan los baños. Sólo por algunos restos puede ya inferirse con cuánta prodigalidad el mármol, los mosaicos y azulejos estaban allí invertidos. En el orden y disposicion de los cuartos se reconocen los mismos usos que hay en el día en los

baños de Oriente. Allí se nota el cuarto de reposo, con una galería encima, donde quizás se ponían músicos, y el espacio enlosado de mármol blanco para baños de vapor, en cuyo techo se advierten muchas aberturas en forma de estrellas. Una serie de habitaciones y corredores entre la sala de Comares y la de las Dos Hermanas, es completamente moderna, y también el llamado Tocador de la Reina pertenece en su estado actual á la época de Carlos V. Este tocador es un pabellon abierto, lleno de indecible encanto, que se levanta como un nido de águilas sobre la muralla de circunvalacion de la Alhambra, por el lado del norte, y que parece estar colgado en la cumbre de una torre, la cual estriba á su vez sobre altos y tajados peñones, á cuyos piés, en honda profundidad, el Darro murmura. La vista, que desde allí se disfruta, del escarpado Albaicin, que se extiende sobre una ladera, del airoso Generalife, que reluce entre granados y laureles, y de la nevada cima del Pico de Veleta, que se diria que toca al cielo, tiene todo el hechizo fantástico de una vision ó de un ensueño.

No revela y descubre la Alhambra todos sus encantos sino despues de repetida contemplacion. Se debe morar en aquella vivienda de

las hadas, se debe soñar en sus frescas grutas de piedra y entre sus enramadas y columnas, y abandonarse á las sucesivas impresiones de sus varios hechizos, ya sea cuando el alba vierte la celestial frescura del rocío sobre sus azoteas y corredores, y difunde rayos de luz voladores y trémulos sobre sus paredes, como si las bordára de perlas; ya sea cuando la tarde dora todo el palacio con la luciente gloria del Mediodía, y le hace fulgurar con un resplandor que no parece de este mundo. Con los poetas del Oriente entre las manos, se debe respirar desde los elevados balcones el aroma de aquellas balsámicas soledades, ó sentándose junto á la fuente de los Leones, dar oído al murmullo misterioso de las aguas subterráneas, mientras que la luna de una noche de estío en Andalucía va posando y esparciendo sus rayos de columna en columna, y llena los pórticos y tarbeas de sombras vagarosas y fugitivas, que son cual los espíritus y los genios de las edades pasadas. Sólo quien de esta suerte llega á confiarse al númen tutelar de aquel sitio, acierta también á penetrar y descifrar sus arcanos; y entónces los versos de las inscripciones, que orlan y cubren los muros y pilares como signos mágicos, levantan para él una viviente armonía y un

hermoso cántico, y todo el edificio se convierte en ritmo y poesía. La fuente de los Leones habla primero. La inscripcion de la taza dice así:

¡Incomparable es la fuente!
¡De Dios el poder bendiga
Quien de estos bellos palacios
Contemple las maravillas!

Cual diamantes que recaman
De régio manto la fimbria,
Cual blanca plata sonora
Que entre joyas se liquida,
Y como perlas relumbra,
Por la luz del sol herida,
El agua que va corriendo
Hasta tocar en la orilla.

El agua y el limpio mármol
Se confunden á la vista
Y á declarar no te atreves
Cuál de los dos se desliza.

Deshecha en el aire, cae
La clara lluvia en la pila,
Y en ocultos atanores
Al cabo se precipita.

Así de una hermosa baña
Llanto de amor las mejillas,
Que el rubor ó la prudencia
Inducen á que reprima.

¿Viene del cielo esta agua,
O de las entrañas mismas
De la tierra? Representa
La esplendidez del Califa.

Su mano dones sin cuento,
Al rayar la luz del día,
Vierte sobre los leones
De sus huestes aguerridas.

De sus garras espantosas
No receles; que la ira,
Por respeto al Soberano,
Hasta los monstruos mitigan.

Vástago de los Ansáres,
Tu pujanza y tu hidalguía
Al engreído desprecian
Y á los soberbios humillan.

Quiera el cielo mil deleites
Darte y ventura cumplida
Y dulce paz; quiera el cielo
Que á tus contrarios aflijas.

La sala de las Dos Hermanas se ensalza á sí
propia de esta suerte:

Soy un jardín delicioso
Adornado de hermosura;
Reconóceme en el brillo
Y gala que me circunda.

Para erigir este alcázar
No bastó la humana industria;
El cielo influyó en la obra
Con presagios de ventura.

Las pléyades cautivadas
Me hacen visitas nocturnas,
Y un aura sana me orea
No bien el alba fulgura.

De mí se prenden los ojos
Que de mi aspecto disfrutan,

Y á toda ilusion ó ensueño
Mi realidad sobrepuja.

De este salon primoroso
Es admirable la cúpula,
Con bellezas manifiestas
Y con bellezas ocultas.

Los astros del zodiáco
Con respeto me saludan,
Y para hablarme en secreto
Baja del cielo la luna.

Los luceros refulgentes
Enamorados me buscan,
Su carrera interrumpiendo
En la bóveda cerúlea.

Abandonan los caminos
En que por el cielo cruzan,
Y cual humildes esclavos
A servirme se apresuran.

Es tan brillante esta sala,
Que su brillantez deslustra
El sendero luminoso
Que en los cielos se dibuja.

Las galas que el Rey me viste,
Con mayor pompa relumbran
Que del Arabia dichosa
Las preciadas vestiduras.

Y los arcos que se extienden
Sobre ligeras columnas
Son como la luz del alba (1)
Cuando en Oriente se anuncia.

(1) Se conoce que, al traducir estos versos, el Sr. Schack estaba ya, como nosotros, fatigado

Desiertos están hoy estos palacios. La alegre vida, que en otra edad los llenaba, ha desaparecido. El adufe no llama ya á la zambra bulliosa; ya nunca escucha Zaida desde su balcon el preludio del laud de su enamorado; pero á veces, en dias festivos, corren todas las fuentes y se reanima aún el silencioso palacio. Por donde quiera, poderoso é irresistible, como los sentimientos que por largo tiempo comprimidos arrancan del corazon, brota entónces el claro elemento, aquí deslizándose como cintas de plata, y allí derramándose en cascadas, por canales de bruñido jaspe ó empinándose en corimbos relucientes y viniendo á caer en lim-

de traducir tantos, y no es en su traduccion ni tan exacto ni tan completo como suele. No se queda, con todo, por traducir nada que lo merezca, si hemos de juzgar por la traduccion, á lo que se dice, exactísima, del Sr. Lafuente Alcántara, donde hay por cierto muchos pensamientos repetidos y un no sé qué de fatigoso, que ha de estar tambien en el original, y que hemos procurado dejar allí, aunque tal vez en balde. En el mirador de Lindaraja y en otros sitios de la casa real hay igualmente versos, que Schack suprime. Quien quiera conocerlos, así como las inscripciones sepulcrales de los reyes granadinos, acuda á la obra ya várias veces citada del Sr. Lafuente Alcántara.

pías tazas de mármol. Se diría que de las entrañas de la tierra se alza con el agua el antiguo esplendor, que estaba allí sepultado largo tiempo hacía, como si del fondo de los aljibes surgieran evocados los espíritus tutelares de aquella mágica mansion, las peris y los genios de Arabia, con sus escondidos tesoros, para adornar de nuevo con toda su pasada pompa tan predilectos lugares. Un florecimiento de primavera oriental penetra y anima las piedras, prestándoles luz y calor, y no parece sino que todo retoña, reverdece y se agita; que se abren las flores y que destilan rocío. El euro difunde por las tarbeas los perfumes que ha recogido en el país de las palmas; las bóvedas delicadas, heridas por la luz inquieta que se quiebra y refracta en los surtidores, flotan y relucen como la niebla vagarosa del alba, y en todos los pórticos y galerías se levantan voces sonoras de los antiguos tiempos, que prorumpen en un concento de júbilo.

Dichoso el que logra visitar la Alhambra en días tales. También en su alma se despiertan y se alzan entónces los sepultados sueños y las esperanzas en sus profundidades perdidas, como se han levantado en rededor las pasadas alegrías del medio destruido palacio árabe.

Harto sé que no todos ven estas cosas y las sienten, pero nunca debe penetrar en aquel santuario quien sólo estima y reconoce en la piedra la piedra, y no comprende ni se apodera de la grande alma del Oriente, que en aquel floreciente mundo de mármol circula y respira.

Subamos otra vez aún por el sendero pedregoso y pendiente, entre olorosos arbustos y lozanas y frondosas mosquetas y madreselva, á la altura desde donde el Generalife con sus aéreas columnatas está mirando la honda llanura. Esta casa de recreo ha padecido incomparablemente más que las partes mejor conservadas de la Alhambra. Casi todo el Generalife está ruinoso ó transformado en fábrica moderna. Los aliceres, el ataurique y los demas adornos de sus paredes y arcos, sus galerías de columnas y sus estancias, han sido en gran parte destruidas por la ruda mano del hombre, y sólo se adquiere, en vista de su presente estado, una ligera idea del modo en que los árabes combinaban la arquitectura con la construcción de jardines, á fin de seducir los sentidos con sus patios primorosos y sus gallardos pórticos unidos á juegos de aguas, macizos de flores, bosquecillos de árboles frutales y densas y umbrías enramadas.

Sin embargo, el hechizo de su incomparable posición se conserva aún; y á pesar de su actual decadencia, parece la residencia de verano de los reyes granadinos, con sus patios regados por arroyos, con los laureles que le dan fresca sombra, y con las espléndidas vistas, superiores á toda descripción, que se disfrutaban desde sus miradores y suspendidos jardines, la visión fantástica de un poeta que ha penetrado por encanto en el mundo de las realidades. Quien nunca ha pasado una tarde de primavera en el Generalife, no puede decir que ha visto la creación en su completa magnificencia. Aquella soledad idílica; aquella sombra apacible de los granados; el perfume que de mil y mil rosales trasciende; y la vista de aquel eden florido en la más hermosa región de la tierra; un valle de los Alpes bajo un cielo de los trópicos, con riquísima vegetación meridional; todo esto llena el alma de un dulce y religioso pasmo, cual si penetrase en el reservado y santísimo templo de la naturaleza. A través de laureles y de árboles en que la vid trepa, se ciñe ó pende en festones, se tiende la mirada por verdes laderas, donde pulula la higuera índica y abre y dilata la pita sus grandes y anchas hojas, y donde el arrayán y el limonero entretejen su ramaje, y sonoros

arroyuelos se precipitan espumando á la hon-
donada entre matas de adelfas. Ya proyectan
los cipreses sus más largas sombras, ráfagas de
luminosa púrpura se dilatan sobre la vega, y
mientras que el sol oculta su disco entre los
quebrados picos de las montañas, relucen en
inflamado carmin las almenas de la Alhambra y
los olmos que coronan sus alturas. Mientras que
el fulgor vespertino reverbera aún en las cimas
de granito y en la diadema dentellada y cubierta
de nieve de la excelsa sierra, reproduciendo
todos los colores del iris, inunda la llanura
como una niebla de luz ondulante y vaga, que
se transforma en vapor azulado, y que se des-
vanece, por último, en las sombras. En los cien
campanarios de la ciudad resuena el Ave-María;
y, al oscurecer, soñadora como una princesa de
los cuentos orientales, se levanta de todos los
senos la noche de Mediodía, y hace brotar más
ardientes aromas del cáliz de las flores. Susu-
rrando sobre las copas de los cipreses, penetra
también la noche en el Generalife; más brillan-
tes relucen entonces flores y frutas entre las
verdes hojas, y los blandos rayos de la luna,
atravesando por los claros del ramaje, se mecen
en los surtidores y rielan en los arroyos. Melo-
diosamente gorjean en tanto los ruiseñores en

la espesura; tal vez se oye el són lejano de la guitarra, y un voluptuoso estremecimiento se difunde por galerías y jardines. Las fuentes parece entónces que corren con más abundancia, como si el aliento de la noche acreciese y atrajese aspirando el ya cansado golpe del agua; y se cree que se ve sobre las barandas de los balcones el blanco velo de las sultanas que escuchan la música con que Sohra, el genio del lucero vespertino, guía el luminoso coro de las estrellas.

Pero en medio de los encantos con que la naturaleza ha engalanado los alcázares reales de Granada, apenas es posible reprimir un profundo sentimiento de tristeza. Los solos, los últimos, y quizás los ménos importantes entre tantas obras maravillosas de los árabes, subsisten aún aquellos edificios. ¿Dónde está Córdoba, la reina de las ciudades, la Meca del Occidente, adonde los fieles peregrinaban en largas caravanas? ¿Qué es de sus bibliotecas y escuelas, primer foco del saber europeo, manantial á que acudían los sedientos de ciencia de todas las regiones? ¿Dónde está Az-Zahra, la ciudad de las hadas, á la que prodigaron los Benu-Humeyas todo el lujo y toda la pompa del Oriente? Hundido en la tierra, aniquilado está todo aquel

mundo. El tiempo ha roto el talisman á que estaba ligada su existencia. Las cenizas de los califas han sido esparcidas á todos los vientos, y las grandezas de su imperio aparecen sumidas en un pasado más hondo que las de las antiquísimas ciudades del mundo primitivo, que habia ya miles de años que no existian cuando ellas florecieron. Todavía están erguidas las columnas de Tébas, la ciudad de las cien puertas; los templos de Nínive emergen con sus ídolos colosales del seno oscuro de la historia y de un sueño de muchos siglos; pero, si se pregunta por los palacios de Abdurrahman, nadie sabe ni señalar el sitio donde estuvieron. Sin embargo, más melancólico aún que el pensamiento de la pérdida de tantos monumentos del arte, es el de la mísera suerte del pueblo que hermoseó con ellos la Península; porque aflige más que los escombros y ruinas, en una comarca desolada, donde en otro tiempo floreció la vida, la contemplacion de las ruinas del espíritu del hombre, que nos ofrece este pueblo en su situacion actual. Perseguidos, lanzados de la patria por el mar, los árabes han vuelto á caer en una barbarie más profunda que la de sus antiguos progenitores. Hasta sus sepulcros han desaparecido en la tierra que durante ocho siglos poseyeron, y quien

recorre España busca en balde al ménos monumentos fúnebres de ellos, tales como aquellas tumbas silenciosas y sin nombre que en Asia revelan la cuna de nuestra especie; los restos de pueblos ignorados del mundo primitivo. De los millares de obras de sus sabios y poetas, el tiempo y la furia destructora han aniquilado las más; las restantes están esparcidas por las bibliotecas de Oriente y de Europa, y su inteligencia no es para los árabes. Ellos mismos, nuestros maestros en tantas ciencias, vagan como bárbaros nómadas por los africanos desiertos. Es verdad que aún vive entre ellos, como una tradicion confusa, el recuerdo de la hermosa Andalucía, y de padres á hijos se transmiten las llaves de sus casas para volver á vivirlas cuando el estandarte del Profeta ondee de nuevo sobre las torres de Granada; pero este tiempo no llega nunca. Cada dia se levantan y declinan los astros en la bóveda celeste, pero la media luna de Mahoma palidece en el horizonte, para no levantarse hácia el zénit ni volver á relucir jamas. Tal vez, en un porvenir no muy lejano, el torrente impetuoso de los siglos barra y arroje de sobre la haz de la tierra la religion del Islam, y sus pueblos y su cultura, que han sobrevivido; pero pronto desaparecerán sus últimos monu-

mentos en Europa. Como se divisa sobre las olas la única torre de una ciudad que en el mar se ha sumergido, así descuella la Alhambra en medio de la avenida furiosa que ha anegado y hundido los otros monumentos. Sus muros, no obstante, caen piedra á piedra á los golpes de la destrucción. Es una creencia popular entre los orientales, que la luciente estrella Soheil ó Canopo posee fuerzas mágicas y que el brillo del imperio de los árabes ha sido obra suya. En tiempo de Abdurrahman aún se alzaba dicha estrella en el horizonte de la España del norte, y resplandecía con viva luz roja sobre los refulgentes alcázares y sobre los vistosos alminares (1); pero, al compas que esta estrella va lentamente inclinándose hácia el sur, por la precesion de los equinoccios, los maravillosos edificios desaparecen uno á uno.

Aun se levanta dicha estrella sobre las es-

(1) La afirmacion de Makkari (I, 103), de qué una montaña en el lugar de Soheil es el único punto de Andalucía desde donde se descubre aún la estrella del mismo nombre, estriba en un error. Canopo, que está en movimiento hácia el sur, se levanta aún sobre el horizonte de Cádiz, casi 1°20'. (HUMBOLDT, *Kosmos*; II, 332.)

pumas del mar en las costas meridionales de Andalucía, y baña con amortiguado fulgor las ruinosas almenas del último palacio árabe. Cuando se pierda por completo para Europa, el palacio árabe será también un montón de ruinas (1).

(1) Debemos esperar que esta predicción astrológica y poética no ha de llegar á cumplirse. El hábil restaurador D. Rafael Contreras, que es jóven aún, podrá luchar muchos años contra el maligno influjo de Soheil, y cuando Contreras pague el inevitable tributo que á la naturaleza debemos, de presumir es que nos deje dignos sucesores de su celo y de su arte. Entre tanto, nos complacemos en afirmar que le debe mucho la Alhambra. Lo que importa ahora es que algun ministro de Hacienda, necesitado de dinero como todos los que lo son en España, poco ingenioso y ménos fecundo en recursos, y sin aficion al arte arábigo-hispano ni á las bellezas naturales, no venda las casas y torres del recinto de la Alhambra, y no convierta aquello en un barrio moderno y prosaico; y que él ú otros no distraigan el agua que riega los bosques y alamedas que rodean la fortaleza y le prestan extraordinario hechizo, acabando por transformar aquel eden en un cerro pelado como hay tantos en nuestra patria.

ÍNDICE

Páginas

XV Del arte, y especialmente de la arquitectura de los árabes espa- ñoles hasta el siglo XIII	5
XVI La arquitectura de los árabes en Sicilia	129
XVII Granada.—Caída de la cultura arábiga.—Últimos monumentos del arte de los árabes en Europa.	163
